

**HESPERIA**  
LIBROS HISPANICOS  
PLAZA LOS SITIOS,10  
ZARAGOZA

1  
R  
96

ANT

v

XIX

372



ISABEL Ó LA LUCHA DEL CORAZON

Libreria de  
Francisco Gomez Pastor  
Coso 87 ZARAGOZA



19 ms.

R. 44.099



# ISABEL

ó

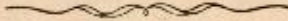
## LA LUCHA DEL CORAZON

NOVELA ORIGINAL

POR OSSIANA

AUTORA DE

MAGDALENA, EL HADA DOMÉSTICA, EN EL PEÑON,  
EL HILO DEL DESTINO, Y OTRAS OBRAS



TOMO I

TERCERA EDICION

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1880

---

Es propiedad de la Autora.

---

DEDICADA

AL

SEÑOR DON ADOLFO DE CASTRO

*En prueba de aprecio y de admiracion*

OSSIANA.



# PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICION.

---

EL HERALDO, despues de la larga carrera que ha recorrido, puede volver con satisfaccion la vista atrás, y reconocer con un orgullo legítimo que, sea cual fuere la posicion en que la suerte le haya colocado, sean cuales fueren las filas en que haya combatido, siempre ha cumplido con sus deberes, y siempre ha obedecido á las prescripciones de su conciencia.

Pero si debe serle lisonjero todo lo que ha hecho en la esfera política no debe serle ménos satisfactorio lo que ha hecho en el campo literario, en ese noble campo donde florece la inteligencia nacional, cuyos frutos dan la medida del valer de

una nacion á las naciones extrañas, y la enaltecen ó la humillan á sus ojos; en ese campo en que se cultivan los laureles con que ha de engalanarse el porvenir, y que son infinitamente más duraderos y más brillantes que los que se recogen en los campos de batalla.

En este país donde el movimiento intelectual, dolorosamente agobiado por la presion de tantos siglos de extrañamiento sistemático, renace apénas en los momentos actuales; en este país donde no ha logrado aún fundarse la *Revista*, esa última expresion del predominio de la inteligencia, no ya en la forma ámplia y magnífica que sólo en Inglaterra se conoce, pero ni aún en la forma raquítica que los franceses le han dado y en que tan pocos progresos han hecho ellos tambien; en este país, en fin, donde con la escasez de lectores es tan difícil ofrecer alicientes seductores al que se consagra al noble cultivo de las letras,—los periódicos tienen un gran deber que cumplir estimulando el desarrollo del pensamiento, animando á las nuevas

inteligencias y ofreciéndoles el sincero tributo de sus aplausos y la publicidad de sus columnas, ya que no puedan ofrecerles una recompensa más sólida y más positiva.

EL HERALDO ha sabido cumplir con este deber. ¡A cuántos jóvenes hemos sacado de su modesta oscuridad con nuestras ardientes simpatías! ¡A cuántos hemos inspirado valor para que prosiguiesen por la senda en que entraban con grandes recursos, aunque con la desconfianza, compañera inseparable del verdadero mérito! Nadie ha apelado en vano á nosotros cuando nos ha pedido un teatro en que pudiera someterse al juicio del público; ninguno ha despuntado favorablemente en la escena dramática, en la poesía lírica, en los estudios severos de la historia, en las amenas invenciones de una imaginacion fecunda, sin que hayamos saludado su advenimiento con una acogida benévola cuando ménos, con aplausos de entusiasmo siempre que pudieran encontrar su justificacion en un mérito distinguido.

La suerte ha recompensado nuestros leales esfuerzos. Muchos jóvenes á quienes hemos abierto la puerta de la publicidad, han llegado despues al apogeo de la superioridad literaria, y han conquistado la unánime admiracion de sus compatriotas. Muchos son hoy los más brillantes joyeles de la corona literaria de nuestra época, y muchos han quedado definitivamente engastados en esa corona inmortal en que resplandecerán hasta la consumacion de los siglos los refulgentes nombres de Cervantes, Lope y Calderon.

Pero entre las piedras preciosas que han brillado por primera vez en nuestras columnas á la luz del dia, ninguna nos enorgullece tanto, ninguna ha conquistado tan rápidamente un puesto tan elevado, como la perla de nuestros novelistas contemporáneos, esa delicada y privilegiada inteligencia femenina que se oculta al público, á quien encanta con los incomparables tesoros de su imaginacion, bajo el modesto seudónimo de *Fernan Caballero*. Aquí, donde la novela nacional habia

desaparecido, donde ni siquiera se traducía la buena novela de otros países, y se envenenaba el gusto de la juventud con los monstruosos partos de los novelistas franceses, es una gran gloria haber contribuido, aunque sea en una parte pequeñísima, al descubrimiento de un escritor que retrataba tan fielmente nuestros sentimientos, que daba acción y vida á los tipos legítimamente nacionales, que nos abría una mina inagotable de goces purísimos, incomparables, y que, por fin, en la armazón de sus inventos, en el animado estilo con que la revestía, en las observaciones nuevas é ingeniosas que tan perfectamente revelan la percepción femenina, daba á todo un colorido tan puro sin dejar de ser interesante, tan libre de todo estímulo peligroso sin dejar de encadenar irresistiblemente la atención, que mereció á uno de nuestros más ilustrados críticos la observación tan ingeniosa como exacta de que «las novelas de *Fernan Caballero* oían á limpio.»

En nuestras columnas se publicó la primera

novela de *Fernan Caballero*, aquella encantadora GAVIOTA que vino á revelar á España le existencia de un verdadero, de un legítimo novelista nacional, y que ha merecido en otros países elogios cuya tradicion se habia perdido ya para la literatura de nuestro país.

Nuestro incomparable *Fernan Caballero* nos ha hecho despues infidelidades numerosas adornando con sus producciones las columnas de otros periódicos políticos y literarios. Pero, como en nuestra organizacion no existe ni en átomos homeopáticos el elemento del egoismo, no tenemos por ello el más leve motivo de queja. Era natural que una alhaja del valor de *Fernan Caballero* fuese solicitada por todos, y ningun derecho teníamos para exigir que sólo para nosotros resplandeciesen sus rayos, tanto más cuanto que, reducidos á la clase de lectores, siempre nos tocaba una gran parte del deleite que produce la publicacion de cada una de las novelas que da á luz. Y, si en nosotros existiese el más leve resentimiento, hoy tendria que

disiparse, hoy que *Fernan Caballero*, confirmando la verdad del estribillo de una canción francesa:

Et l'on revient toujours

A ses premiers amours,

nos anuncia el próximo envío de una nueva novela que para nosotros ha terminado. ¡Dios se lo pague!

Pero entre tanto, nosotros, incansables exploradores de la California literaria, y exploradores á quienes en esta region no se cansa la suerte de favorecer, hemos descubierto un nuevo tesoro cuyos primeros frutos vamos á ofrecer. Es un nuevo novelista, que del primer salto se coloca en el más elevado puesto de este género tan encantador como difícil. Pertenece al mismo sexo que *Fernan Caballero*, es andaluza como ella, es como ella modesta hasta el punto de no querer confiar á nadie el secreto de su nombre; y, como teme sin duda las indiscreciones propias de los periodistas, acostumbrados á decir todo lo que saben, y á

veces algo más, no nos ha suministrado más datos que éstos, y, por consiguiente, es inútil que se nos hagan preguntas indiscretas.

Nuestro nuevo novelista, digna por muchos títulos de colocarse al lado de *Fernan Caballero*, pertenece, sin embargo, á una escuela muy distinta. *Fernan* se deleita en vivir casi exclusivamente en medio de las peculiaridades puramente españolas; en retratar con toques admirables y minuciosos, arrebatados á la naturaleza misma, caracteres, escenas y sentimientos que sólo se encuentran en España; en dar vida y movimiento á esa parte tan original y tan noble de la sociedad española en que se conservan tan elevados instintos, tan poéticas tradiciones, tan exaltados sentimientos, que en otras partes se llama clase ínfima, y que aquí es el nervio, así como la parte más sana de la nacion, la que conserva una originalidad que ha desaparecido en otras esferas. Nuestra nueva novelista, sin dejar de ser puramente española, se inclina más á la forma de la novela social inglesa, y busca sus

personajes en las clases que representan entre nosotros los efectos de esa nivelacion que la rapidez de las comunicaciones va estableciendo en toda Europa, y produciendo una uniformidad que borrará dentro de poco las peculiaridades exclusivas de cada nacion. Sin embargo, en ISABEL hay dos tipos del pueblo, que son puramente españoles, y que recuerdan á menudo la manera favorita de *Fernan*. Con estos elementos, hábilmente manejados, forma un cuadro de tanta animacion y de tanto interés, lo adorna con tantos episodios ingeniosos, con observaciones tan profundas, y con tipos tan nuevos y tan seductores, que su novela no puede dejarse de la mano.

*Fernan* y la autora de ISABEL, aunque por distintos caminos, se proponen llegar á un fin eminentemente nacional. La primera, ofrece á la admiracion del mundo las peculiaridades de nuestro pueblo, y lo coloca por encima de todos los pueblos de la tierra; la segunda, luchando contra las vulgaridades de escritores extranjeros, demues-

tra que nuestra clase media no se diferencia gran cosa de la de otros países, en saber, en ilustracion y en tendencias de toda especie, y que nuestras mujeres no ceden en virtud, ni en ninguno de esos sentimientos y atributos que son la gloria del sexo, á las que siempre se quiere enaltecer á expensas de las nuestras. *Fernan* y la autora de ISABEL SON igualmente dos grandes novelistas, y son las dos únicas que han sabido hasta ahora llenar dignamente el vacío que en este difícil género se notaba en nuestra literatura contemporánea: son las dos únicas que nos han dado novelas verdaderamente originales españolas, porque no concedemos este puesto á aquellas cuya *originalidad* no pasa de la portada, y que con nombres españoles son una pura reminiscencia de lo que veinte veces hemos leído impreso en París ó malamente traducido á un supuesto castellano.

Es extraordinario fenómeno que en este país, donde las mujeres se han consagrado tan poco á la literatura, sean, sin embargo, dos mujeres las

llamadas á crear el género de la novela original, en términos de poder rivalizar con las producciones análogas extranjeras, precisamente en el siglo en que más se cultiva la novela y en que da productos más numerosos. Desde que desapareció el régimen absoluto, el genio nacional se ha levantado rápidamente de su postracion; han surgido poetas líricos eminentes; los poetas dramáticos han vuelto por las antiguas glorias escénicas de la nacion; tenemos historiadores de elevado mérito, oradores elocuentísimos, críticos de elevada y merecida reputacion; y, sin embargo, en medio de esta fermentacion del renacimiento literario, que ha brotado al lado y al amparo del político, nuestros novelistas, cuando el público pide sobre todo novelas, no han hecho más, con leves excepciones, que desgraciadísimos ensayos. Ha sido preciso que una mujer tomase la pluma y nos abriese los tesoros de su imaginacion, para que pudiésemos decir al mundo que éramos capaces de escribir novelas puramente españolas; ha sido

preciso que otra mujer siguiese por el mismo sendero, para que no se creyese que la primera era una excepcion: como sucede en las MIL Y UNA NOCHES, el gran sultan, el gran tirano llamado *el público*, no depone su irritacion ni calma su impaciencia sino ante los cuentos ingeniosos con que le seduce una boca femenina.

Este fenómeno es un rasgo completamente nuevo en nuestra historia literaria, si bien se da la mano con una de las grandes peculiaridades de nuestro país, y es la influencia que siempre han ejercido en sus destinos las mujeres desde la época feliz en que el gran rey que ha producido España, es decir, Isabel la Católica, sentó sobre nuevas bases la nacionalidad española, y cambió tan completamente la situacion del país, hasta la de Isabel II, que tiene grandes analogías con aquélla, porque tambien en ella se han dado nuevas bases á la nacionalidad, se ha roto el hilo de antiguas tradiciones, se ha abierto á la actividad de los españoles nuevos senderos, y se ha dado á la na-

cion un tono moral más elevado que el que tenía ántes, preparándole un nuevo y glorioso porvenir.

No nos toca á nosotros estudiar este problema que algun dia ocupará el sitio que le corresponde en la filosofía de la historia: sólo nos toca consignar el hecho curioso que hemos indicado; y, despues de esto, dejar el puesto á nuestro nuevo novelista para que justifique el alto concepto que hemos formado de su obra, felicitándonos por la suerte que nos permite introducirla en el templo de nuestra literatura y ser los *heraldos* de este nuevo progreso en la historia de nuestro desarrollo intelectual.

Pero, ántes de dejar la pluma, bueno es consignar lo ventajoso que será para nosotros el que el cultivo de esta parte de la literatura nacional se encuentre en manos del sexo femenino. No sólo nos responde esto de que con su sensibilidad exquisita, con su admirable percepcion de los rasgos más delicados del corazon humano, con los tiernos sentimientos que en su organizacion predom-

minan, sabrá pintar cuadros de gran interés, y sacar de ellos grandes y elocuentes lecciones que nos aprovechen á todos, con lo cual se ennoblece la novela y pasa de ser una simple ficcion destinada á interrumpir la monotonía del ocio, á ser un eficaz instrumento de civilizacion, de perfeccionamiento y de bienestar, sino que nos responde tambien de que la novela en sus manos no será un pretexto para predicar aventurados principios políticos, una cátedra para la propagacion de falsas teorías sociales, que con la dulzura del ingenio se infiltran en el ánimo de los incautos, y mucho ménos una coleccion de escenas peligrosas é inmorales que, penetrando en el hogar doméstico con aspecto insidioso, corrompen el corazon de la juventud, y echan por tierra con un soplo el edificio levantado con tantos y tan largos afanes por la solicitud maternal. Uno de los grandes méritos de *Fernan Caballero* consiste en que en sus novelas no hay nada que pueda causar el menor rubor á la jóven más escrupulosa, despertar el menor

instinto peligroso, ni ocasionar la menor inquietud al jefe de la familia, al paso que no pierde ocasion de predicar los preceptos de la moral más pura y de la religion más ardiente.

En esta parte nuestra autora no va en zaga á su ilustre contemporánea, y sus páginas pueden confiarse sin recelo á la juventud, con la seguridad de que todo lo que en ellas aprenda será bueno, y que el atractivo de la ficcion no servirá nunca de pasaporte á la cenagosa corriente con que algunos novelistas extranjeros han solido manchar las brillantes páginas de sus libros.

Tal es uno de los motivos que nos impulsan á aplaudir á las señoras que se dedican á la literatura; porque ellas mejor que nadie pueden purificarla y convertirla en un instrumento activo de moralizacion. Con esto terminamos, y abrimos á nuestros lectores las páginas que ellos mismos van á juzgar, y en que deseamos que encuentren tanto deleite y tanta instruccion como hemos encontrado nosotros.



## CAPÍTULO PRIMERO.

---

Cádiz, bella Cádiz, lugar adonde, según el poeta inglés (1) que tanto admiró nuestra ciudad, huyó la diosa Vénus, y en el cual fijó el templo de la hermosura... ¡Cádiz la bella, yo te saludo!

Reina del mar, que majestuosa te levantas de entre la blanca espuma, y digna y altanera señalas su término al Océano, que cual la cuna de un infante, mecida entre las olas de uno y otro mar, voluptuosa, duermes tranquila y sosegada sobre tu lecho de escamas... ¡Cádiz la bella, Cádiz la voluptuosa, Cádiz, el templo de la hermosura, yo te amo... y me hechizan tus blancas casas, tus bellas calles, tus amables habitantes, tus mujeres

---

(1) Byron.

tan bellas, tan ardientes, tan sensibles y tan virtuosas!

¡Puras, como la vista limpia de la ciudad que las abriga; puras, cual la brisa que se levanta para refrescarlas en las tardes de estío; puras, cual las aguas que las circundan por uno y otro lado!

La historia de una de estas mujeres es la que me propongo relatar: una mujer de éstas, como Vénus, engendrada en la espuma blanca de la mar, nacida en el templo de la hermosura, criada bajo el cielo azul de Andalucía, y alimentada con la brisa pura del Océano.

Una creacion casi ideal, una mujer hermosa, sí: en extremo hermosa... bien la recuerdo: hermosa en el cuerpo, tanto como en el alma. Un alma vírgen, llena, sin embargo, de fuego, y de los heróicos sentimientos, que la hacian casi... divina.

Un alma poética que embellecia todo cuanto la rodeaba.

Un alma que, extasiada, escuchaba el embate de las olas contra las peñas; que, absorta, contemplaba el Océano en su vasta inmensidad; que, deleitada, escuchaba el susurro del viento, el murmullo del agua, el gorjeo de las aves... y llena de entusiasmo por todo lo que encierra la poesía de

la vida, la poesía de la vista, la del oído, la del sentimiento, en toda la fuerza de su idealismo, en toda la plenitud de su ilusión, mató ¡ella misma! el alma privilegiada con que el cielo la había dotado.

Pero me anticipo.

---

Las calles de Cádiz son tan semejantes, que tirando paralelas á diestro y siniestro, se tiene ya formado el plano de la ciudad. A estas calles, de liso pavimento, limpias escrupulosamente, da belleza exquisita el aspecto de sus lindas casas, casi todas enlucidas y bien pintadas. General la limpieza en todos sus habitantes, sus moradas, aún las más humildes, revelan la cualidad distintiva de los que las habitan, y agrada observar á veces, en medio de la más extremada miseria, el aseo y primor, que modera algún tanto el aspecto repulsivo de la pobreza. Agréguese á esta propiedad la del gusto particular que descubren las gaditanas por las flores, y la costumbre de adornar con sus macetas los balcones de sus casas, y, unida una cosa y otra, se puede concebir la buena impresión que comunica el aspecto agradable de esta

ciudad, en medio del silencio que en ella reina.

Cádiz es quizá la ciudad más callada del universo: en el día, muda su lengua, la reina de la mar, parece desdeñarse de desplegar los labios, y se contenta con pensar... pensar en sus pasadas glorias, en sus pasados triunfos, en su perdido brillo, cuando orgullosa, su bahía encerraba centenares de bajeles, que generosos le arrojaban en la falda el oro del Nuevo Mundo.

Matrona noble en su desgracia, ha perdido su riqueza, ha perdido su esplendor; pero Cádiz, nunca abatida en su desgracia, nunca humillada en su infortunio, erguida levanta siempre la cabeza; y, si recuerda con dolor sus pasadas venturas, y se siente postrada y desfallecida por falta de jugo para alimentarse, tal vez en moribundo estado... si ha de morir, sabrá hacerlo como el noble César, envuelta en su manto y cubierta con decencia. Pero, ¿á qué conduce todo esto?

Cádiz es una matrona figurada, y yo de lo que pienso hablar es de una matrona real y efectiva que mi Cádiz simboliza.

Me aparto, pues, de mi objeto, y pierdo el tiempo en digresiones.

¿En dónde me hallaba hace un rato?

En las calles.

Pues quedémonos en las calles, y busquemos en la de San Servando, que se halla situada en el barrio de San Cárlos, una casa que presenta una apariencia en extremo agradable, si bien la calle en que dicha casa se encuentra es quizás de las más tristes de la ciudad. Este barrio de San Cárlos, considerado como un lugar extraviado y léjos (en esta ciudad, donde las distancias son tan cortas) y no reputado entre los barrios de tono, tiene la propiedad recomendable de albergar á esa clase desgraciada y numerosa de la sociedad, que se clasifica bajo el epígrafe de *personas que han venido á ménos*, y que, acostumbradas á las comodidades de la vida y á su decencia, no prescindien fácilmente del lugar que en la sociedad les corresponde y del desahogo de que han disfrutado. En extremo módicos los alquileres de las casas de este barrio, á causa de su mala situacion, favorecido como lo está por todos los vientos que reinan, y al mismo tiempo diáfanas y cómodas, la ya dicha clase de personas que he especificado, forman en casi su totalidad el conjunto de sus habitantes. La casa á que quisiera fuese dirigida la atencion del lector, se hallaba situada, como ya he dicho, en la calle de San Servando, y su aspecto placentero, adornados como estaban sus

balcones por multitud de macetas que, cargadas de flores, grandemente contribuían á embellecer su fachada, participaba por completo del carácter especial de las casas de Cádiz.

Era una casa pequeña, y habitada, se conocía, por personas pobres; pero respirando toda ella aseo y primor. Estas propiedades se veían ir en aumento á medida que en ella el curioso se internaba.

Y despacio, subiendo su escalera (en la compañía de V., señor lector) de una vez nos hallamos introducidos en el interior del piso adonde hemos dirigido nuestro rumbo; piso que constaba de una media docena de piezas; pero, como no tenemos curiosidad alguna por examinarlas, nos habremos de contentar con no pasar de aquella en que hemos penetrado; sala de recibo, que es mi objeto, ante todas cosas, tratar de describir.

Era una habitacion cuadrada, aunque de tamaño reducido, que contenía la menor cantidad posible de muebles, y estos pocos en extremo usados, y nada propios para el descanso.

Un sofá duro, de badana punzó, en extremo desteñido, media docena de sillas y una mesa de pino, formaban todo el moviliario, que, si bien

cuidadosamente libre de polvo, y en extremo primoroso en su colocacion, indicaba claramente la clase de la sociedad á que pertenecian los moradores de esta casa.

El balcon único que en la salita habia, estaba casi por completo cerrado; pero el aroma de las muchas macetas que lo adornaban trascendia á la habitacion.

Sobre la mesa veíanse algunos libros, y dos ó tres tiestos con flores, que esparcian fragancia deliciosa; y, encendida una bujía al tiempo que hemos penetrado en este aposento, difundia su luz sobre los objetos especificados, y otros seres más interesantes que no he tenido todavía tiempo para mencionar.

Eran éstos un anciano y dos criaturas, hembra y varon, que, sentados sobre las rodillas del viejo, le cercaban el cuello con sus bracitos infantiles.

En extremo avanzado en edad, ó en extremo decaida su naturaleza, el anciano parecia estar en el último período de la vida, si bien descubria todavía, á pesar de sus arrugas y de su decrepitud, una fisonomía hermosa.

Noble su semblante, revelaba la honradez y la buena fe: señales características que, cual ninguna otra, estampan su sello en el rostro... A no ser

porque á su aproximacion se descubria que para él «la vida era una noche perpetua,» hubiérasele podido llamar todavía un viejo hermoso; pero le faltaba la vista, le faltaba el órgano que revela el espíritu que vive en nosotros, el órgano que despide la chispa eléctrica y que anima todo lo que en nuestro sér se halla... ¡y un pobre ciego no puede jamás ser hermoso!...

Sin embargo, el color nevado de los pocos cabellos que conservaba, y la calva respetable que le engrandecía la frente, daban no sé qué aire de venerabilidad á su fisonomía, que recordaba á uno de los ancianos de los antiguos tiempos. Vestía una casaca militar azul, en extremo usada, cuyo traje, así como una cicatriz que le atravesaba la frente, descubria la profesion en que habia envejecido, y en que habia perdido con anticipacion su juventud y su salud.

Su salud: la vista.

¡Pobre ciego! ¡sin sol, sin cielo, sin estrellas, sin verdor y sin colores!

¡Pobre ciego, que no gozaba ni de ese sol que nos alumbra, ni de ese cielo que nos cubre, ni de esas estrellas que brillan, ni del verdor de los campos, ni de los matices de las flores, ni, sobre todo, de los objetos de su amor!

¡Sus hijos! que dejó de ver cuando eran niños, y á quienes no conocia sino como su corazon se los recordaba.

¡Sus hijos! que tiernamente correspondian á su amor, y cuyos dulces cuidados, si no alcanzaban á dar vista á los ojos, se la daban al corazon: vista de aumento al corazon para ver en toda su extension la infelicidad de su suerte y el mayor aumento de desdicha que el destino les preparaba para el dia en que su padre, ciego y todo, les llegara á faltar.

Era muy desgraciada la suerte de este pobre militar ciego, infeliz soldado, valiente y pundonoroso, que, despues de haber sacrificado en el altar de la patria su juventud y su salud, la vista, recibia tan triste pago.

Sobre su ceguedad, la pobreza ¡pobreza espantosa, que cada dia iba en aumento, y que cada dia aterraba más al que en vano hubiera querido contrarestarla!

Habia sido siempre muy desgraciado este pobre militar : muy desgraciado en medio de los muchos méritos que lo distinguian.

Pertenecia á una familia ilustre, «los Aguilerras;» pero, inútiles la jerarquía y la genealogía cuando la cruda suerte quiere mostrarse tirana,

de nada le habia servido su ilustre nombre para adelantar en su carrera.

Era demasiado pundonoroso y desprendido; y el pundonor y el desprendimiento se pagaban con su merecido, segun nos cuentan, «en otros tiempos;» pero en el siglo presente, en el siglo que hemos alcanzado, virtudes nuevas, desconocidas entónces, se apropian el monopolio de las recompensas, y ellas solas gozan de la bienaventuranza; en tanto que el mérito callado, cuyo noble orgullo no le permite gritar ni dar un paso para hacerse valer, yace postergado y abatido, víctima de su nobleza.

Este pobre militar realiza esta verdad.

Bizarro cual ninguno, las glorias militares que de derecho le correspondian, si los lauros de Marte han de ser conquistados en el campo de batalla, y si el denuedo y la valentía en la lid merecen una recompensa, jamás sino mezquinamente ciñeron su noble sien.

Entregó su juventud, derramó su sangre, perdió su salud, y entónces, la patria que hasta aquí recompensara sus servicios con la injusticia, resarcó su infelicidad con el olvido, y por gran favor con una miserable pension de retiro que le sumergió en la más extremada pobreza.

Viejo ya, aunque en años todavía mozo, el envejecido soldado envejeció aún más pronto, meditando en su triste suerte, en la infelicidad de sus hijos y en el caos de su porvenir.

Meses... ¡qué digo! años habían pasado de esta suerte: un día tras otro, siempre lo mismo.

La pobreza inexorable... una vez que con sus garras se apodera del hombre honrado, con dificultad lo suelta.

Pero, cada día más pesada en tiranía, cada día más rasgado su negro manto, cada día mayores y más difíciles de cumplir los compromisos que la necesidad había hecho contraer, la familia del honrado militar se hallaba en la actualidad en las más apuradas circunstancias, sin embargo de que en esta noche de que hablo, una sonrisa plácida (expresión nada usual en él) iluminaba la fisonomía de Aguilera, y le hacía aparecer allí sentado, delante del velador, con sus hijos sobre las rodillas, casi feliz.

Primer misterio de mi historia que habrá de encerrar muy pocos.

Nada he dicho todavía de sus hijos, los dos pequeñuelos que yacían sentados sobre sus muslos, y ante todo debo hablar algo de ellos.

El menor contaria cosa de ocho años, y la mayorcita uno ó dos años más.

En extremo lindos los dos, la luz de la bujía descubria en el varon una carita redonda, blanca y colorada, con ojos celestes, y una cabellera de rizos, color de oro; y en la niña, un semblante lleno de expresion, una expresion de precocidad inusitada y cierta vivacidad é inteligencia superior á su corta edad.

Sentados ámbos sobre las rodillas del anciano, con sus bracitos alrededor del cuello de éste, fija en él toda su atencion infantil, bebian con avidéz las palabras que su padre les dirigia.

Largo rato hacía que Aguilera conversaba con los niños y les hablaba (parecia estar algo demente en esta noche de que hago mencion) de una casa hermosa, donde iban á vivir, de un carruaje donde todos saldrian á pasear, de excursiones al teatro, á los paseos públicos, á los pueblos inmediatos, donde los pequeñuelos habian de ir con él á coger fruta de los árboles mismos, con sus propias manecitas; donde habian de formar ramos de azahar, violetas, heliotropo y rosas; donde habian de perseguir á las mariposas y gozar de inauditos placeres que nunca sus imaginaciones infantiles pudieran concebir, y cuyas imágenes, ideales to-

davía para ellos (los pequeñuelos), visiones fantásticas, cuentos, cual de encantamiento, casi les trastornaban los sentidos.

Imágenes ideales, esperanzas deliciosas, con las cuales hacía algun tiempo que el militar se entretenía, y que á los que no se hallan en el secreto de su origen, tal vez parecerán desvaríos de la demencia... Estos desvaríos, en el juicio más aventurado, habrán de variar de carácter si se toma en cuenta que el viejo Aguilera, además de los hijos pequeños con quienes ya se ha hecho conocimiento, tenía una hija mujer: descubrimiento que revela el secreto de su sonrisa en esta noche de que hablo, y fundamento de los cuentos de encantamiento con que entretenía los oídos avaros de sus inocentes hijos.

Una hija mujer, de quien no he aún hablado, al dedicar mi atención á los habitantes de la salita cuadrada, por no hallarse ella entónces visible, pero de quien es mi intención ahora tratar por completo.

La puerta de la habitación fué abierta, y por ella se introdujo la hermana mayor, cuyo grado de parentesco con la familia del ciego desconocían mis lectores hasta este momento, pero de cuya

existencia ya han tenido noticia en la primera página de esta historia.

La creacion casi ideal, la mujer en extremo hermosa, igualmente en el cuerpo que en el alma; la vírgen pura, llena, sin embargo, de fuego y de heróicos sentimientos que la hacian casi divina; dotada de un alma poética que embellecia todo cuanto la rodeaba: un alma que extasiada escuchaba el embate de las olas contra las peñas, que absorta contemplaba el Océano en su vasta inmensidad, que deleitada escuchaba el susurro del viento, el murmullo del agua, el gorjeo de las aves, llena de entusiasmo por todo lo que encierra la poesía de la vida, la poesía de la vista, la del oido, la del sentimiento, en toda la fuerza de su idealismo, en toda la plenitud de su ilusion... y que ahora, al presentarse ante su familia, mostraba bien á pesar suyo, un semblante contristado por efecto de una meditacion tristísima que preocupaba su ánimo.

¡Meditaba sobre el suicidio de su alma!

¡Qué hermosa era! y tan jóven... daba lástima verla meditando sobre tan triste asunto.

¿Quereis que os la describa?

Os haré su retrato.

Era alta y aérea su figura, recordaba á las nin-

fas que acompañaran á Vénus cuando en Cádiz se refugió.

Figuráosla semejante á ellas, ó á cualquier otro sér ideal, poético, que la mente conciba: y tal cual la mente más idealizada la concibiere, tal era esa mujer.

Rubio su cabello, con el color dorado que se asemeja á los rayos del sol, color de cabello nada frecuente en las hijas del Mediodía, pero que una vez hallado embellece tanto su privilegiada hermosura, contrastaba de una manera deliciosa con sus ojos negros, grandes y rasgados, que, circuidos por un óvalo azul, aparecian como de un tamaño descomunal. Espaciosa y elevada su frente pura, fina y delicada su nariz, y de una forma perfecta su boca y sus delicadísimos dientes; los tintes suavemente matizados de blanco y rosa de su tez completaban su retrato.

¡Qué hermosa era! vuelvo á decir: cual nos pintan á la diosa de la mañana, ó mejor dicho, cual nos representan á la de la juventud, la hermosa Hebe.

Esta es la mejor semejanza, si el símil ha de tomarse de la Mitología; pero, si como buenos cristianos, recurrimos á comparaciones ménos profanas, era Isabel (Isabel se llamaba) la simboli-

zacion de la pureza y el candor en una vírgen cristiana.

Desarrolladas por completo sus facultades, en entera posesion de los tesoros de su alma, analizadas sus nobles aspiraciones y entendidas en toda su extension, el sacrificio que la jóven meditaba en esta noche de que hablo, era un sacrificio incalculable, insondable, inmenso, grande, como el del héroe romano que sacrificó su vida por su patria.

La patria de él, Roma.

La patria de esta mujer (de todas las mujeres) ¡los objetos de su amor!—Su padre, sus hermanos... hermanos, que para ella ocupaban el lugar de hijos.

Madre desde su misma infancia, los deberes sagrados de este amor desarrollaron desde entónces, y de una vez, los afectos más tiernos de su corazon... ¡grande amor de madre, que en su inmensa profundidad purifica y eleva el espíritu, y arranca de sí todas las raíces del egoismo!... este grande amor que la orfandad de sus hermanos despertó en su corazon, hizo á Isabel mujer áun ántes de entrar en la adolescencia.

Huérfana ella tambien de madre, y en la edad en que más falta le hacía para sostén de su juventud, en la edad en que podia ya medir en toda su

extension el precio de lo que habia perdido, sofocó, sin embargo, en su pecho todo sentimiento egoísta, y no se cuidó de otra cosa sino de llenar el gran vacío y ser el apoyo, el consuelo, la madre, en fin, de aquellos que la habian perdido ántes de conocer su valor.

Y no sólo cumplió su mision sublime con los inocentes que prohiara, sino que, al mismo tiempo, reclamando otro amor entrañable, otro deber sagrado, imperioso, su atencion, la niña madre, en su carácter de hija, jamás dejó que desear al pobre anciano, que, en su impotencia, requeria los mismos cuidados que si fuera un niño.

¡Era un ángel!

Si en la tierra moran espíritus perfectos, si posible fuera que los ángeles se dignaran favorecernos con su presencia, no tomarian otra forma en el alma y en el cuerpo, que la forma de Isabel.

Medita, pobre jóven, medita más todavía sobre el sacrificio á que te preparas.

¿No es bastante el que con tanta sublimidad hasta aquí has consumado?

¿No es bastante que hayas consagrado á los objetos de tu amor tu infancia con su alegría, sus descuidos, sus indiferencias, sus negligencias, sus

ligerezas é irreflexiones, que tan dichosa la hacen?

¿No es bastante todavía este sacrificio?

¡Ah! no.

Aún no basta.

La patria, tu patria (los objetos de tu amor), está en peligro.

La amenaza una ruina total.

El abismo ruge abierto á sus piés; el abismo negro y tremendo de la desnuda miseria se presenta á tu vista amenazador y te contempla con abierta boca y horrible mirada avara.

La patria, tu patria está en peligro.

Un sacrificio sólo basta para salvarla... pero un sacrificio grande, inestimable: el objeto más precioso que la patria encierra: ¡un sacrificio humano!... ¡un sacrificio humano aplacará tan sólo al rugiente abismo!

Medita, pobre jóven, medita.

Se requiere mucho valor para lanzarse engalanada con todas las *dotes de la juventud* en la abierta sima; pero el heroismo existe todavía, y, tal cual el valeroso romano se sacrificó por su patria, la valerosa mujer sabrá sacrificarse por la suya.

Isabel se aproximó á su padre, y dejó caer una de sus manos sobre una de las del anciano.

Aguilera la reconoció en el tacto.

— Siéntate, hija mia, dijo el ciego, estrechando con ternura esta mano que le habia sido alargada, y fijando sus blanquecinas pupilas en la direccion de su hija; arrímate, Isabel, que me gusta tenerte siempre junto á mí, y hoy apénas te he visto. ¡Visto! repitió el anciano corrigiéndose: se me olvidaba que estoy ciego; que para mí no hay facciones, ni nada más que oscuridad... oscuridad incesante.

Isabel ocupó un asiento junto al de su padre, y volvió á estrecharle la mano en silencio.

— ¿Tienes frio, hija mia? preguntó Aguilera con visible alarma en sus acentos. Tu mano está como el hielo. ¿Estarás mala? exclamó con aumentado terror.

— Jamás me he sentido mejor, replicó la jóven. Será el aire de la noche el que me ha dado este frio. He estado largo rato en el balcon, y...

— ¿Contemplando la luna? interrumpió su padre.

— Las estrellas más bien, exclamó la viva Inés, abandonando la rodilla de su padre, en cuya accion fué imitada por su hermano. No hay luna esta noche, añadió, y además, mi grave hermana prefiere la negra noche con sus estrellas de oro,

sin duda porque se entretiene en leer en ellas nuestro destino, segun la aficion con que las contempla.

— ¡Nuestro destino! murmuró el anciano.

— Diga V. lo que le he oido decir muchas veces, interpuso Inés: « Negro como la noche de V.V. y mis dias enteros, en que ni el sol, ni la luna, ni las estrellas habrán de aclarar nuestro horizonte. » Miren qué bien lo recuerdo, agregó la vivaz criatura, celebrando inocente su precoz talento y maravillosa memoria.

Un suspiro involuntario se le escapó á Isabel; pero, ántes que el sonido llegara á oídos que pudiera herir, la jóven habia cogido al pequeño Cárlos en sus brazos y ahogado la expresion en un delirante beso que estampó en la rizada cabellera.

Beso de delirio, que encerró en un mundo de sentimientos.

Inés, que no dejaba pasar en silencio accion que presenciara, ni sentimiento que sondeara, ni pensamiento que adivinase, no bien notó la caricia espontánea y casi delirante de su hermana, volvió á tomar la palabra.

— Mucho nos ha querido siempre Isabel, exclamó dirigiéndose al ciego; pero no sé qué tiene hace algunos dias que nos quiere mucho más...

pero una clase de cariño que me apesadumbra; tan triste y tan fuerte, que casi me causa miedo. Hermanita, continuó volviéndose á Isabel, que en muda angustia escuchaba las palabras de la impetuosa muchacha, y echándole ambos brazos alrededor del cuello, ¿crees que no te he visto estas últimas noches, cuando nos creias dormidos, venir de puntillas á arrodillarte á los piés de nuestras camas, y despues con tanto cariño besarnos y llorar con tanto desconsuelo? ¿Crees que yo no lo veia, porque me hacía la dormida? ¿Y crees que no te he visto una porcion de veces hacer lo mismo con papá que con nosotros? ¿Crees que á mí se me ha escapado esto? ¡Ah! exclamó con indecible importancia; dormida y despierta á mí nada se me escapa. Y un beso en la mejilla de su hermana completó el resto de la oracion.

Carlitos, siempre el eco de su hermana menor, creyó muy del caso imitar su ejemplo, y, presto envuelta Isabel entre los brazos de ámbos, que se disputaban por devorarla á besos, en sus brazos inocentes escondió su turbacion.

Aguilera volvió sus blanquecinas pupilas en direccion del grupo, sus blanquecinas pupilas, que en vano hubieran querido leer en el fondo del corazon de su hija.

Sin verla, la miró, sin embargo, y su labio expresó lo que su pupila no pudo.

—Hija, dijo de repente, inspirado por una idea que nunca ántes le cruzara por la imaginación: hija mia, ¿será ese casamiento un sacrificio quizá? ¿habrás de ser infeliz?

Isabel le contestó en baja voz, y sin otra palabra sobre el asunto, tomó á los niños de la mano.

—Hijos míos, les dijo, ya es hora de acostarse. Las buenas noches á papá.

Obedientes las criaturas, besaron al anciano, y se dejaron conducir por su hermana á su habitación.

A los breves instantes volvió á aparecer la jóven.

Se sentó á los piés de su padre, y descansó un brazo en su rodilla.

—Padre mio, dijo, alzando su rostro hácia el del anciano, reflejándose la luz en él y mostrándolo en extremo pálido; padre mio, repitió, ¿por qué esa idea le ha cruzado por la cabeza? ¡Un sacrificio! ¿En qué lo ha conocido?

—En las palabras de tu hermana, replicó el anciano, en las palabras de una inocente que no es capaz de mentir. ¡Oh! si tal te sucede, si tu

corazon se resiste á ello, dímelo, Isabel. Olvídate de todo, y ante todo sé feliz. Tu pobre padre preferiria la muerte en un hospital á la vida comprada al precio de tu felicidad. Tu hermana no miente, repitió con energíá; una inocente es incapaz de mentir.

— ¿Y quién dice que sean mentira las palabras de esa inocente? contestó Isabel con admirable serenidad. Cierto es todo cuanto ha dicho. Cierto es que estas últimas noches he rezado arrodillada á los piés de sus camas; que los he besado con sin igual ternura, y, en la inmensidad de mi amor por ellos, cierto es que he llorado, y cierto es que lo mismo que con ellos, he hecho con V.; pero, ¿por qué, padre mio, interpretar mal los sentimientos que tan naturales son? Ningun pesar me affige, añadió; sólo que ¿cómo negarlo? exclamó visiblemente con un doloroso esfuerzo, ¿cómo negarle que la idea de contraer un nuevo lazo me impone y me encela conmigo misma de una manera indecible, porque mi corazon no quisiera dividir con otros el afecto que hasta aquí ha pertenecido á V. exclusivamente? Sin embargo, dijo con la misma serenidad que desplegara al principio de la conversacion; me considero en medio de todo tan feliz en la suerte que me espera,

que no la trocaria por la de la mujer más dichosa de la tierra.

¡Ay, si aquellos ojos blanquecinos hubieran podido ver la expresion del semblante de Isabel al articular estas palabras!

¡Ay, si hubieran podido traslucir que estaba desgarrado un corazon al mentir de tal manera! ¡Mentira noble, heróica, mentira engarzada en oro... mentiras de esta clase clamarán en el postero dia por ser admitidas en el número de las virtudes!

El anciano por toda respuesta se inclinó sobre ella, é imprimió un beso en la cabeza de aquel ángel.

Beso cuyo eco arrancó de aquellos ojos tan hermosos una lágrima que lentamente bajó por la suave mejilla, y, desatendida, se secó sobre el seno palpitante; el seno palpitante con los afectos más nobles que hacen latir un corazon humano.

Algunos de los efectos del sufrimiento son incomprensibles.

Este beso paternal, el silencio, la completa suspension de la conversacion que tanto deberia interesar á ámbos, ¿qué es lo que revela?

Una triste verdad.

¡Que el sufrimiento á veces cansa á tal extremo

el espíritu, abruma de tal suerte el corazón, que, aún en el sér más lleno de sentimientos nobles y tal vez de abnegacion de sí mismo, asoma por fin la sombra del egoismo... sombra pálida, casi imperceptible; pero que, sin embargo, predomina y arrastra tras sí el entendimiento y la perspicacia del corazón!

El cansancio del espíritu, el abrumamiento del corazón, el afán de respirar y (seamos justos) la pobre valuacion que de las pasiones se hace en la edad en que ya su efecto ha pasado, fué el narcótico que adormeció la idea despertada en la mente de aquel anciano: narcótico que no fué otro en la esencia que la sombra del egoismo que sobre su inmenso infortunio se levantaba, y le convidaba á gozar de algunos años de reposo.

Ni una palabra más sobre el asunto se dijeron el padre y la hija aquella noche; él se dió por vencido, y feliz soñó despierto en su noche eterna, que para ellos comenzaba el día de la felicidad.

Y más que nunca cariñoso con Isabel, la besó con la mayor ternura y la llamó su consuelo, y el ángel de su guarda, y le dijo que la bendecía con todo su corazón: palabras y caricias que encerraban un tumulto de sentimientos diversos.

La noche estaba oscura... el cielo, parecia un manto negro salpicado de chispas de oro; no se oia la mar, ni la callada ciudad, ni se distinguia otra cosa más que las multiplicadas estrellas.

Aguilera dormia ya con un sueño placentero, lleno de esperanza y porvenir: su hija oia su tranquila respiracion, y daba gracias á Dios de que en sus manos hubiera puesto los medios de proporcionar una vejez venturosa al impotente desgraciado que no habia conocido más que pesares en su amarga vida.

Los niños dormian tambien con el sueño suave de la inocencia, y soñaban con los cuentos de encantamiento con que su padre los habia entretenido, y ya asidas entre sus manos tenian las frutas, las flores y las mariposas, y alegres se regocijaban disfrutando de goces inauditos.

Y la hada que inspiraba estos ensueños, la hada que á la vida habia llamado la esperanza en el corazon de su padre y los cuentos de encantamiento en la imaginacion de sus hermanos... ¿qué hacía entretanto esta hada encantadora?

Mirar la noche oscura, de estrellas salpicada, y descubrirles los secretos de la noche de su alma: alma llena de ilusion, de entusiasmo, de idealidad, de poesía.

Sus ojos contemplaban las brillantes estrellas, y les hablaban ese mudo lenguaje del corazón que no se expresa.

En toda la fuerza de su hermosura, en toda la posesión de los tesoros de su alma, analizadas sus nobles aspiraciones y entendidas en toda su extensión, era horrible el sacrificio que de ellas iba á hacer en el altar del interés.

¡Horrible sacrificio, vergonzosa prostitucion, que anonadaba á Isabel y la humillaba hasta el polvo!

Pero... ¿y su amor filial? ¿y su amor de madre?

Dios se sonreía sobre ella, y le mostraba en el cielo un lugar de preferencia (por entre las estrellas lo veía): el lugar destinado á las víctimas que se inmolan por la abnegación... é Isabel, triunfante, victoriosa sobre sí misma, no ménos valerosa que el heróico romano, se disponía á imitar su noble ejemplo.



## CAPÍTULO II.

---

Era un día delicioso de primavera, en el cual lucía la tierra sus mejores galas, y placentera gozaba de todos los halagos de la risueña estación. Vestidos la mayoría de los árboles, y cubierta la tierra del verdor que la reciente lluvia produjera, presentaba la naturaleza el aspecto más agradable.

Acopados los innumerables naranjos que forman del sitio en que nos hallamos, más bien un bosque que un jardín, la carga de fruta que casi los agobiaba, convidaba á relevar á las ramas de una parte de su peso.

Flores infinitas crecían como una alfombra variada bajo la sombra de los naranjos; y mariposas miles de matizados colores volaban ligeras y caprichosas en todas direcciones, ya posándose sobre las orgullosas rosas, ya libando la miel de

las modestas violetas, ya coquetas y seductoras, girando en torno de una y otra flor, dando vueltas y revueltas, juguetonas, chasqueando las esperanzas de todas; y á su vez, sirviendo de juguete á seres más inhumanos que ellas, que crueles les tendían una mano aleve, ó para conservarlas cautivas, ó para darles muerte por el placer de examinar sus alas y sus vistosos y variados colores.

El sol reflejaba de lleno en este delicioso recinto, y despedía una lluvia de oro sobre el estanque situado en el centro del jardín, reproduciendo á millares los peces dorados que allí se albergaban.

Reflejaba también el astro luminoso en objetos de otra especie: de aquella especie para quienes fué el astro resplandeciente creado; y se dejaba caer majestuoso sobre una cabeza calva y una frente espaciosa, parte de un rostro venerable, cuyos ojos no podía ya jamás incomodar rayo alguno del sol, porque para estos ojos no había en el mundo sino perpetua oscuridad.

Reflejaba igualmente en una casaca azul de militar, flamante, engalonada con lujo, y sus demás adyacentes, dignos compañeros de la casaca, cuyo equipaje, perteneciente al dueño de la cabeza

calva y espaciosa frente, revela de una vez su nombre.

Sentado Aguilera junto al estanque, con placer indecible aspiraba la fragancia embalsamada de las flores, y se figuraba sin verla, aquella naturaleza reciente, tan llena de encantos, aquella escena placentera que se representaba delante de él, y que á falta de la vista le trazaba la imaginacion, aunque débilmente y sólo ayudada por el recuerdo.

¡Qué feliz parecía el anciano militar!

Sentado allí junto al estanque, su alma se ensanchaba, su corazon se alegraba, su espíritu se elevaba, sus oidos se estiraban para no perder sonido alguno, y sus labios se sonreian, en contestacion á las risas que de vez en cuando resonaban por el jardin; risas llenas de alegría, de frescura, emanadas del corazon; risas penetrantes, melodiosas, arrancadas de los labios de la infancia, de los labios puros de los inocentes que se creian en un lugar encantado.

Los naranjos gemian, casi agobiados con el peso de su fruta; pero las manecitas caritativas que apenas podian alcanzar á relevarlos de su carga, avaras arrancaban las *manzanas de oro*, y golosas las hacinaban, y esperaban con su ava-

ricia dejar las ramas por completo despojadas.

Y se reían, y charlaban y jugueteaban, y sobre todo, extraían el jugo delicioso de la fruta que arrancaban, y se regocijaban con su gusto regalado; y despues pasaban al saqueo de las flores y formaban ramos lindos, y tejian guirnaldas bellas y se las colocaban en la cabeza é iban así adornados á mirarse en el estanque; y luégo besaban al anciano, y le daban las rosas para oler, y le traían la mejor fruta, y lo volvian á besar, y bailaban de alegría, y se reían bulliciosos, y de nuevo otra vez volvian á su saqueo.

Y cuando de la fruta se cansaron, y no quedaba apénas flor que adornara su tallo, les llegó entónces su vez á las mariposas fantásticas, que con la prision ó la vida pagaron el delito de su veleidad.

Las perseguían por entre los naranjos, las acosaban por entre los rosales, las buscaban por entre los claveles, la una por ser color de grana matizada con negro, la otra por ser blanca como la pureza de ellos, la otra por ser color de oro, que con el reflejo del sol parecia una estrella reluciente... y la una por ser color de grana, y la otra por ser blanca, y la otra por amarilla, ninguna recibia cuartel.

¡Qué lindos eran ambos niños, y cuánto los embellecía el color encendido y la animacion que la mañana les comunicaba!

Pero se fatigaron al fin.

Abusaron tanto de sus fuerzas, de su alegría, de los goces nuevos que hasta entónces no habian conocido, que, sin aliento y rendidos, se dieron por satisfechos, y entónces solamente se halló Aguilera dispuesto á dar por terminada la excursion, que algunos meses ántes no habia sido sino una vision confusa.

Los niños se apoderaron de todo lo que podian llevarse, porque su padre, generoso y espléndido hasta el extremo, autorizó la satisfaccion de estos goces, y cargados de fruta y flores emprendieron su vuelta á casa.

La fruta para ellos.

Las flores para Isabel.

Las amaba tanto, que por nada en el mundo se hubieran ido sus hermanos sin llevarle este regalo.

El vapor salia del Puerto de Santa María á las tres de la tarde.

La hora no podia haber estado mejor combinada, y el viejo Aguilera y sus dos hijos llegaron

á Cádiz, y á la casa de D. Álvaro Montoya, á buena hora para comer. Sin pérdida de tiempo, fué el ciego conducido por los niños á las habitaciones de la señora de la casa, y sin más preámbulos nos colocaremos y nos pondremos en ellas en compañía de la persona á quien los tres buscaban.

¡Santo Dios! ¡qué habitaciones tan lujosamente alhajadas!

¡Santo Dios! ¡qué contraste con la salita cuadrada de la calle de San Servando!

No puedo dejar de describirlas, porque sería tratarlas con un desprecio inmerecido, y, á lo ménos, ya que no particularice el total de las habitaciones de esta casa, séame permitido dar una reseña de aquellas en que nos encontramos: sala de recibo, gabinete y tocador.

Entrábase por una espaciosa antecámara, rica en hermosas pinturas, á la sala de recibo, cuyas paredes se hallaban cubiertas de damasco blanco, con molduras doradas y cuatro grandes espejos que reverberaban todas las bellezas que la sala contenía.

Rodeaban el aposento muelles sofás, elegantes divanes y sillas cómodas, forrados todos estos muebles de seda color de rosa.

Hallábanse situadas de trecho en trecho, mesas de forma caprichosa, ricamente talladas en madera, de un color oscuro, casi comparable al palo santo por su brillo y por sus tintes.

Cortinas de seda igualmente rosa, en union con otras de muselina, guarnecidas con encajes de Bruselas, adornaban los dos balcones que habia en la sala, y en union con los demás objetos constituian el más elegante alhajamiento que concebirse puede.

Cubrian las mesas multitud de adornos, ya de china, ya de mármol, é infinidad de objetos pequeños que sería difícil enumerar.

Una lámpara de porcelana blanca, con molduras doradas, pendia del techo, y en forma elegante y caprichosa no dejaba que desear.

Una alfombra de Turquía y media docena de tibores magníficos que despedian la fragancia más deliciosa, producida por las yerbas aromáticas y diferentes esencias de que era costumbre llenarlos, completaban el alhajamiento de esta habitacion.

Separada la sala del gabinete por una cortina compañera de las de los balcones, por ésta se penetraba en dicho gabinete, delicioso templo de lujo, que parecia un ascua de oro.

Eran sus muebles todos dorados, casi regios en su magnificencia, iguales en lujo á los de la sala.

Cubiertos los sofás y sillones de rico damasco celeste, las paredes semejantes á las de la sala, sólo que en vez de espejos ostentaban algunas pinturas, la infinidad de candelabros dorados, de objetos de curiosidad y capricho que daban la última pincelada á su alhajamiento, la multitud de taburetes, de sillas de una forma y otra, de objetos varios que apénas tienen clasificacion, colocados caprichosamente sobre la suave alfombra, hacian de este gabinete el lugar más delicioso que concebirse puede.

De él pasábase á una especie de antesala, y de allí al tocador, donde el espíritu y el cuerpo retrocedian con inexplicable sorpresa.

El porqué lo diré sin más tardanza.

Porque en aquel tocador, el tocador de la señora y dueña de las habitaciones ya descritas desaparecia por completo el lujo y el fausto.

No hay damascos, no hay adornos, no hay candelabros, ni mármoles, ni alabastros, ni objetos de capricho; sino humildad, pobreza y recuerdos del corazon.

Los muebles nos son conocidos.

El sofá de badana punzó, las sillas viejas, el velador, sobre el que ardia la bujía que mostró el rostro de la mujer-ángel, tan pálido la noche que decidió de su suerte; un espejo, digno compañero

de este mueblaje, y flores naturales en los mismos tiestos que pocos dias de su vida se habian visto desprovistos de ellas... esto era todo lo que formaba el alhajamiento del tocador de Isabel, en la casa rica de su marido, D. Álvaro Montoya.

Don Álvaro Montoya era un hombre que encerraba en sí el prestigio de un Rostchild en miniatura, un hombre acreditado por su conocido caudal, por su experimentada probidad, y que en su carácter de comerciante ocupaba el primer puesto en la ciudad, donde, como en todas partes del mundo, el dinero reina preeminente; pero en breve haremos conocimiento con él, y entónces podrá ocuparnos más tiempo. Volvamos por ahora al tocador.

Tenía un balcon que daba á la calle, y ese balcon, cargado de flores, reproducia el de la calle de San Servando de una manera tan maravillosa, que era casi un prodigio la semejanza total del tocador con la salita cuadrada.

Encerraba este misterioso capricho del recuerdo perfecto y materializado de la infelicidad, un mundo de sentimientos, que en vano quisiera la pluma tratar de analizar. Isabel sólo podrá hacérselo comprender.

Mirémosla primero, en su aumentada belleza allí, en aquel tocador sentada, vestida con la elegancia más exquisita, radiante de alegría, estrechando á sus hermanos contra su corazón, placentera, atendiendo á la relacion extensa y minuciosa que los niños le hacian, con la volubilidad de sus pocos años, de la excursion encantadora en que sus corazones infantiles, dichosos, habian gozado de una manera inconcebible y fuera del alcance de toda ponderacion.

El uno le contaba la inmensa cantidad de naranjas que habia comido; la otra, las lindas guirnaldas que habia tejido con que adornara su cabeza; aquél, la persecucion de las mariposas; ésta, la lluvia de oro en el estanque de los peces; y, afanados uno y otra por contárselo todo, y porque ninguno de sus goces ignorara la que tanta parte tomaba aún en el más pequeño, armaban una algazara capaz de trastornar la cabeza más firme.

El uno la cogia por un brazo para que lo atendiera á él primero, la otra la asía por el cuello y casi la ahogaba para triunfar de su hermano; aquél le daba un beso para conquistar exclusivamente la apetecida atencion; ésta le daba tres; el uno la abrazaba, la otra se le subia sobre las rodillas, y el anciano Aguilera, que sin verla adivinaba la escena



que ocurría, en balde se esforzaba por imponer orden á aquellos dos atolondrados.

Subyugada *la hermana madre* á aquellos cuatro brazos que no la abandonaban un instante, y sumergida en una lluvia copiosa de flores, con que afanados ámbos la regalaban, era un trato cruel el que la pobre recibía; pero dudo yo si á Isabel no le parecía aquella opresión, aquellos tirones, aquella inhumana lluvia, una cosa semejante á la gloria.

Por fin, cuando la tela se agotó, los dos campeones desistieron de sus esfuerzos, y, libre ya la víctima de la formidable agresión, pudieron ella y su padre imponerles alguna semejanza de orden.

—Nos vamos ya, dijo al fin Inés, que tomaba siempre sobre sí el parlamentar por ella y su hermano; nos vamos á ver á D. Álvaro que de seguro habrá estado muy triste sin nosotros; y como dos centellas desaparecieron nuestros dos parvulitos.

Aguilera también á los pocos momentos, después que hubo agregado algunos detalles á la descripción bulliciosa que los niños habían hecho de su excursión encantada, se manifestó resuelto á retirarse á sus propias habitaciones; y, conducido por su hija, penetró en el departamento destinado para él y los niños, inmediato al tocador de Isabel, de-

partamento lleno de comodidades, donde el anciano, á pesar de su desgracia irremediable, hallaba ese reposo de cuerpo y espíritu tan necesario en todas las edades, pero con especialidad en aquella en que él con anticipacion habia entrado.

Dejémosle allí y reunámonos con Isabel.

Mirémosla qué hermosa está en medio de aquella multitud de flores que cercan el sofá de badana.

La cubren desde la cabeza á los piés, y en tan grande profusion, que le es difícil despojarse de ellas.

Por fin lo consigue y dedica algunos momentos á arreglar su descompuesto tocador.

Se alisa el cabello, se compone el desordenado vestido, y sale al fin completamente regenerada, cual si nada hubiera sufrido en aquella campaña de que tan derrotada salió.

—¡Isabel! dijo una voz varonil desde fuera al tiempo que ya ella se disponia á dejar el aposento; ¡Isabel! repitieron.

—Entra, entra, exclamó la jóven, é inmediatamente la puerta fué franqueada, y un hombre penetró en el tocador.

Era un hombre de unos sesenta años, perfec-

tamente conservado, cuya estatura de gigante y aspecto fornido, así como una fisonomía en extremo basta, le daban una apariencia señaladamente vulgar.

Sus facciones pronunciadas y nada regulares revelaban en su conjunto un carácter decidido, que más especialmente se descubría en su fijo mirar y en la expresión de la boca.

Vestido sencillamente, pero con cierta tendencia á las modas de sus primeros años, era algo anticuado su traje, si bien en extremo limpio y primoroso.

Preciso y exacto en todo lo que le tocaba, desde lo más grande hasta lo más pequeño, su persona revelaba esencialmente la propiedad dominante de su espíritu.

Dotado de bastante talento para la carrera en que había invertido todos los años de su vida, todas las aspiraciones de su juventud, todas las esperanzas de su corazón, todos los deseos que jamás abrigara, ya alcanzada la ambición única que su pecho conoció, D. Álvaro Montoya, el marido de Isabel, vegetaba tranquilo y feliz sin ocuparse en otra cosa más que en cupones, y títulos y letras, medios eficaces para contribuir á la única distracción que concebía, y ayudar al mismo

tiempo al aumento del caudal, en cuya acumulacion habia empleado todos los años de su existencia.

Ambicioso, pero no avaro, vasto y casi grandioso en sus especulaciones, era en su carácter mercantil todo lo espléndido que puede un comerciante ser, á pesar del espíritu vulgar que desplegaba en todos los demás actos de su vida, espíritu, no tanto vulgar, cuanto ignorante y estrecho y reducido, y ciego para todo lo que no pertenecia al negocio del tanto por ciento.

Nacido en una esfera baja, y por lo tanto falto de esos delicados retoques debidos á la mano de la educacion, cuando despues de años de incesante trabajo y loables esfuerzos, el dinero le entronizó y le colocó en la posicion social que en la actualidad ocupaba, era ya tarde, no sólo para aprender lo que la primera educacion enseña, sino igualmente para alcanzar á ver la necesidad de cubrir una falta que jamás habia influido en coartar sus adelantos.

Ciertamente eran dignas de todo elogio la aplicacion y perseverancia de este hijo del pueblo, que por sí solo se habia labrado una posicion tan distinguida; pero esto no quita para que yo diga que es triste una existencia, la existencia aquella

que no camina más allá de los límites estrechos de un escritorio, que no alcanza ni la ambicion de los conocimientos humanos, ni la de los conocimientos científicos, ni la de los goces del corazón, ni la de los goces de la imaginacion, ni tiene sentido, sentimiento, idea ó pensamiento más allá de una letra de cambio, un cargamento de due-las, la subida y baja de los fondos y el cambio sobre Lóndres ó París.

Tal era nuestro comerciante: comerciante de tomo y lomo, que, por uno de esos caprichos inexplicables que no me es dado descifrar, se habia enamorado y casado con la mujer más contraria á su carácter, á los sesenta años de su edad, cuando es de presumir que ménos fuerza tienen las pasiones, y sobre todo en la edad en que un hombre debe reflexionar que una niña hermosa no es la compañera más á propósito para simpatizar con la próxima caduquez y sus necesarios adyacentes: la desilusion, la aridez, la impertinencia, las dolencias y los mil achaques que por desgracia acompañan á la decadencia humana.

Pero á D. Álvaro Montoya, que habia tenido sus amorcillos é intriguillas á guisa de entreaçto en el curso de su vida, pero en quien jamás habia tenido cabida otra pasion dominante que aquella

en cuyo servicio habia empleado todas las potencias de su alma, á D. Álvaro Montoya, digo, aunque tarde, se le ocurrió pensar que debia casarse, y por lo tanto se dedicó á buscar consorte.

Como un signo fatal, como una señal infalible de algo más que la virilidad, estos señores mayores, una vez decididos á enamorarse y casarse, lo hacen invariablemente con la que pudiera más bien ser su nieta, y D. Álvaro cumplió en su eleccion la fatal predisposicion de sus cofrades, quienes por su propio gusto y libre voluntad se buscan, ó la infelicidad y amargura de la deshonra, ó el placer de secar ó marchitar con anticipacion en su árido verjel algun fresco capullo, que en otro suelo más lozano hubiera llegado á convertirse en rosa de fragancia.

Conocia hacía años al viejo Aguilera, conocia su desgracia, no pudo mirar con indiferencia la belleza de su hija, y se le ocurrió abrir con el anciano militar una negociacion de género algo distinto del que formaba el objeto de sus negociaciones ordinarias, é hizo las proposiciones que juzgó más ventajosas para que el negocio se llevara á efecto.

Téngase presente que no era un hombre avaro,

y se puede bien calcular que, una vez decidido á adquirir género, no le importaba mucho dar por él tal vez algo más de lo que en sus adentros juzgaba que se merecía; y téngase tambien presente que, si Aguilera accedió al trato, fué impulsado no sólo del dictámen de su propia razon, sino más fuertemente aún instigado por la aparente adhesion de su hija á la venta que de su juventud y hermosura se hacía.

Los sacrificios, bien hechos ó no hacerlos.

Y el trato se cerró, y el cordero fué inmolado sin que voz ni gesto se le escaparan. Engalanada con todos sus atributos, risueña casi, fué al altar, y sus labios puros pronunciaron el solemne juramento que para siempre la entregaba á los brazos secos y al árido corazon de aquel marido tan poco á propósito para ella, á quien para siempre prometia amor, obediencia y felicidad.

Isabel conoció que al contraer casamiento tan desigual, se condenaba viva á una tumba perpétua: tumba para su corazon, si bien adornada de flores y ornamentos exteriores, y oculta con ellos á todos los ojos ménos á los suyos; pero tumba al fin, que no otra cosa habia sido para ella el tálamo nupcial.

Pero ¿quién no adivina el proceder de esta mujer, una vez consumado el sacrificio?

¿Quién no adivina lo que esta mujer hacía en su heroísmo?

Sofocar sus ardientes y elevadas aspiraciones, apagar la antorcha de la ilusion que hasta entón-ces iluminara el porvenir de su vida, matar toda la poesía del pensamiento que hasta entón-ces reci-biera el culto de su corazon, y vivir sólo para el deber: tal fué la línea de conducta que Isabel se trazó, tal la senda que le señaló su virtud y tal el camino donde la hemos encontrado al reunirnos con ella en su tocador, tres meses despues de su casamiento.

Tres meses durante los cuales, Isabel, mediante su buen proceder, se habia hecho amar del esposo que tan distinto era de ella, todo lo que él era ca-paz de amarla; tres meses durante los cuales habia tambien vegetado como su marido en aquella casa tan ricamente puesta, y donde sólo en el tocador, que quiso conservar cual vivo recuerdo y mate-rializada amonestacion, si alguna vez su espíritu flaqueaba, habia en alguna que otra ocasion en-tregádose á un sueño apénas discernible, cuyos tintes pálidos y confusos, prontamente hacía des-aparecer la fuerza de voluntad con que se habia

propuesto extinguir todo lo que ántes alimentara con tan ardiente entusiasmo.

Que era completamente desgraciada no me atreveré á afirmar, así como tampoco que pudiera ser contada entre el número de las dichosas.

Encerraba en sí tanto de lo que en su materialismo hubiera formado un delito á los ojos de su marido; su modo de ser verdadero hubiera sido tan indescifrable y molesto para el entendimiento vulgar con que el cielo habia dotado á éste; su delicadeza y sensibilidad exquisita le hubieran parecido tan extrañas (caso que su ignorancia y ceguera le dejaran alguna vez vislumbrar estos sentimientos) que sólo la dura cárcel en que Isabel tuvo que encerrar las tendencias todas que formaban la base de su naturaleza, era más que suficiente para alejarla de la dicha.

Sin embargo, cuando veia la felicidad y el descanso de su padre y de sus hermanos, cuando consideraba que la dicha de estos objetos tan queridos para su corazón procedia de ella, de rodillas daba gracias al Señor, que le habia concedido abnegacion bastante para consumir su sacrificio; y le pedia constancia y fuerzas para perseverar en él.

¡Pobre Isabel! sabía ya más de cambios, de letras, de papel moneda, de títulos y cupones, de

lo que podria creerse en el corto tiempo que hacía que estaba casada...

No se crea que condeno ó ridiculizo, ó compadezco á la mujer que por un motivo ú otro se ve obligada á tomar parte en los asuntos interesantes para su marido; no se crea que abogo por la mujer que no es más que un ama de llaves ó una costurera, ni por la que vive y se entrega puramente á objetos en completa oposicion de los que ocupan á su marido... léjos de eso, estoy por que la mujer cumpla su mision de casada por completo; estoy por que la mujer sea para el hombre, en todo y por todo, una digna compañera; sumisa á él por amor, obediencia y dulzura de carácter, pero á su nivel en la inteligencia, para que ámbos se puedan comprender y respetar, y sea más inextinguible la ilusion, que tan fácilmente se apaga despues de la luna de miel; estoy por que cada cual ceda á su vez, por que cada cual por condescendencia, por amor y por interés prescinda de sus gustos y de sus inclinaciones, y acepte los de su consorte; y con seguridad afirmo que, si estas bases fueran más generalmente adoptadas por los esposos, grande habia de ser el aumento de felicidad en el hogar doméstico.

Pero el caso de Isabel es un caso excepcional.

Si en vez de estar consagrada á los brazos de la vejez y á la vulgaridad, que no es posible jamás se amalgamen con la juventud y la delicadeza, hubiera estado ligada por amor á un jóven de su edad, el amor que los uniera habria sabido, no sólo embellecer á sus ojos cambios, letras, títulos y cupones, sino hasta hacérselos un objeto primordial.

¡Oh prestigio de la llama sagrada en el corazon de la mujer!

¡Oh prestigio del amor, que todo lo realza y lo hermosea!

Hombre que encuentras un amor, cual es el que Isabel hubiera podido abrigar, acógelo con afan y piensa que has conquistado un cielo sobre la tierra.

Pero el hombre desprecia á veces aquello que mejor le conviene; el hombre excita, enciende y adquiere este amor exquisito y perfecto; y, veleidoso y sediento de placeres nuevos, aunque en ellos tal vez halle lo que la incauta mariposa que gira alrededor de la luz, el hombre con harta frecuencia desdeña este amor que tanto debia apreciar; y, una vez desdeñado, gime y se consume, y muere abrasado entre sus llamas, llevándose

consigo el incendio toda la lozanía, toda la frescura, toda la esperanza, todo el porvenir de una existencia.

Tal vez sea mejor para los corazones que este amor dan de sí; tal vez sea preferible la suerte á que fué condenado el corazon de Isabel.

Tal vez sea preferible ahogar sus aspiraciones, sus tendencias, y sepultar todo el fuego y lozanía de la propia voluntad, que exponerla á ser asfixiada por la de los demás; pero por ahora dejemos esta cuestion sin decidir, y reunámonos con Isabel y su marido en el tocador donde acabamos de hacer conocimiento con este último.

Montoya se sentó en el sofá, y, en tanto, Isabel ocupó una silla junto á él.

Se conocia que el comerciante se hallaba en extremo preocupado, y que algo de importancia venía á comunicar á su mujer.

— Hay Ministerio nuevo, fueron sus primeras palabras.

— ¿Y bien? preguntó Isabel, fijando los ojos en el rostro de su marido.

— ¡Y bien!... repitió él, levantándose del sofá y dando paseos por el cuarto, frotándose alegre las manos. Sábeta que los ministros nuevos mere-

cen la más entera confianza del país; que los fondos han subido de una manera inesperada...

— ¡Cupones y títulos! dijo para sí Isabel con un suspiro.

— Y que he tenido un aviso por la posta, prosiguió Montoya, y voy á hacer gran negocio. Salgo de una vez de toda esa papelería que tenía ahí arrinconada, y me las calzo. No me ha sorprendido; ya lo calculaba por las medidas desahortadas del Ministerio caído. Rara vez me equivoco, añadió, parándose delante de su mujer. Verdad es, continuó diciendo, que algo ha de haberme enseñado la experiencia de tantos años empleados en precaver, prever y anticiparme á todo lo que pueda ocurrir; y debo seguramente una gran parte de mi suerte á este buen cálculo.

Un ruido estrepitoso de carreras y gritos interrumpió el discurso de Montoya, y en seguida se presentaron en el tocador los dos causantes de él, que invadieron sin clemencia la persona de don Álvaro.

— Le hemos estado buscando por todas partes, gritaron á un tiempo, asiéndose de sus brazos; hemos estado en su salita, en su cuarto, en el comedor, en todas partes... ¡y aquí estaba todo este tiempo!...

—Para contarle, decia Carlitos...

—Nuestro paseo tan hermoso, interrumpió Inés.

—Con papá, prosiguió diciendo el niño.

—Al Puerto en el vapor, para coger fruta y flores, dijo á su vez la niña.

—Naranjas, rosas, violetas y mariposas, exclamaron ámbos á un tiempo.

—Escúcheme V., decia el uno.

—Atiéndame V., decia la otra.

—Y las mariposas eran blancas, vociferaba el uno.

—No, que eran amarillas, exclamaba la otra; y de esta suerte, clamando ambas criaturas, afanadas por hacerse entender y comunicar sus gozes y sensaciones, en balde apelaban á la atencion de D. Álvaro.

Ocupado con el cambio de Ministerio, atento exclusivamente á sus títulos y cupones, le incomodó de una manera excesiva la intrusion, y con aspereza inusitada rechazó á las criaturas que hasta entónces no habian llegado á molestarle.

—Dejadme de paseos, de frutas y de flores, dijo con impaciencia desasiéndose á viva fuerza de los jóvenes invasores. Cuando hablo con Isabel, añadió con dureza, no vengais jamás á molestar-

me. Os la aviso para siempre de aquí en adelante; y cuidado con desobedecerme, porque tomaré las medidas que juzgue necesarias. Fuera de aquí, añadió, fuera pronto.

Los pequeñuelos, nada acostumbrados á repulsas de esta especie, ni en su amante padre, ni en su cariñosa hermana, se miraron desconcertados, bajaron los brazos agresores, y se quedaron como petrificados.

El corazón de Isabel latió como late el corazón de una madre por sus hijos; era la primera vez que D. Álvaro se mostraba duro con los que ella amaba; era la primera vez que desplegaba una violenta ebullicion de carácter; pero Isabel conoció que una nueva espina le iba á corroer el corazón.

Sus hermanos (sus hijos), hallaron movimiento al fin para alejarse de la estancia, é Isabel sintió en el salto que el corazón le dió en el pecho, el eco del llanto que la dureza de su marido habia arrancado en aquellas inocentes criaturas, extrañas á toda aspereza, y acostumbradas siempre á la ternura más invariable.

Disimuló, sin embargo, su sufrimiento; y su marido, ignorante del daño que habia causado, volvió de nuevo á sus títulos y cupones.

Para él no habia expansion infantil; para él no habia corazon de mujer á quien pudiera herir; para él no habia simpatía por los goces ni las alegrías de la infancia; para él no habia sentimiento alguno del corazon que en el suyo hallara eco: monopolizado su sér por la pasion que habia consumido todo el jugo de su corazon, el tres por ciento era el único lenguaje que producía efecto en aquella materia tan mercantil.

Tres por ciento, letras de cambio, cupones y títulos, si tal fuera siempre vuestro efecto en el corazon del hombre, matárais todo lo que la naturaleza le concede para redimir el alma con que le ha dotado: tres por ciento, letras de cambio, cupones y títulos, extinguidos para siempre seais por el bien de la humanidad.

¡Ay, qué cansada estaba Isabel de la conversacion aquel dia en la mesa!

La caida del Ministerio, los cupones y los títulos: no se habló de otra cosa.

Felizmente para ella, al tomar parte en la cuestion su anciano padre, juntamente con Montoya y el dependiente principal de este último, quedó eximida de exponer su opinion, ó manifestar su asentimiento á la de los demás.

Este dependiente principal, á quien casualmente he nombrado, y de quien tenía intencion de decir algo, merece bien que se le dediquen algunos renglones: y, por lo tanto, voy á hacerlo de una vez.

Era un hombre de algo más de treinta años, moreno, cejjunto, de una expresion siniestra ó traidora en su fisonomía que nada predisponia en su favor, y cuyas facciones, aunque buenas, estaban marcadas por tan mal sello, que, á no ser por el aire distinguido y las maneras elegantes que neutralizaban el efecto del rostro, hubiera pasado Francisco Cadenas por una persona en extremo repulsiva; pero, era tan atildado en su porte, tenía un trato tan agradable y animado, aunque algun tanto sarcástico y mordaz, que fácilmente hacía olvidar la mala impresion de su fisonomía. Pasaba por ser gran favorito de las damas, y de no muy buena reputacion en sus amoríos; pero, sea de esto lo que fuere, el cajero de D. Álvaro en su carácter de dependiente, era contado entre los más entendidos, y merecia tal confianza de parte de su principal, que Montoya depositaba en él todos los secretos de sus más interesantes combinaciones.

Cadenas, al parecer entregado en cuerpo y alma al servicio de su jefe, habia estado á su lado cerca

de quince años, é iniciado en todos sus hábitos, en perfecta posesion de todos sus negocios, dotado al mismo tiempo de una cabeza privilegiada, pasaba por ser sus piés y sus manos.

Decíase, no se sabe con qué fundamento, que el casamiento de su principal habia sido para él de «difícil digestion;» decíase más todavía: que habia hecho lo posible por evitarlo; pero, siendo inútil en cualquier negocio el contrarestar la firme voluntad de D. Álvaro, una vez decidido, inútil fué igualmente toda advertencia ó prevencion insidiosa sobre este asunto.

Efectuado el casamiento é instalada la consorte en la mansion de su marido, supo Cadenas de una vez representar el papel que le convenia; y, disimulado, ó convertido por la presencia de Isabel á un diferente modo de pensar, se manifestó como nadie satisfecho del casamiento y de la eleccion de su jefe; y, hallándole Isabel en extremo agradable desde el primer dia que se conocieron, la mejor armonía parecia reinar entre ámbos.

### CAPÍTULO III.

---

Terminada la comida aquel dia en que se ha hecho conocimiento con el marido de Isabel, y despues que ésta se hubo retirado de la mesa, una carta fué entregada al cajero, de cuyo contenido impuesto el dependiente, sin decir palabra, se la pasó á su principal.

Don Álvaro la recorrió con indiferencia.

— ¿Qué se le dice? preguntó Francisco notando la expresion del semblante de su jefe. Mi madre está tan interesada por él, como V. ve, que es preciso darle alguna contestacion.

— Tu madre es una impertinente, que no tiene por qué mezclarse en mis asuntos; fué la amable contestacion de Montoya.

— Convenido, dijo con la más profunda conviccion el hijo respetuoso. Impertinente, todo lo

que se quiera; pero, en fin, ¿qué se le dice sobre ese muchacho?

—¿Se trata del pobre Gonzalo? preguntó Aguilera, sacándose la pipa de la boca. Su madre de V. es una excelente persona, señor de Cadenas, prosiguió diciendo el militar; y la recomienda mucho el interés que se toma por los desgraciados. Mal hacen V.V. en condenar su proceder tan despiadadamente.

Dicho esto con la firmeza que distinguía todas las opiniones y palabras del veterano, volvió éste á meterse la pipa en la boca, y su yerno y el cajero se miraron confundidos ante aquella brusca reprensión, sin atreverse uno ni otro á rebatirla.

—Pero ¿qué quieren V.V. que yo haga? fueron las primeras palabras que Montoya articuló despues de la reconvencion de Aguilera, dirigiéndose igualmente á su suegro y al dependiente. ¿Qué se puede esperar de ese muchacho, ante las pruebas evidentes que he tenido de su incapacidad?

—No se trata de lo que él pueda dar de sí, interpuso el suegro, tomando á su cargo el defender la causa de lo que creía justicia y deber; no se trata ahora de lo que él puede dar de sí, repitió el veterano; trátase de que está en desgracia, y de que esa posición precaria en que se encuentra puede

tal vez lanzarle á la perdicion; trátase de salvarle de ella, y trátase, sobre todo, de que es hijo de una hermana de V., que tiene su misma sangre; y que ésta le impone el deber de tratarle con ménos rigor; y lo demás se verá despues.

—Fueran esas todas buenas razones, interpuso Montoya, si aún no supiera yo lo que es mi sobrino. ¡Pero ese maldito muchacho no tiene ni la más remota idea de lo que es una letra de cambio! exclamó con el espanto más profundo, y cual pudiera decir: «¡Ese maldito muchacho no sabe que hay Dios!» y no hizo más que darme malos ratos miéntas lo tuve en casa.

—Era tan jóven todavía, insinuó el cajero, que no se podía formar idea de él.

—Jóven, sí; jóven para los negocios, para todo lo que era menester que supiera, interrumpió Montoya con impaciencia; muy jóven para lo que le correspondia saber; pero, no señor, añadió con aumentada violencia; no señor, no era jóven el nene... ¿para qué le parece á V.? continuó dirigiéndose á su suegro; ¡para componer versos! casi gritó como hubiera podido decir: ¡para comerse los niños crudos!

Tan espantoso crimen se habia atrevido á cometer el desdichado sobrino, y tan nefando delito,

que bien merecia el destierro, y casi la muerte.

¡Era un crimen horrible que equivalia al suicidio moral de la criatura, que no fué creada para otra cosa más que para hacer dinero!

Criaturas desventuradas, cuya aficion á la gaya ciencia, cuya inspiracion divina, cuyo conocimiento con alguna de las nueve hermanas, tales resultados os produce, ¿cuánto más feliz no hubiera sido vuestra suerte en haber nacido mulos de dos piés para pasar la vida trabajando alrededor de una noria, sin caminar más allá de los límites estrechos que vuestras mezquinas aspiraciones os señalan?

—¡Componer versos! repitió el anciano: ¡vaya! ¿y qué delito habia en eso?

—¡Qué delito! repitió su yerno con mal reprimida cólera; y, no hallando palabras á su alcance bastante expresivas para desahogar el horror profundo que semejante pregunta le infundia, le pareció la más prudente respuesta levantarse de la mesa.

—Vamos, vamos, interpuso Francisco; no hay que enfadarse. El señor, dijo aludiendo á Aguilera, no entiende los misterios y el exclusivismo de nosotros los del comercio, y, por lo tanto, es disculpable su defensa de la causa que ha abrazado; pero, cuando una vez se penetre á fondo del ca-

rácter del comerciante, sabrá disculpar el diferente modo de pensar que éste tiene... Pero en fin, ¿qué le contesto á mi madre? agregó.

—¡Diablos, Francisco! respondió su principal; ¿qué esperas de tu madre hoy, que estás tan solícito por complacerla?

Esperaba el cajero (lo diré con franqueza), evadir una petición que no se hallaba dispuesto á conceder, otorgando otra con la que él no tenía que ver nada. Esperaba el cajero satisfacer el corazón de su madre, y excusarse de satisfacer lo que para él no merecía sino el nombre de insupportable exigencia, como más tarde se verá, y combinar el logro de sus deseos, haciendo á su principal servir de medio para alcanzar sus fines.

Y tanto trabajó sobre el espíritu del hombre de cuya existencia parecía formar una parte, que D. Álvaro al fin consintió en pensar con detención sobre el asunto, y se dejó decir que tal vez se dignaría otorgar al sobrino permiso para ensayar de nuevo sus facultades, si prometía sujetarse estrictamente á todas las reglas que le fueran impuestas.

Algo más satisfecho el honrado Aguilera del aspecto que había tomado la causa que con tanto

calor abrazara, se retiró de la mesa al fin de la discusión, y en tanto que, en la compañía de sus amados hijos, las horas le parecen minutos; y en tanto que Montoya sumergido en cuerpo y alma en las delicias de su escritorio, se halla trasportado al quinto cielo, quedémonos con Francisco Cadenas, y acompañémosle á la calle de la Amargura, donde en un reducido y humilde entresuelo moraba la madre (á quien con tan íntima convicción habia su hijo llamado impertinente), juntamente con una hermana menor de éste, y el desventurado sobrino de Montoya, que, desde su destierro de la casa y presencia de su tío, habia hallado aquí un albergue.

Era ya de noche cuando Francisco pisó el humilde umbral de la casa de su madre, y sin que su entrada fuera sentida, compareció en la pequeña sala de recibo, donde se hallaban en este momento reunidos alrededor de un velador todos los miembros de la reducida familia: su madre y su hermana ocupadas en su labor, y Gonzalo Figueras, en tanto, leyéndoles en voz alta.

«Y aquella mujer hermosa, leia Gonzalo al tiempo de presentarse Francisco, aquella mujer hermosa, que se habia sacrificado en toda la fuerza de su juventud y belleza, era aún vírgen para

el amor que no podia ménos de inspirar á todos cuantos la veian...»

Francisco escuchó estos renglones con profunda atencion, y se le quedaron para siempre impresos en la memoria.

Su entrada interrumpió la lectura.

Antes de referir el efecto de su visita, justo es decir algo sobre estos nuevos personajes que se han presentado en la escena, y á hacerlo voy sin demora.

Era la madre de Cadenas una señora de unos cincuenta ó cincuenta y cinco años: matrona del más digno continente, en quien se descubrian los restos de una belleza, que en sus primeros años la habia hecho notable en la ciudad que le dió el sér.

Tersa y fresca su tez todavía, el único síntoma de decadencia física que en ella se notaba, era el color de sus cabellos, de un blanco nevado, que, todavía espesos y abundantes, le servian de adorno, aunque de un género caprichoso.

Vestida siempre de negro desde la muerte de su marido, é impresa en su semblante cierta expresion profunda de gravedad, que rara vez decaia, se semejava en su continente digno y serio á la idea que se forma de la superiora de un convento.

Ejemplar en su conducta, durante todo el curso de su vida, rígida en el cumplimiento de todos sus deberes, y de una piedad á toda prueba, la madre de Francisco era un ejemplo vivo en su resignado sufrimiento del poder de la religion y de la fuerza de sus doctrinas, para sobrellevar las más sensibles pruebas á que el cristiano puede estar sometido.

Enlazada por amor con un hombre digno por todos estilos de la compañera de su eleccion, madre tierna y amantísima de una dilatada familia, en posicion, si no brillante, suficientemente desahogada para ponerla al abrigo de toda contingencia, esta mujer tan favorecida durante algunos años por la suerte, perdió uno por uno todos los favores que el destino le concediera.

La Parca cruel cortó el hilo vital al digno padre de familia, y la muerte, una vez introducida en este hogar, cual sediento tigre no se sació con sólo una vida: uno por uno, como acometidos de una epidemia, apénas con el intervalo de meses, los hijos todos de esta segunda Niobe, fueron arrebataados, con la excepcion del mayor y la menor.

El jardin tan ameno, tan florido, tan lozano, fué segado por la guadaña devastadora, y la madre inclinó la cabeza á la disposicion del Se-

ñor, y resignada dijo: «Tu voluntad se haga.»

Un vástago dañado, un vástago ya con el germen de la corrupcion profundamente introducido, y una frágil planta con un leve soplo de vida, tan delicada que la más ligera brisa podia marchitarla: estos fueron los únicos restos que de tan florido jardin á la madre le quedaron. ¡Pobre madre! ¡cuánto le habian hecho sufrir durante el curso de su desdicha!

El vástago dañado, porque, el alma purificada de la madre se horrorizaba de la suciedad del vicio.

La planta frágil, porque introducida ya en su seno la semilla del mismo mal que habia acabado con la vida de sus hermanos, la madre diariamente contemplaba la venida de la muerte.

Perdido con el padre de familia el bienestar de que jamás durante la vida de éste habia dejado de disfrutar, los vicios y enormes dispendios del hijo mayor completaron la ruina de la viuda.

¡Triste cosa es la ingratitud de los hijos!

Triste cosa es para una madre que ha sacrificado por un hijo su tranquilidad, su bienestar, su todo en el mundo, ver que este hijo por cuya causa es ella desgraciada, desatiende el deber que tan sagrado debia ser, y paga con la más negra

ingratitude los beneficios que de ella ha recibido.

• Dolor es para un corazón materno que difícilmente se puede pintar.

Y era tal el dolor para una madre purificada, que sólo la resignación de su espíritu podía sobre-llevarlo.

Se ha levantado á la entrada de su hijo, y en tanto que va á su encuentro, mientras él avanza lentamente hácia el testero de la habitación donde se hallaba situado el velador, digamos algo sobre la frágil planta que, embebida en su labor y en la lectura que la entrada de Francisco interrumpia, ni siquiera había alzado los ojos para mirar á su hermano.

Parecía esta niña enferma un lirio blanco, no sólo en la pureza de su color y la trasparente delicadeza de su tez, sino igualmente en la fragilidad de su cuerpo casi infantil en sus proporciones.

Negro su cabello lustroso, y negros igualmente sus ojos lánguidos y dulces, parecían haber estado expresamente formados para el dolor. Eran tan tristes, tan melancólicos, que daba pena observar su expresión lánguida, todo el conjunto de la fisonomía, en extremo decaído el semblante, y casi dolorosa la misma sonrisa de los delicados labios.

Elena en su apariencia dulcísima, aunque tan melancólica, era la representación de una vírgen de los Dolores.

Doliente siempre y acostumbrada al sufrimiento desde su niñez, se sabía que estaba enferma sólo porque el aspecto revelaba el gusano roedor que chupaba el jugo de esta planta delicada, cuya frágil existencia tan sólo el amor maternal y su constante cuidado hubieran alcanzado á sostener.

Embebecida en su costura y en la lectura, ni aun levantó los ojos á la entrada de su hermano; pero, al fijar la vista en Gonzalo cuando éste interrumpió su agradable ocupacion, notó la presencia de aquél.

Gonzalo Figueras, de quien ya he hecho mencion, y cuyo parentesco con D. Álvaro Montoya nos es conocido, era un jóven que contaria unos veintitres ó veinticuatro años, y nada sé parecia á su tio. De una figura simpática, llena de vigor y carácter, y al mismo tiempo de inteligencia, atractivo é interés, debia especialmente atribuirse el mayor mérito de su apariencia, á la expresion de sus ojos, de un azul subido, que, á veces de un color indeterminado, tan pronto parecian negros como morados ó de color azul celeste, y cuya fas-

cinacion era casi maravillosa, por la vida, inteligencia y sentimiento que estos ojos despedian.

Bien formada su cabeza y poblada de cabello castaño oscuro, despejado el color de la tez aunque sin participar en nada de los tintes suaves y matizados propios de la mujer, fina su barba y sedoso su bigote, una boca perfecta y una brillante dentadura completaban su retrato, al que no hay más que agregar sino una presencia gallarda y los modales más distinguidos para que su apariencia personal nada deje que apetecer.

Hijo único de una hermana de Montoya, que ya en el tiempo de la prosperidad de éste habia contraido matrimonio con un distinguido comerciante merecedor del más alto concepto entre sus compañeros, habia tenido Gonzalo la desgracia de quedar huérfano hacía algunos años.

Educado con el mayor esmero por su padre, que le inculcó los sentimientos é ideas más elevados, y le inspiró la sed ardiente del saber, el jóven bebió con avidez de la ciencia derramada por los labios paternales; y, dotado por naturaleza de un alma exquisitamente sensible al entusiasmo y á la inspiracion, ávido cultivó los tesoros de la imaginacion, y pasó los primeros años de su vida dedicado á recoger la semilla que más tarde habia de

producir tan brillantes frutos. Rico el verjel, y ya dispuesto á dar una brillante cosecha, la muerte de su padre (su madre habia muerto ántes) cortó los vuelos de su inspiracion, y el jóven se encontró de la noche á la mañana trasportado de su Eden á un mundo de oscuridad, donde habia de mirarse como sacrilegio el culto á que hasta entón-ces se habia consagrado.

Planta exótica en aquel jardin sombrío, á que habia sido trasladada, planta que requeria para vivir el calor del sol y el aire libre, cuando el huér-fano fué instalado en la mansion de su tio, y establecido en su escritorio, por poco se muere de fastidio y de tristeza.

Y Gonzalo hubiera tal vez correspondido á los deseos y á las esperanzas en él cifradas; Gonzalo, á pesar de su aficion á la gaya ciencia, de su inspiracion divina y conocimiento con las musas, Gonzalo, á no dudarlo, hubiera de seguro correspondido á aquellas esperanzas, si, en vez de aquel espíritu vulgar y exclusivo que delante se le puso, y cuyo ejemplo tan triste efecto hacía en él, hubiera dado con otro sér ménos limitado en sus aspiraciones, cuya profesion hubiera formado un medio, mas no el principio ni el fin, y el solo objeto de la vida; pero aquella aridez de corazon, aquella des-

nudez de pensamientos, aquella vida estéril para todo, ménos para el lucro, no era capaz sino de hacer á la profesion que semejante resultado producía odiosa y despreciable; y á Gonzalo se le hizo, no sólo odiosa y despreciable, sino hasta insufrible.

Sin embargo, la sobrellevó por dos años, é, impulsado por la necesidad, la hubiera tal vez sobrellevado veinte más, si al cabo de aquellos dos años el descubrimiento de su desventurada vena poética no hubiera desengañado á Montoya de la poca capacidad mercantil de su sobrino.

Desde entónces, condenada como crimen imperdonable la más leve omision, la más pequeña falta, y cada dia más ancha la brecha abierta entre él y su tio, al fin y al cabo hubo un completo rompimiento.

El sobrino fué expulsado de la casa, desterrado de aquel templo, en cuyo servicio tan indigno sacerdote habia sido; y D. Álvaro, juzgándose un héroe en el sacrificio que de todo sentimiento humano hacía al exclusivismo y á la mezquindad de sus ideas, se creyó acreedor á una corona de laurel.

Pobre, pero no falto de recursos en sí mismo, el desterrado, una vez fuera de aquel jardin se-

pulcral en cuyo recinto tan mala acogida tuviera, se dedicó al cultivo de sus propias flores, y en su ameno verjel halló humilde cosecha, que en el principio de su trabajo le produjo halagüeños resultados.

Pero, triste y precaria casi siempre la suerte del poeta, pronto se desengañó Gonzalo de la ineficacia de las musas para atender á las necesidades de la vida; y, aunque constante en su culto, la experiencia le acreditó la ninguna esperanza que ellas podían ofrecerle de adelantos en el mundo.

Grandemente interesada en su suerte la madre de Francisco Cadenas, cuando inhumano D. Álvaro lo arrojó como un malhechor á la calle, ella ofreció al jóven albergue en su humilde morada, y en su corazón de corazones un abrigo maternal.

Con cuanta gratitud no fué acogida la generosa oferta, es inútil decir; ni se necesita tampoco afirmar que, si bien el jóven aceptó este amparo, lo aceptó resuelto á no degradarse en el abuso y á corresponder por todos los medios á su alcance á tan noble desprendimiento; y la honradez de su corazón le sirvió hasta para precaverle contra los riesgos de la juventud.

Nada de cuanto le producía la fecundidad de su ingenio fué jamás, durante el tiempo de su resi-

dencia en casa de la viuda, invertido sino en el servicio de la casa; y, si bien el hijo con que el cielo habia dotado á la excelente madre, ingrato desatendia el deber que más sagrado debe ser para el hombre, el hijo que habia adquirido hacía todo cuanto á su alcance estaba para reparar esta gran desgracia; y la viuda, tierna y reconocida, casi le amaba cual si su hijo fuera; y porque así le amaba la afligia íntimamente el que hubiera sido tratado con tan grande severidad.

Firme, constante y decidida en su servicio, desde que el jóven moraba bajo su techo, nadie sabe cuánto habia trabajado para ablandar el corazón del tio; pero, inútiles hasta aquí todos sus esfuerzos, esta última carta que á su hijo habia escrito y que á la casa le traia, referente al asunto de Gonzalo, y á otro para ella de igual ó mayor entidad, era el primer móvil que habia predispuerto favorablemente á Montoya, cuya buena disposicion venía Francisco, como ya se sabe, solícito á comunicar, esperanzado de que esta fausta noticia habia de neutralizar el efecto de su repulsa en el otro asunto de la carta, del que á su vez se hablará.

Dejamos á la madre saliendo al encuentro de su

hijo, que lentamente se dirigia al testero de la sala, donde se hallaba el velador, y á cuya aproximacion habia Gonzalo suspendido su lectura y Elena su labor para fijar los ojos en el recién venido y corresponder á sus saludos; saludos, al parecer, de poca cortesía.

Cadenas no se habia hecho jamás amar de su hermana; lo importunaba aquella delicadeza de salud, aquel cuidado y esmero que era preciso tener con ella, y desahogaba el enojo producido por esto tratando á la inocente con la mayor aspereza; aspereza que producía en aquella pobre criatura, si no una completa aversion, á lo ménos un invencible terror, que á veces hasta la ponía mala.

Felizmente para ella, poco frecuentes y casi siempre en extremo cortas las visitas de su hermano, tenía la infeliz tiempo bastante para reponerse de los efectos de una ántes que llegara el tiempo de la otra; y, tiernamente consolada despues de alguna de estas manifestaciones del egoismo, por los atentos cuidados de Gonzalo y el infatigable cariño de su madre, fácilmente se extinguía el mal recuerdo.

Gonzalo por su parte sabía que era deudor al cajero de una gran parte de los rigores de su tío, cuando en el principio de su instalacion en la

mansion de este último temió aquél que el prestigio de la propia sangre le derrocasse del lugar preferente de cuya conservacion era tan celoso; y, aunque despues, cerciorado el hombre de confianza de la seguridad de su propia posicion y del ningun temor que debia abrigar de que otro le reemplazase, habia depuesto la enemistad que en los primeros tiempos le inspiró el jóven Figueras; éste, sin embargo, atribuyéndole con razon el principio del rigor de que habia sido víctima, y nada predispuesto por este motivo á mirarle con ojos de predileccion, le trataba con la menor amistad posible, y, desconfiado, se resguardaba contra todas sus insinuaciones.

Por lo tanto, nada debe extrañarse que el recibimiento que hizo á Francisco fuese tan frio, ni que, al soltar el libro donde leia, fijara al propio tiempo los ojos en su compañera, y le comunicara lo poco grata que le habia sido la inesperada visita.

Próximo ya el cajero al velador, ocupó un asiento, y su madre, en pié todavía, le dirigió de una vez la palabra.

—No te esperaba por cierto tan pronto, dijo, y, aunque deseosa de verte por el mucho tiempo

que ha pasado desde tu última visita, y por el sumo interés que me inspira la contestacion de la carta que te envié esta mañana, sin embargo, no te juzgué tan eficaz.

—¿Conque tenía V. deseos de verme? preguntó Francisco por toda respuesta, descubriéndose una sonrisa maliciosa en su fisonomía. ¡Quién me lo hubiera dicho! Señora madre, dijo en tono de broma, es V. una gran diplomática; pero su digno hijo no le va en zaga.

—No conozco otra diplomacia con mis hijos, contestó la madre con una dignidad que hubiera hecho honor á una matrona espartana, más que la diplomacia de la verdad. Cualquiera otra sería degradante.

El hijo conoció que su madre no estaba para bromas, y, por lo tanto, varió de táctica.

—Traigo una noticia fausta que á todos nos habrá de llenar de júbilo; fueron sus primeras palabras despues de las que su madre habia articulado.

—¿De veras? se atrevió á preguntar la tímida Elena. Dínosla de una vez, añadió ya ménos valiente y algun tanto temblorosa su voz, asustada ella misma de su osadía.

Sus ojos lánguidos buscaron los de Gonzalo, y,

aunque los de éste se hallaban fijos en otra dirección, Elena expresó en su mirada la idea de que la fausta nueva había de ser referente á su compañero.

—Y esta fausta noticia, continuó diciendo el cajero con aire de suma importancia, es la que presuroso me ha traído, por ser el primero en comunicároslo.

La madre, aún en pié, dejó caer una mano sobre el hombro de su hijo, é interrumpió con este movimiento su discurso.

Francisco la miró al soslayo con ese modo de mirar tan traicionero que tenía, y conocedor del significado de aquella caricia materna, contestó á ella con un movimiento negativo y brusco de cabeza.

La viuda le lanzó una mirada suplicante señalando al mismo tiempo á su jóven hermana; pero el cajero, aparentemente resuelto á rehusar lo que aquellos ojos pedían, se retiró fuera del alcance de la mano que le tenía asido el hombro, sin dignarse siquiera conceder una mirada á aquel expresivo rostro, cuyo mudo lenguaje era, sin embargo, tan claro para su entendimiento.

Inadvertida para los jóvenes esta escena muda, fija toda la atención de ámbos sólo en las palabras

de Francisco, al verle aproximar su silla más á ellos, interpretaron su accion de la manera más natural y continuaron prestando atentos oidos al resto del apénas interrumpido discurso.

El cajero siguió de esta suerte:

—Solícito en la causa de la amistad, entregado con todo mi corazon á tu servicio, Gonzalo, dijo fijando sus miradas en el jóven Figueras, y más que nada deseoso, añadió volviéndose ahora en direccion á su madre, quien despues de la terminacion de la escena muda se habia dejado caer sobre una silla á alguna distancia de él; y más que nada deseoso, repitió, de servir al interés tan íntimo que mi madre toma en tu suerte, he trabajado hoy con tanto empeño en la causa que á todos tanto nos interesa, que me atrevo á asegurar el más feliz resultado.

Gonzalo se levantó de su asiento, y con una exclamacion de júbilo y un movimiento espontáneo de su corazon se arrojó sobre el cuello, no del mensajero de la fausta nueva, sino de la noble matrona cuyos brazos maternales le habian amparado durante todo el tiempo de su desgracia.

—Madre mia, fué su primera exclamacion, sea V. una y mil veces bendita por cuanto por mí ha hecho, y crea que mi mayor motivo de felici-

dad en recobrar los medios de labrarme una independencia en el mundo, se cifra en la esperanza de poder algun dia compensarle la deuda que con usted he contraido.

La viuda le estrechó contra su corazon, y Gonzalo sintió que el beso impreso en su frente por aquellos labios era casi sagrado.

Francisco Cadenas, extraño á todo sentimiento noble; Francisco Cadenas, extraño á todo sentimiento que no tuviera su origen en el egoismo; Francisco Cadenas, ajeno á los impulsos generosos y espontáneos del corazon que no pueden pasarse sin un desahogo, concedió una sonrisa de sarcasmo á aquella efusion del jóven, y contempló con cinismo la reciprocidad de aquellos dos corazones.

—Señora madre, dijo despues que á su placer se hubo burlado de esta escena, tan distinta de la que en silencio acababa de pasar entre él y su madre; señora madre, repitió en ese tono chancero que generalmente usaba al dirigirse á ella; su hijo no puede complacerla más de lo que lo ha hecho, y seguro estaba yo al acudir aquí esta noche del júbilo que habia de ocasionar.

Y solícito, al parecer, por congraciarse con ella, así como de merecer de Gonzalo la más profunda gratitud por la parte que habia tomado en

la defensa de su causa, elocuente y persuasivo, refirió la perseverancia con que un día tras otro había trabajado, y la seguridad en que descansaba de que sólo merced á sus esfuerzos y prestigio se lograría al fin alcanzar el objeto que él, como nadie, deseaba.

Aunque receloso siempre Gonzalo y desconfiado de las buenas intenciones del cajero, los acentos al parecer verídicos en que esta noche se expresó merecieron algún más favor de lo que usualmente recibían sus protestas, y el jóven, mejor dispuesto hácia él de lo que jamás se había sentido, le manifestó sentimientos algo ménos hostiles.

Abstraída la madre durante la larga conversacion que había seguido á la efusion espontánea de los sentimientos de Gonzalo, yacía sumergida en el más profundo silencio; y, entregada por completo á sí misma, se conocía bien que algo le preocupaba fuertemente el ánimo, y que la pobre señora no podía hacerse superior al peso que la oprimía.

Cerca de las nueve serían cuando el cajero, después de repetidas protestas acerca del pronto aviso que había Gonzalo de recibir de los buenos deseos de su tío, se dispuso á marchar.

Dió la mano al jóven, pasó junto á su hermana, felizmente para ella sin concederle siquiera una mirada, y con suma indiferencia se despidió de su madre, que sin ser notada, lo siguió hasta fuera de la estancia; y allí, decidida y resuelta, lo asió de una mano y lo condujo casi á la fuerza á una habitacion interior, donde lo que entre ellos pasara no pudiera llegar á los oídos de nadie.

## CAPÍTULO IV.

---

Introducidos la madre y el hijo en esta habitación, fué el primer cuidado de la viuda cerrar la puerta con llave, y hecho esto miró á Francisco con fijeza.

El cajero se estaba riendo.

— Francisco, exclamó la viuda, desentendiéndose de esta risa sarcástica; Francisco, repitió en acentos firmes y resueltos; no te me escapas hoy, no. Por más que quieras evadirte, por más que te hayas esforzado por parar el golpe no lo habrás de evitar. Solos nos hallamos, nadie nos habrá de escuchar ni de ver; y por mi hija, tu desgraciada hermana, tu madre sacrifica hasta su decoro y su dignidad.

— Me trata V. como á un niño, fué la contestacion de Francisco, y cree imponerme con esas

frases retumbantes que para nada le sirven. Cree forzarme por esos medios á satisfacer todas sus exigencias, como si no tuviera yo más que cinco años; y se equivoca V., señora, añadió con decision. Estoy cansado de esa repeticion de exigencias, y me falta la posibilidad de satisfacerlas.

— ¡La posibilidad! exclamó su madre con sorpresa; dí más bien la voluntad, el corazon. ¡Ah! añadió con amargura: si otro recurso tuviera, de seguro no habria de valerme de tí. Pero no tengo más remedio. Víctima voluntaria sería yo de tu ingratitud; pero... ¡dejar á mi hija morir!... Eso no, Francisco; eso no, exclamó con energía. Morirá cuando Dios quiera; cuando el Señor me la reclame, cual me reclamó mis otros hijos; humilde y resignada entónces se la entregaré; pero no miéntras que en mis manos esté su conservacion. Sería yo una madre muy culpable si tal permitiera, y cuéstemelo que me costare, no lo habré de permitir.

El hijo se encogió de hombros y se paseó con impaciencia por el cuarto.

— ¿No me atiendes, Francisco? preguntó su madre aproximándosele. Sería horrible que tu hermana se muriese por tu causa. Serías un fratricida. La maldicion que recibió Cain te caerá á

tí tambien encima... ¿No te horroriza semejante pensamiento? preguntó clavando los ojos en el rostro del impávido oyente.

El cajero continuó sus paseos, y persistió en su obstinado silencio y encogimiento de hombros.

—Mira, Francisco, continuó la madre siguiéndole los pasos y caminando á la par de él.

Mira, Francisco, hijo mio, repitió con dulzura, esperando que la dulzura habia de hacerle alguna impresion; tu pobre hermana sufre, y sufre de una manera espantosa, y yo quisiera poderla aliviar, y aliviarla está en tus manos.

—¿Soy yo médico? preguntó el cajero de repente valiéndose de su tono chancero para distraer la cuestion.

—No hagas burla, replicó la madre, porque has de tener presente que es asunto de vida ó muerte. Vida moral, que íntimamente ligada á la corpórea, habrá de perecer con ella en la frágil criatura por cuya salvacion te pido.

—No comprendo á V.; interrumpió Francisco.

—No era mi intencion, replicó la viuda, hacer á nadie partícipe de mi secreto; no era mi intencion comunicártelo á tí; pero, puesto que la necesidad me obliga á ello, puesto que la triste reve-

lacion que te voy á hacer me ofrece una esperanza, tal vez de que tu corazon se ablande... escúchame, Francisco, y deja que tu alma se apiade de mi dolor. Tu hermana sufre.

—Lo sé, interrumpió Francisco con impaciencia; nunca he ignorado que desde la niñez el gérmen que acabó con la vida de mis demás hermanos corroe igualmente su existencia; pero eso nada nuevo es para mí; ignoro qué causas pueden mover á V. á que me lo repita con tanta frecuencia últimamente, y á que con tanto ahinco se valga de este trillado pretexto para encubrir sus tan constantes exigencias.

La madre se sonrojó de vergüenza por su hijo, y de indignacion al mismo tiempo; pero, vencida ó disimulada su conmocion, serena volvió otra vez á tomar la palabra.

—Un mal nuevo, un mal cuyo padecer habrá grandemente de contribuir al aumento del que tiene ya en sí, un mal que todavía alcanza remedio humano y que en tu mano está, se ha presentado en Elena; y ese mal es el que tanto me ha ocupado últimamente, aunque con tan tristes resultados... Francisco, exclamó la madre, interrumpiéndose y dando articulacion á estas palabras con el más profundo dolor: dos meses hace que

inútilmente imploro tu clemencia; dos meses en que vanamente apelo á tu corazon para que salves á tu hermana. Siempre evadiendo tan justa súplica, el tiempo que se ha pasado no sirve más que para aumentar ese mal que aún todavía se puede remediar. Tu hermana ama, dijo con suma tristeza; ¡y ama sin correspondencia! Este es su mal. Este es mi secreto. Y salvarla de este amor es mi único afan. Por salvarla de él quisiera sacarla de aquí y llevarla léjos, muy léjos del objeto que la preocupa, donde la separacion y la distraccion produjeran el olvido de lo que sin remedio, á no echar mano de este recurso, habrá irremisiblemente de hacerla sucumbir, víctima de sus propios sentimientos. Triste es nuestra posicion, Francisco, nadie mejor que tú debe saber la ineficacia de mis propios medios para hacer frente á los dispendios precisos á esta traslacion; y nadie mejor que tú deberá conocer la justicia de mi reclamacion; reclamacion que, más justificada ahora que sabes la causa poderosa que la motiva, no podrás rechazar.

Francisco habia escuchado á su madre con el mayor silencio, y al parecer hasta con profunda atencion, aunque sin por eso detener los paseos que daba de un extremo á otro de la estancia;

pero, cuando la viuda terminó su discurso, este silencio profundo fué de una vez interrumpido, y el eco de la habitacion repitió un sonido ruidoso y prolongado que sonó con horror en el corazon de la madre.

Era una risa de sarcasmo, que parecia salida de la boca de un demonio; una risa interrumpida sólo para dar lugar á la articulacion de estas palabras:

—Morirse de amor una mujer... y un escrúpulo de mujer como la criatura esa... ¡Qué ridiculez!

Y de nuevo volvió á congelar la sangre de la viuda con su espantosa risa.

La madre miró al hijo con horror; pero se acordó de la clemencia divina, y se acordó á tiempo para no lanzarle su maldicion.

En su labio espiró toda palabra ofensiva; en su corazon se extinguió todo sentimiento de horror, y la virtuosa mujer recobró de una vez toda su digna serenidad de mujer y de madre.

Se dirigió á la entrada de la habitacion, abrió la puerta que algunos momentos ántes cerrara con tanto cuidado, y en acentos serenos dió á su hijo permiso para retirarse.

¡Quién explicar puede el bochorno de este hijo; su humillacion ante tan digno proceder!

Inclinada la cabeza sobre el pecho, con los ojos

bajos, el hombre de mundo, el hombre que no respetaba á nadie, pero que tan respetado se creia y tan superior en su naturaleza á todo el linaje humano, aceptó el permiso que se le otorgaba... pero, lo mismo que un perro expulsado por su amo, dejó el hijo la presencia de su madre.

Y cuando de vista lo perdió, sólo entónces se acordó esta madre de que lo era, para rogar á Dios por el casi parricida.

Con ese instinto maternal que adivina, ese instinto de madre que lee como en un libro en el fondo del corazon de aquellos á quienes se ha llevado en su seno, con ese instinto casi sobrehumano, y del que como las demás madres habia sido dotada la madre del cajero, el secreto del corazon de su hija habia sido adivinado con anticipacion. Secreto para todos los que la rodeaban, secreto aún para la misma interesada, que no se habia cuidado en su inocencia de analizar sus propios sentimientos, pero claro como la luz del dia para el corazon de su madre, una espina más se agregó á la corona llevada con tanta resignacion; espina que en balde se esforzaba la madre por arrancar de sí, en tanto que adversas circunstancias se conjuraban contra la situacion.

Severa consigo misma, cual lo es siempre la verdadera virtud, juzgándose la única responsable de este mal, por haber, aunque inocentemente, proporcionado los medios que lo produjeran, era por lo tanto infatigable en sus esfuerzos para remediar con tiempo los estragos, que, una vez hechos en aquella frágil existencia, no habrían de encontrar jamás reparacion...

¡Pobre madre!

Habia sido el sueño dorado de sus últimos años conservar la última planta de su desolado jardin; habia sido la única ilusion de su triste vida cuidar á este lirio blanco, y cobijarlo con sus esmeros contra la inclemencia y crudeza de toda especie de sufrimiento; pero, introducido por su propia mano el gusano que debia corroer el tallo de esta débil planta, fácil es comprender el remordimiento que desgarraria aquel corazon, y la constancia y empeño empleados para contrarestar los efectos de aquella malaventurada hospitalidad que tan funestos resultados habia empezado á tener.

Ineficaz, sin embargo, hasta aquí todo género de empeño, el último golpe que en la repulsa de su hijo habia recibido destruyó de una vez todas las esperanzas que la madre se atreviera á alimentar. Discreta, prudente y dominada siempre por

la razon, ninguna culpa atribuia al inocente causador del nuevo tormento que aguijoneaba su corazon... y en verdad: ¿qué culpa podia atribuirse al que jamás habia en conciencia hecho el más mínimo esfuerzo por despertar un sentimiento del que no sentia ni el más leve soplo?

¿Qué culpa existia en él más que la de la fuerza magnética de su atraccion y la de un corazon en extremo sensible, que habia procurado reemplazar por completo en el regazo que le habia adoptado, aquel lugar vacío por la aspereza y despego del hijo verdadero?

En justicia, la propia rigidez de conciencia de Magdalena (la madre) prohibiéndole acriminar semejante proceder, jamás habia ni por un momento pensado hacer al autor víctima del sentimiento que habia inspirado, alejándolo de su hogar; y, si bien trabajaba para lograr este fin, lo habia hecho aún ántes, á impulsos sólo de su corazon y del interés que el jóven le inspiraba, libre de todo sentimiento egoista, é igualmente lo hacía ahora, con el mejor propósito y con el doble objeto de conseguir la realizacion de los deseos que el mismo jóven abrigaba.

Niña todavía Elena, cuando Gonzalo Figueras quedó instalado bajo el mismo techo que la cu-

bria; más niña aún que otras de su misma edad, por efecto de su delicada naturaleza, el jóven, fácil á impresiones, habia consagrado todo el afecto fraternal que hubiera concedido á los hermanos que nunca tuvo, á esta tierna criatura, tan necesitada del cariño de los demás, cuyo afecto y exquisitos cuidados habian lentamente trabajado de tal manera en aquella tierna existencia, é introduciéndose de tal suerte en su corazon, que compañero de su desarrollo habia sido ese sentimiento que la inocente aún no se habia cuidado de analizar, pero que á los ojos maternales (á ningunos otros) estaba tan patente, cual si los labios de su misma hija le hubieran hecho la confesion.

— En tus manos, Señor, pongo mi causa; fueron las últimas palabras de la viuda, despues de orar largo rato por el hijo que inhumano clavara más hondo todavía el puñal introducido en el corazon de su madre: en tus manos, Señor, que sabrán disponer lo que mejor convenga: en tus manos la entrego, repitió con fervor. Has visto, Dios mio, continuó diciendo, los esfuerzos que he hecho por contrarestar este mal que yo misma me he traído encima. Has visto la perseverancia y decision con que he trabajado para conseguir el deseado fin, y cuán inútiles han sido mis reclamaciones todas. Has

permitido las repulsas de mi hijo, has permitido que su corazon se ensordezca á todo sentimiento humano; y señales son estas de que tu voluntad se resiste al logro de mis afanes. Cúmplase la que sea, Señor, dijo con la más profunda humildad, que á todo sabré resignarme, y tu misericordiosa clemencia sabrá concederme la paciencia necesaria y la fortaleza que nunca hasta aquí me ha faltado, para sobrellevar las penas todas que se han desplomado sobre mí.

La oracion fortalece el espíritu más débil, apacigua al más agitado, da valor al más cobarde y fortifica con renovada fuerza al de por sí fuerte y valeroso.

Cual si en aquella alma no hubiera habido lucha de ninguna clase, cual si de sus labios, ahora tan serenos, no hubiera estado á punto de salir una maldicion, cual si en su corazon tan tranquilo y valeroso ahora, no hubiera aparecido sentimiento alguno de desaliento, de indignacion y hasta de horror, así serena se presentó la madre en la salita donde aún permanecian reunidos Gonzalo y Elena, tan en extremo tranquila, que, despues de algunos momentos de conversacion referente á las buenas esperanzas traídas por Francisco, fué

la primera á proponer al jóven Figueras la continuacion de la agradable lectura que la visita del cajero habia interrumpido.

Aderezada la bujía que esparcia sus reflejos sobre el grupo, ocupadas las señoras de nuevo con su labor, Gonzalo volvió á abrir el libro, y de nuevo volvió á empezar por la sentencia suspendida á la entrada de Francisco; «y aquella mujer hermosa, que se habia sacrificado en toda la fuerza de su juventud y belleza, era aún vírgen para el amor que no podia ménos de inspirar á todos cuantos la veían...» sentencia que, como ya se ha dicho, quedó impresa de un modo tan indeleble en la memoria del cajero, que, por efecto de un magnetismo inexplicable, al propio tiempo que Gonzalo la volvía ahora á leer, bullia en el recuerdo de Francisco de la manera más admirable, y no sólo en su recuerdo, no sólo en su imaginacion, sino en todas las fibras de su cuerpo, y le comunicaba multitud de pensamientos, deseos y sensaciones que le producian una excitacion casi febril.

Con él nos encontramos en las inmediaciones del teatro adonde dirigia sus pasos, preocupado, no por el efecto que en su madre habia de hacer su inhumana negativa, sino fuertemente domi-

nado por el recuerdo de la frase leida por Gonzalo; la cual, por efecto sin duda de alguna fortuita asociacion, se habia estampado de tal suerte en su memoria, que por más que hacía no le era posible desecharla de sí.

Bullendo, pues, todavía en toda su fuerza el recuerdo de esta sentencia, bullendo con un hervor espantoso penetró Cadenas en el teatro, y sin vista, ni oido, ni sentido para otro objeto más que para la idea que en su mente bullia, dirigió los gemelos á un palco de los principales.

Se ejecutaba aquella noche una de las óperas favoritas de Rossini la cual habia atraido una numerosa concurrencia, entre la cual se encontraban nuestros dos conocidos, el anciano Aguilera y su jóven y hermosa hija Isabel, que, como nadie, gozaba de los sonidos armoniosos debidos al maestro de los compositores.

Alma formada para experimentar en toda su fuerza las más delicadas sensaciones, amaba Isabel la música con delirio.

¡La música! arte delicioso que hace vibrar las cuerdas más sensibles del corazon; armonía encantadora que conmueve el alma y despierta los más tiernos afectos; que con la magia irresistible de sus melodiosos sonidos da vida á sentimientos

y pensamientos inefablemente dulces y tiernos; vago lenguaje del corazon, que sabe comunicarse de corazon á corazon, que despierta recuerdos tal vez distantes y largo tiempo olvidados, que llenamos de mil asociaciones diversas, que ligamos á nuestros mejores sentimientos... ¿qué otro arte te sobrepuja?

¡Cuáles no eran las sensaciones que la música despertaba esta noche de que hablo en el alma de Isabel!

Allí, sentada en aquel teatro, fija toda su atencion en la representacion, y por completo abstraída en cuerpo y espíritu, en íntima relacion su corazon con la armonía que escuchaba, esa armonía encantadora que tiene la facultad de hablar un lenguaje tan inteligible para el alma, la jóven se entregaba á la diversidad de sensaciones en ella despertadas.

Unas veces placenteras, otras melancólicas, unas veces ardientes y apasionadas, y otras puramente tiernas y sensibles, la música elocuente, al despertar un mundo de pensamientos y recuerdos, le recordaba esta noche toda la historia de su vida, su niñez tan desgraciada, la infelicidad de su pobre padre, su amor maternal á las criaturas que habia prohijado, las aspiraciones, ilusiones y

esperanzas que su inocente corazón se había atrevido á formar á su entrada en la juventud: sus deseos, sus sueños y castillos en el aire; y despues la lucha que padeciera en el conocimiento profundo del valor del sacrificio á que había estado destinada; su amor tan inmenso por los objetos de su cariño, superior á todo otro sentimiento, y sacrificio heróico que por los objetos de este amor había hecho de todas las ilusiones, esperanzas y deseos que se había atrevido á alimentar.

Tristes pensamientos estos, melancólicos recuerdos: era indudable que la aspereza de su marido aquel dia con sus hermanos, había hecho una gran impresion en Isabel, y que por efecto de ella y los temores engendrados en su corazón, se sentia esta noche como nunca ántes, con el ánimo predispuesto á pensar en la inmensidad del sacrificio á que se había entregado.

¡Pobre mujer!

Allí; sentada en aquel teatro, callada y abstraída, mezclaba los ayes del corazón con los sonidos melodiosos de la música, entónces su confidente, sin siquiera acordarse del lugar en que se hallaba, ni de la concurrencia que la rodeaba, ni reparar siquiera en la multitud de gemelos que, fijos en ella, admiraban su hermosura.

Su padre la acompañaba en la parte de gozo que la armonía produce; y, silencioso como ella, aunque por diferentes causas, ni una ni otro habian cruzado la palabra hacía ya largo rato.

Cerca de la conclusion del último acto, la puerta del palco fué abierta con suavidad, y dió entrada á Francisco Cadenas.

El cajero, se me habia olvidado decir, vestia siempre con la mayor elegancia, y en esta noche, á no ser por el mirar traicionero y la espesura y union de las cejas, hubiera podido pasar por un buen mozo, porque su vestido, en extremo perfilado, nada dejaba que desear, y era preciso reconocer que le sentaba á las mil maravillas.

Sus maneras distinguidas, su amabilidad con las mujeres (ménos con las de su propia familia, como ya se ha visto) su trato agradable, y privilegiado entendimiento, le habian granjeado un lugar preferente en la opinion de la consorte de su principal, y esta preferencia cultivada con esmero por todos los medios á su alcance, ya en muestras de deferencia al anciano Aguilera, ya en afectuoso cariño con los niños, le aseguraban invariablemente el más amistoso agasajo, que no fué ménos expresivo esta noche al presentarse en el palco,

risueño y engalanado con todo el poder de sus atractivos.

Terminado el amistoso recibimiento de la jóven, ocupó Cadenas una silla á su lado, y, obediente á los deseos de Isabel, de que no interrumpiese con su conversacion la atencion que no queria apartar de la escena, puesto en union con ella, parecia cifrar todos sus pensamientos en el punto mismo que monopolizaba los de la jóven.

Cualquiera á lo ménos lo hubiera creido, pero no se habrá olvidado el modo peculiar que tenía Francisco de mirar, y nadie se sorprenderá al saber que, si bien en la apariencia atraia el foro por completo la atencion del cajero, sus ojos tan traicioneros, no se desviaban un momento de la viña de su amo.

Francisco Cadenas, nada escrupuloso de conciencia, estaba quebrantando á sabiendas el noveno mandamiento.

Quién lo hubiera jamás pensado, al verle en la apariencia tan indiferente y circunspecto...

La *prima donna* interpretaba deliciosamente una plegaria sublime con que terminaba la ópera.

Era una plegaria cantada en coro, en la que sin embargo podia lucir la tiple sus vastas facultades, y esta noche en que, reunida al parecer en el

mismo punto la atencion del cajero y de la mujer de su principal, ámbos parecian igualmente impresionados por la música, la *prima donna* sublimó á tal punto el canto, que no podia ménos de conmover á la persona ménos sensible.

Cual si de su alma misma hubieran salido aquellos acentos tan melodiosos, cual si ellos hubieran formado parte del sér de Isabel, cual si no pudiera más y hubiera con ellos lanzado todo su flúido, así, medio ahogada con la impresion que recibiera, exhaló la jóven una articulacion confusa é imposible de reprimir, y dejó caer su mano con un movimiento casi convulsivo sobre el brazo de Cadenas.

Choque eléctrico, sensacion galvánica, que estremeció el sér de éste, fiebre ardiente que como un fuego abrasador circuló por sus venas... El cajero se volvió de repente hácia la mujer de su principal, y la miró por primera vez aquella noche de frente y con fijeza.

Terminada la plegaria, los ojos de Isabel se encontraron con los de él, y un subido carmin coloreó inmediatamente sus mejillas.

Separó vivamente su mano, y exclamó:

—Pensé que era mi padre. *Disyense V. la equivocacion.*

—No hay de qué, respondió Francisco, algo chasqueado ante la verídica explicacion dada á aquella accion que tanto efecto le habia hecho; y, cauteloso, precavido, y maestro en el conocimiento del sexo, se prometió un poco más de cautela en adelante, para evitar una desgraciada contingencia, ántes de haberse hecho dueño de la presa que codiciaba.

Cuidadoso de alejar todo género de sospechas en la jóven, caso de que ésta hubiera concebido el menor motivo de alarma, ni aun se mostró solícito, como otras veces habia hecho, en ofrecerle el brazo hasta el carruaje, dejó que se valiese del de su padre, y, aunque como siempre ocupó un lugar al lado de ella, se cuidó á tal extremo de llevar á cabo su objeto, que la mujer más maliciosa y más fácilmente abierta á los halagos del amor propio, se hubiera dado completamente por desengañada acerca de los sentimientos que creyera haber inspirado.

Estuvo tan animado, tan chistoso y entretenido, que, divertidos el padre y la hija, sintieron ver llegar el momento de entrar en casa.

Don Álvaro estaba aún levantado y esperaba con impaciencia al cajero, acostumbrado todas las noches á pasar un par de horas en su compañía:

horas las más apreciadas del día para él, por ser éstas las horas en que quedaban arregladas sus cábalas mercantiles.

Tenía D. Álvaro una sala pequeña, especie de santuario donde se hacía ordinariamente inaccesible á todo el mundo, pero en el que daba entrada de vez en cuando al hombre de confianza para tratar con él del comercio: allí se instalaron esta misma noche el principal y su dependiente, y allí se pusieron á deliberar sobre esos mismos asuntos.

A no dudarlo, fué una conversacion en extremo interesante la sostenida entre los dos: á no dudarlo, ninguno de ellos, con especialidad el jefe, dejó de encontrar los asuntos de que hablaban los únicos dignos de ocupar la atencion humana; pero, como que la esoncia de esta conversacion versó sobre infinidad de negocios nada interesantes para mis lectores y que ninguna referencia hacen á los asuntos que tenemos entre manos, pasaré por alto la cuestion de corresponsales, de cargamentos de duelas, del tanto por ciento, de los pagarés y de los quédanes, y me concretaré puramente á referir la parte de esta conversacion que hace relacion á uno de los personajes de mi historia.

Despues de discutidos y arreglados los objetos primordiales, y casi exclusivos de la vida del comerciante, su dependiente tuvo por oportuno instruirle en la visita que habia hecho á la casa materna y de las esperanzas que habia comunicado á Gonzalo Figueras de una pronta reconciliacion con su pariente, comunicacion que, recibida con la más ejemplar benignidad por D. Álvaro, le mereció la respuesta siguiente:

—Has hecho bien, Francisco, en aprovecharte de mis buenas disposiciones de hoy ; y lo que quisiera era que de una vez hubiera quedado todo arreglado, porque Isabel y su padre han tomado el negocio por su cuenta y no van á dejarme descansar hasta verlo concluido. En fin, añadió con resignacion ; como que nadie me puede obligar á conservarlo á mi lado en cuanto vea que de nada le han servido los cuatro años que han pasado desde que lo eché de mi casa, poco se pierde. Venga aquí de una vez, y manos á la obra. Díselo de mi parte, que cuanto ántes es mejor ; pero que se guarde bien de cometer una falta, porque á la primera omision va á la calle. Nada de consideraciones ni indulgencias. Cumpla estrictamente con su deber, y entónces correrá de mi cuenta.

Nadie mejor que tú, Francisco, debes saber que á mi lado prosperan...

—Los árboles todos, interrumpió el cajero en chanza, cuyas ramas se inclinan en la propia direccion que las de V.; y ciertamente, continuó diciendo con formalidad, nadie mejor que yo puede dar testimonio de ello. Seguro estoy de que Gonzalo, despues del escarmiento que ha tenido, sabrá hacerse acreedor á los beneficios que hace cuatro años no supo agradecer.

—Así lo espero, contestó Montoya; y espero además, Francisco, que tomarás sobre tí el iniciar á mi sobrino en lo que le corresponde hacer, y que tus buenos ejemplos y consejos lo encaminarán al deseado fin. Cuanto ántes, dijo en seguida, deseo que quede todo arreglado, y te suplico seas intérprete con mi sobrino de las condiciones precisas de obediencia, atencion y exclusiva ocupacion de los negocios que le impongo con la mayor rigidez; y estas condiciones espero que las cumplirá con la más escrupulosa exactitud, así por su propia conveniencia, como por la sumision que de su parte me debe.

—Así lo haré, contestó el cajero; y seguro estoy de que no tendrá V. en esta ocasion motivo para arrepentirse de su benevolencia, convencido, como

estoy, de que Gonzalo habrá de corresponder en un todo á las esperanzas que en un tiempo se cifraron en él.

— Veremos, veremos, contestó D. Alvaro paseándose por la salita; no te las prometas tan felices todavía. El muchacho tiene una cabeza dura, vizcaina como la de su padre, y un carácter caprichoso como el de su madre, que tanto me dió que hacer cuando vivia soltera conmigo; y, por lo tanto, nada propicias estas cualidades á amoldarse á mi placer, no son grandes ni fundadas las esperanzas que abrigo de hallar en mi sobrino otra cosa de lo que antiguamente era.

— Pues yo, señor, replicó el cajero, me atrevo á asegurar que en Gonzalo se ha efectuado una completa trasformacion.— La desgracia, continuó diciendo el dependiente, amolda todos los caracteres...

— Méenos el de mi sobrino, interrumpió con viveza D. Álvaro: ¿qué muestras ha dado durante estos cuatro años que acaban de pasar, de otra cosa, sino de un orgullo invencible y una altanería jamás dispuesta á mostrarse abatida? Díme: ¿ha hecho el menor esfuerzo por reconciliarse conmigo? ¿Ha puesto algo de su parte para reconquistar el puesto que por su propia omision per-

dió? Contéstame con franqueza, ya que por lo visto, juntamente con mi mujer y mi suegro, has tomado el cargo de abogar por mi sobrino, y díme si no tengo sobrada razon para desconfiar absolutamente de él.

—Otra vez, Sr. D. Álvaro, fué la respuesta del cajero, otra vez me atrevo á contradecirle en su opinion, y con franqueza le digo que me fundo para ello en razones convincentes, que de seguro habrán de destruir todas las que V. tiene para mirar la cuestion bajo el punto de vista que lo hace. Llama V. orgullo invencible y altanería á lo que yo no puedo ménos de apellidar el proceder más noble.

El comerciante se paró delante de su dependiente, manifestando la mayor sorpresa en su semblante.

—¡Proceder noble! repitió. No te comprendo, dijo en seguida; y, como para poder mejor prestar atencion á la explicacion de éstas para él tan confusas palabras, ocupó un asiento junto al de Francisco Cadenas, y le suplicó con instancia le otorgase el gusto de hablarle con claridad.

El cajero, aunque procurando siempre dominar á su principal, cuidaba constantemente en la apariencia de manifestársele en extremo deferente

y solícito por complacerle: por lo tanto, afable y condescendiente, se dispuso á dar la explicacion más terminante de las palabras que habia dicho.

De esta suerte emprendió su discurso.

—Si Gonzalo hubiese sido expulsado de esta casa por algun motivo fundado en justicia...

—No: dijo interrumpiéndole D. Álvaro. No era bastante la ineptitud. Era preciso que el dichoso niño hubiera cometido algun gran crimen para justificar mi proceder; era preciso que hubiera falsificado mi nombre; ó que me hubiera robado la caja; ó, en fin, que hubiera hecho otro primor de este jaez, y entónces tal vez hubiera habido motivo fundado para lo que hice. De otra manera, no. No era sino un acto de injusticia. Tú lo dices. Tendrás razon. Yo soy un imbécil. Nunca sé lo que me hago. Para eso estás tú ahí: para enmendarme la plana; y se levantó encolerizado de su silla, y emprendió de nuevo los paseos por el cuarto.

Cadenas conoció que habia dicho demasiado; pero, astuto y conecedor de su principal, supo dar la vuelta necesaria á las palabras que habia soltado, y de esta suerte contestó á la salida de tono de su jefe.

—Mal interpreta V. mis palabras, señor don

Álvaro, dijo, y no se toma la molestia de escuchar el fin del discurso que apenas he principiado. Decía, y lo repito, continuó Francisco, levantándose de su asiento y reuniéndose con Montoya, que si Gonzalo hubiera sido expulsado de esta casa por algun motivo fundado en justicia... segun su propio juicio...

—Ya eso varía de especie, se apresuró á decir D. Álvaro. La cuestion es otra. Dispensa. No habia comprendido el sentido hasta ahora.

Cadenas continuó: segun su propio parecer, repitió con énfasis, hubiera sido entónces un acto de justicia hácia V. y de obligacion en él poner en juego todos los medios que estuvieran á su alcance, no sólo para alcanzar una reconciliacion y conquistar de nuevo el puesto que por su propia culpa habia perdido, sino igualmente para mostrarse dispuesto á reparar su error. Pero, como iba á decir, aunque nada penetrado de la justicia que asiste á V., la paciencia y la resignacion con que ha sobrellevado su sentencia de destierro, manifiestan en mi parecer, no un alma orgullosa y un espíritu altanero, sino como ya he dicho ántes, un noble proceder que no puede ménos de honrarle.

—¡Ah! dijo de repente el comerciante, cual si

semejante idea jamás le hubiera cruzado por la imaginación; ¿conque por lo visto, el niño ese se ha creído hasta aquí víctima de una injusticia? Ahora me desayuno yo de eso. Jamás lo hubiera imaginado.

—Pues, señor, contestó el dependiente, así ha sido. Gonzalo jamás se ha penetrado de la justicia de la determinación de V.

—¿Y aún todavía persiste en su error? preguntó D. Álvaro interrumpiendo á su cajero.

Cadenas no sabía qué responder.

Abochornado de la conducta inhumana que con su madre había tenido aquella noche, pero, dominado fuertemente por el amor propio, que jamás le permitía confesar un error, ni descubrir la menor señal de arrepentimiento, deseaba (preciso es hacerle justicia) coadyuvar, aunque indirectamente, al logro de los deseos de la viuda; si bien por otra parte deseaba de este modo mostrarse digno y hacerse simpático á los ojos de la mujer de su principal, por conquistar su amor. Hé aquí todo el secreto del empeño de Cadenas.

Conocedor profundo del corazón de la mujer, comprendía perfectamente que la única manera de interesar á la mujer que amaba, era demostrar

nobleza de sentimientos, y ser como ella, tierno y cariñoso.

Cadenas alcanzó por fin de su principal la respuesta apetecida, y quedó convenida desde luego la vuelta de Gonzalo á la casa de su tío.

¡Cuál fué la satisfaccion del cajero al ver felizmente acabada su empresa, es difícil de expresar; y cuál su regocijo al pensar en la dulce sonrisa que tan generoso proceder le habia de merecer de la mujer que amaba, sólo puede percibirlo la imaginacion de los enamorados!

## CAPÍTULO V.

---

El hombre discurre, vacila, trabaja y se afana por el logro de cualquiera objeto que se propone; se hace ilusiones y concibe esperanzas, sin tomar jamás en cuenta que, por mucho que forje su imaginacion, hay un poder invisible y superior que dispone de los acontecimientos todos, tal vez de la manera más en oposicion con la prevision, la esperanza y el deseo del individuo.

Por más que cavile, por más que medite, por más que se afane en arreglar por sí los incidentes de la vida, si alguna vez le es concedida la probabilidad de sus planes, la mayor parte de ellas se los rehusa ese poder superior é invisible, que toma á su cargo disponer de los acontecimientos.

Un guerrero valeroso que en la lid, bizarro cual ninguno, expuso cien veces su vida, cifra su

ambicion en adornar su pecho con las distinciones á que se ha hecho acreedor, y, cuando la suerte propicia se dispone á favorecer sus designios, viene despiadada la Parca, y las distinciones sirven para adornar un ataud.

Una madre amorosa contempla extasiada el tranquilo sueño de un tierno niño, y forja mil halagüeñas imágenes de un porvenir venturoso, léjos de sospechar que el tierno y cándido infante que ahora sonríe tan inocente á su vista, habrá de llegar á ser un hombre manchado de vicios, tal vez de crímenes, que llegarán á hacerle horrible la vida.

Un padre noble y honrado, lleno de virtudes, cifra su ventura en la pureza é inocencia de su hermosa hija, y duerme tranquilo y descuidado, sin pensar que sus afanes todos para nada le habrán de servir, si alevoso ladron se propone robarle la riqueza única que en el mundo aprecia.

Y quizás el hombre que ménos ha pensado en su suerte, el que no se ha acordado de pedir embelesos é ilusiones á la imaginacion se encuentra con que ciega la fortuna, pródiga le concede lo que jamás soñó en pedirle.

La madre de Cadenas habia pensado mucho en la suerte del sobrino de Montoya, y habia traba-

jado por mejorarla, movida por el doble impulso del interés hácia el desgraciado, y por el amor de madre, pero siempre sin éxito; y, cuando quizás habia renunciado á ver coronados sus esfuerzos y renovaba sus tentativas sin esperanza, se hallaba próxima á ver realizados sus deseos.

Gonzalo, por su parte, inspirado por el noble orgullo que no cede ante la injusticia, jamás habia dado un sólo paso en su provecho, ni se habia asociado á ninguna pretension para con su tio; de modo que recibió una sorpresa cuando le fué anunciado que éste se hallaba dispuesto á una reparacion.

Pasado el primer movimiento espontáneo de su corazon al recibir de los labios de Francisco la noticia; pasada aquella reaccion repentina que le impulsó á desahogar su efusion en los brazos que tan maternales se le habian manifestado, se sintió el jóven Figueras agitado por infinidad de sensaciones, entre las que no era la ménos fuerte el temor de ver de nuevo sus aspiraciones contrariadas.

Sin embargo, fuerte por la razon y más fuerte aún por la voluntad, la mañana siguiente se encontró en posesion de sí mismo y dispuesto á acomodarse sin réplicas al poder de las circunstancias.

Y aquella misma mañana tuvo la plena confirmacion de las esperanzas concebidas y la realizacion de sus temores. Su tio le ofrecia por medio de Francisco Cadenas el puesto mismo que ántes habia ocupado, y la esperanza de una buena suerte si se comprometia el jóven á cumplir con la más escrupulosa exactitud las condiciones todas trasmitidas por el cajero.

Comunicadas por escrito estas condiciones, y propuestas para ser admitidas ó rechazadas, inmediatamente meditó el jóven con atencion sobre ellas, pesándolas en la balanza de sus propias fuerzas, y formó su resolucion de una vez. Respondió á la carta de Francisco favorablemente, se propuso acudir luégo al puesto con que se le brindaba, y quiso que fueran partícipes de esta resolucion Magdalena y su hija, y hacerles saber su inmediata separacion del círculo donde tan dichoso habia vivido.

La madre se hallaba sentada á alguna distancia de la hija ocupada en su labor; y esta última, medio tendida en un confidente, leia en completa abstraccion de todos los objetos que la rodeaban.

A la presentacion de Gonzalo suspendieron ámbas su ocupacion, y, penetradas por la expresion del semblante del jóven y la carta de Francisco,

que traia en la mano, del objeto que le ocupaba, ántes que hubiera tenido tiempo de hablar, madre é hija lo adivinaron todo.

La viuda dió articulacion á sus sentimientos en frases expresivas, y su hija, aquel tierno y blanco lirio, inclinó la cabeza como el lirio del campo cuando el aire crudo lo azota, y humedeció con sus lágrimas el libro manuscrito que tenía en la mano.

Eran las poesías de Gonzalo.

Ignorante hasta aquí la inocente del sentimiento que la dominaba, esta inesperada separacion, este primer sufrimiento le descubrió por instinto el estado de su corazon.

Niña casi hasta este momento, la primera sensacion de dolor que experimentó la convirtió en mujer, y en mujer que comprende la necesidad de disimular las sensaciones con que nadie cuenta.

Replegó su dolor, y como una mártir sofocó sus lágrimas.

Su madre, atenta á Gonzalo, hallaba tanto que decirle, tanto tan difícil de expresar, teniendo tan poco tiempo para ello, que no era posible se cuidase de otra cosa sino de esta inmediata é inesperada separacion; y en efecto, habia tanto, tan difícil de expresar en las protestas de amistad, en los consejos maternales y en las promesas de cons-

tante cariño é interés, que sólo podían darles verdadera expresion las lágrimas sinceras de puro afecto que los ojos de la viuda derramaron sobre Gonzalo.

Si las lágrimas derramadas sobre la cabeza de un jóven fueran un bálsamo que preservara de todo pesar ó desgracia, Gonzalo hubiera emprendido su nuevo género de vida bajo los mejores auspicios; pero estas lágrimas sobre su cabeza derramadas y la profunda afliccion que tanto se esforzaba por disimular aquel jóven corazon que acababa de comprender sus sensaciones, no pudieron ménos de hacer la despedida lo más triste posible.

Magdalena le abrazó repetidas veces y le colmó de bendiciones; y el lirio blanco, inclinada la cabeza sobre el pecho, dejó que la enlazara entre sus brazos é imprimiera un beso en su fina frente, tan fina que parecia de mármol.

Y en vano era que el lirio blanco hiciese por dominar sus sentimientos, y sofocase su triste llanto, y que el jóven pusiera de su parte cuanto le era posible por procurar manifestarse sereno y animado y esperar los mejores resultados, porque todos estos esfuerzos fueron inútiles en los últimos momentos.

Sin atreverse á pronunciar el último «adios» se desprendió Gonzalo de los brazos que tan tiernos y amistosos se le habian manifestado, y ahogado con sus sensaciones y desgarrada el alma dejó para siempre la casa que habia sido como suya por cuatro años, y aquellos corazones de madre y hermana tan afectuosas.

Era muy justo en él este sentimiento de la separacion; era muy justo que retribuyera con su afecto aquel interés, aquella bondad, aquella benevolencia de que tan grandes pruebas habia recibido, y no era sino muy comprensible que, al dejar un bien real y verdadero por otro incierto y dudoso que se presentaba con todas las apariencias del mal, su corazon padeciera, y se necesitara toda su fuerza para no entregarse al desahogo del llanto.

En fin, dominados estos sentimientos tan naturales, y pensando en su próxima entrevista con su tío, y en todo lo perteneciente á su inmediata instalacion en la casa de donde hacía cuatro años habia sido expulsado, así como en los medios de que habia de valerse para evitar la repeticion de semejante contratiempo, dirigió presuroso los pasos á la casa de D. Álvaro, en la cual habian pasado con este mismo motivo la mañana, como

es de suponer, fuertemente preocupados todos los miembros de la familia.

El veterano se frotaba alegre las manos, alegre, y como si hubiera alcanzado un triunfo en el campo de batalla: así se manifestaba con el triunfo que él suponía conseguido por su generosa intervencion.

Don Álvaro, satisfecho de su condescendencia, juzgándose magnánimo cual nadie hubiera podido serlo, ufano se paseaba por su escritorio, esperando con afan el momento crítico en que habia de hacerse evidente su grande generosidad.

Risueña y placentera Isabel con la idea de que en el mundo hubiera un desgraciado ménos, tambien ella, como era natural, gozaba; y, simpático su corazon por todo lo que creia bondad, por todo lo que juzgaba sentimiento noble ó generoso, fueron concedidas al cajero la sonrisa apetecida, y la mirada de simpatía cariñosa é inocente que le recompensaron por completo de todos sus afanes en el servicio de la causa del bien.

Participando, pues, todos de un mismo sentimiento, y complacidos de la reconciliacion, prometia ser el recibimiento de Gonzalo algo diferente de lo que él se esperaba.

Serian las doce del dia cuando el cajero entró en el escritorio particular de D. Álvaro para anunciarle que el importante momento habia por fin llegado.

El sobrino estaba á la puerta, y no esperaba más que las órdenes de su tio para presentarse.

—Que entre, pues, fué el mandato del principal; y, articuladas estas palabras, introdujo el dependiente al jóven ante la presencia de su principal.

Sereno Gonzalo, con su noble cabeza erguida, se dirigió al asiento ocupado por D. Álvaro, y le alargó una mano.

Impávido el comerciante, sin un débil latido siquiera en su corazon de piedra, al asir entre las suyas la mano por cuyas venas corria su misma sangre, el recibimiento que concedió al jóven no pudo sér más frio.

Preparado Gonzalo de antemano, y nada nuevo para él aquel temperamento inalterable para todo ménos para el interés, no le sorprendió el recibimiento, aunque contribuyó y no poco á oprimir más la losa que pesaba sobre su corazon.

—Supongo, fueron las primeras palabras del comerciante, despues que Gonzalo hubo ocupado un asiento, que el señor de Cadenas te habrá ya

impuesto de todo lo que de tí se espera, si es tu deseo, como parece, volver á ocupar el puesto que por tu propia culpa perdiste ahora cuatro años. Francisco, continuó volviéndose al hombre de confianza y señalándole con la mano un asiento; testigo eres de mi generoso proceder con este jóven, hijo único de mi hermana Rosario: testigo eres de la generosidad con que lo acojo, y de que le hago un recibimiento como nunca podia esperarse, y que por ningun estilo se merece.

Con aire de magistrado, dichas estas palabras, el magnánimo comerciante tomó de nuevo aliento y continuó hablando, dirigiéndose unas veces á su sobrino y otras á su dependiente, segun el sentido de sus palabras.

— Hace cuatro años, Gonzalo, dijo, que por tu propia causa fuiste expulsado de aquí, y ni tú ni yo pensamos entónces que habíamos jamás de volvernos á ver; pero, generoso hoy contigo, todas tus pasadas faltas, tus grandes culpas, te son perdonadas; y el señor de Cadenas es testigo de la promesa que te hago de satisfacer tus más ambiciosos deseos, si prometes cumplir todas cuantas condiciones te han sido trasmitidas. Francisco, testigo eres de mis palabras, así de esta promesa como de otra que igualmente hago, de no tener la

más leve sombra de indulgencia con su primera omision, pues, en cuanto la cometa, sea de la clase que fuere, se hará imposible para siempre todo trato entre nosotros; Gonzalo, añadió con aumento de importancia, me conoces lo bastante para saber que llevaré á cabo esto que digo. Deseo que hoy mismo te instale el Sr. de Cadenas en tu puesto, y confio en que mi generosidad habrá de merecer de tí toda la gratitud y consideracion á que es acreedora.

¡Oh mezquindad del corazon, incapaz de comprender, ignorante, la generosidad verdadera!

¡Oh delicadeza, completamente extraña al hombre vulgar, que destruye todo el mérito de sus mayores beneficios por el modo de hacerlos!

Cuál fuera el efecto de este lenguaje en Gonzalo es fácil de suponer.

Preparado para él; pero, sin embargo, resentido de su dureza y grosería, no halló otra respuesta que el silencio, temeroso de que, al romperlo, de una vez y para siempre perdiera todo lo que con la prudencia y el sufrimiento acababa de conseguir.

Montoya en tanto ocupado en informar á su cajero de los deberes que habia de imponer al jóven, le otorgó, ante todo, permiso para presentarlo á la nueva familia, á quien aún no habia visto;

y, sin haber tenido el gusto de oír ni el metal de la voz de su sobrino, dejó éste su presencia, y precedido del cajero se dirigió á las habitaciones donde con afán se le esperaba.

En el gabinete elegante que en otro lugar se ha descrito, habia de tener efecto el recibimiento del desterrado, que por lo cordial no podia ménos de causar en el corazon del jóven la más agradable impresion. Todos le esperaban.

El veterano lucia su mejor uniforme (tenía la manía de vestirlo siempre) para celebrar la victoria; Isabel se sonreia placentera con animada expresion en su semblante, y los niños, inquietos é impacientes, se deshacian por la llegada del momento deseado.

Por fin, el ruido de pasos lo anunció, y, ántes aún de que hubieran tenido todos tiempo de disponerse con debida serenidad para la deseada recepcion, se presentó el que esperaban, precedido de Francisco Cadenas, que con su habitual soltura y despejo hizo la debida presentacion de Gonzalo á los diferentes miembros de su nueva familia.

Lo recibieron como á un hijo, como á un hermano, como á uno de su propia sangre.

Sus desgracias lo habian dado á querer ántes de

ser conocido; la injusticia con que habia sido tratado lo habia convertido en un objeto del más vivo interés, y fué un verdadero amigo desde el momento en que se vió su simpática presencia y su encantadora afabilidad.

El corazon de Gonzalo se ensanchó: sintió que la esperanza renacia en su pecho, que las ideas se le engrandecian, y que la losa de su corazon se levantaba.

Conoció que la vida del espíritu podia ya tener existencia en aquella mansion, tan lóbrega para él en otro tiempo.

Ante aquel anciano tan noble, tan afectuoso, tan paternal como ofrecia ser; ante aquella mujer tan afable, tan simpática, que ya tierna le prometia en sus palabras, en sus miradas, en su expresion, la esperanza de un afecto maternal, ó le presentaba en su confianza y naturalidad la perspectiva de una hermana cariñosa; ante aquellos chiquitines tan alegres... ¿qué extraño es que Gonzalo depusiera de una vez todo género de temor, toda tristeza de pensamiento y cifrase las más ardientes esperanzas de felicidad en su futura suerte?

Deliciosos fueron los momentos pasados por el jóven en esta compañía: y, cuando la voz del cajero le anunció la precision de ir á cumplir con sus de-

beres, le parecia imposible que el tiempo hubiera pasado tan pronto.

Reanimado su corazon, valiente por completo para arrostrar ahora la dura prision y la tristeza del calabozo en que habia de pasar tantos dias, y con la esperanza de que habia de vez en cuando de serle concedido entrar en aquel paraíso que acababa de conocer, su instalacion en el escritorio quedó inaugurada bajo los mejores auspicios.

Solicito Francisco Cadenas en el servicio de la casa, de una vez le inició en sus obligaciones; y, dispuesto el jóven á corresponder á los propios deseos que lo animaban, se prestó diligente á cuanto de él era exigido, y en su aparentemente adquirida aptitud casi satisfizo las exigencias de su mismo tio.

Y en tanto que se impone del significado de tantos términos cabalísticos para él, iniciado hasta aquí puramente en los de la gaya ciencia, en las imágenes, en el ritmo y en el metro, digamos algo de la impresion que de él han recibido los que tan cordial agasajo le otorgaron.

Aguilera se deshacia en sus elogios, llegando su entusiasmo hasta el punto de ofrecerse dispuesto á dar una mano por recobrar la vista un momento,

seguro de que la fisonomía del recién llegado había en un todo de corresponder á la idea que se habia formado.

Los niños, por su parte, jamás habian conocido un jóven más guapo; é Isabel, por la suya, revelaba, aunque con más reserva que los demás, la buena impresion que como ellos habia recibido.

Ya cerca de anochecer salió el preso de su calabozo, como sale un pájaro de la jaula, y, sediento de aspirar otra vez el aire puro y embalsamado del paraiso que habia visto aquella mañana, dirigió los pasos al gabinete.

La luna, cuyos rayos penetraban por los cristales del balcon, lo iluminaba débilmente con su plateada luz; así es que Gonzalo, al entrar, creyó que la habitacion estaba desocupada; pero no tardó en conocer que Isabel ocupaba un asiento cerca de la ventañá.

— Señora, dijo entónces, sentándose á su lado, mucho celebro encontrar á V. aquí, para darle las más expresivas gracias por la benévola acogida que esta mañana me dispensó. Siendo yo un extraño para V., es de apreciar doblemente el interés que á V. y á toda su familia he merecido; así es

que las expresiones me faltan para comunicarle toda la fuerza de mi agradecimiento.

—¡Pobre favor! dijo Isabel; los impulsos naturales del corazón ni la más leve sombra de gratitud merecen.

—¡Ay! exclamó Gonzalo con entusiasmo, no se expresaría V. así, de seguro, si conociera el mundo como yo lo conozco. Lanzado en él en medio de mil escollos; lanzado con anticipación á la lid de la vida, he hecho conocimiento con todos los sentimientos del corazón humano, y por eso, señora, he aprendido á apreciar en todo su valor los que animan el proceder de Vds. Sólo en el mundo, desde bien corta edad—continuó diciendo Gonzalo fuertemente impresionado de la simpatía que creía hallar en la mujer con quien hablaba y entregándose á la expansión de su corazón,—temprano me faltaron los dulces lazos que dan á la juventud todo su realce y esplendor: huérfano....

—¡Huérfano! interrumpió Isabel con tristeza, ¿de madre?

—De padre y madre, contestó el joven con un profundo suspiro. La suerte me privó de los autores de mi sér, apenas había entrado en la adolescencia, y sólo me dejó para luchar contra los peligros que delante se me ponían, no solamente la

juventud y la falta de experiencia, sino las aspiraciones de mi alma, nada á propósito para avenirse con la rutina vulgar de la vida.

Isabel le escuchaba con creciente interés en tanto que de esta suerte se expresaba; y, cuando tomó él aliento, respiró ella tambien.

—¡Pobre mujer! se revelaba la historia de su propio corazon en las palabras de Gonzalo ; vivia otra vez en ellas la vida corta de sus propios instintos y aspiraciones : instintos y aspiraciones, que tanto se habian esforzado por apagar el convencimiento de su deber y los impulsos de su virtud.

Y, aprovechándose el jóven de la simpatía que habia despertado , seguia en sus desahogos , sin conocer que derramaba hiel en aquel corazon tan puro.

Le contó la historia toda de su triste vida, las aspiraciones que habian formado los sueños de su juventud , la lucha que en el mundo habia sostenido, la aridez que encontrara en la existencia de pura vegetacion, las tendencias nobles, grandes y elevadas de su alma ardiente, y, por último, puso remate á la fuerte impresion que inhumano estaba haciendo, describiendo exactamente los sentimientos del alma, que en perfecta armonía con la suya, habian al cabo y al fin de corresponder á sus sen-

saciones y realizar para él los sueños todos de su imaginacion.

—Este hallazgo, señora, concluyó diciendo, ha de resarcirme de los demás males de la vida, ha de embellecer todos los objetos á mi vista, ha de dar encanto á los hechos más vulgares, y constituye mi esperanza única de felicidad sobre la tierra. Para mí la posicion es un medio, es un principio, por mejor decir; ¡pero los goces del corazon son el fin, el objeto de la vida!

Isabel se cubrió el rostro con las manos.

Felizmente la creciente oscuridad sirvió para ocultar su movimiento espontáneo, y, aun cuando Gonzalo la miraba de lleno, pasó la accion inadvertida.

Lanzado el jóven en la arena, donde tan vasto campo tenía para extenderse, se hizo la conversacion larga é interesante, y, aunque silenciosa y retraida Isabel, dejaba á Gonzalo en completa posesion del terreno, y su interés en escucharle era tan irresistible, que la luna, cansada, dejó de alumbrarles; y la noche oscura los cubrió con sus tinieblas, y las luces artificiales reemplazaron el lugar del astro de la noche, y todavía la cuestion continuaba.

Cuestion de sentimientos, cuestion llena de es-

collos, de precipicios espantosos, donde rara vez deja de resbalarse el pié; era esta la primera vez en su vida que la veia Isabel analizada, tal cual ella la habia analizado allá en los dias de sus ilusiones. A no haberse contenido, como supo hacerlo, ante las descripciones que Gonzalo hacía, ante aquellos cuadros seductores que delante le presentaba, hubiera exhalado su alma gemidos de dolor; pero, estaba presente siempre á su imaginacion la ley que habia de seguir su vida, la dura cárcel en que se habia encerrado y... cuando ya su corazon no pudo más, y conoció que abusaba demasiado de sus fuerzas, dió la conversacion por terminada, y Gonzalo, prudente, retirándose, la dejó en libertad para recoger sus extraviados pensamientos.

Su cabeza estaba hecha un caos, y creyó que iba á perder el juicio.

Sed ardiente que devora un corazon de fuego; sed ardiente que encuentra el agua pura refrescante de una fuente que habia de una vez de aplacar sus ánsias, y tiene, sin embargo, por precision que huir de ella por temor al veneno que oculta...

Anhela reposo el viajero tras el cansancio de

dias y de dias, y si se le brinda con el lecho que ántes ha ocupado un enfermo, tiene sin remedio que resistirse á aceptarlo por temor del contagio...

¡Corazon que un corazon encuentras semejante á tí, pero tarde para que te puedas entregar libre á tus simpatías, tu mal no tiene comparacion con ningun otro en el mundo !

Isabel se dejó caer sobre el sofá del gabinete al perder á Gonzalo de vista; pero pronto, reponiéndose presurosa, dirigió los pasos á su tocador, y al punto, recorriendo con la vista los objetos que conservaba para los casos de prueba, le pareció que severos la contemplaban, cual si estuvieran enojados con ella.

El sofá de badana, las humildes sillas, la pobre mesa, los tiestos de flores; sus dioses Lares á quienes jamás habia ofendido, pero que celosos se resistian á la más leve sombra de ofensa, y severos la amonestaban para preservarla de cometerla, y que á tiempo, valiéndose de sus tiernas, aunque tan rígidas amonestaciones, á tiempo clamando por la causa para cuya defensa habian sido conservados, la salvaron con sus silenciosas amonestaciones del precipicio que tenía abierto á sus piés.

Entró en sí la jóven, comprendió el riesgo á que se habia incauta expuesto, sondeó la seducción poderosa de que pudiera ser víctima... sí, víctima de su propio desprecio; y, dueña por completo de la situacion, se prometió la más rigurosa cautela para conservar dignamente el lugar que le correspondia.



## CAPÍTULO VI.

---

Don German del Castillo era un comerciante respetable, cuya probidad y honradez, en una palabra, cuya limpia hoja de servicios en la carrera mercantil le habia dado la más digna nombradía.

Esencialmente bueno, en toda la acepcion de esta palabra, sus experimentadas virtudes y la bondad de su corazon, le habian conquistado la estimacion general; así como la modestia que realizaba sus cualidades alejaba toda especie de envidia ó de enemistad.

Hombre de negocios, pero no entregado exclusivamente á ellos, las tres cuartas partes de su existencia estaban dedicadas al bien de la humanidad.

El primero para socorrer al desgraciado, encabezaba siempre con su nombre las donaciones

de la beneficencia, las suscripciones á favor de la desvalida viuda, del huérfano infortunado; y su caridad generosa, buscando incesantemente dónde derramar el consuelo de sus beneficios, le proporcionaba, como se puede fácilmente suponer, el respeto y la consideracion de todos.

Formando este D. German del Castillo una de las partes necesarias para la unidad de mi todo en la historia que entre manos traigo, es mi deseo que cuanto ántes haga el lector conocimiento con él, y, por lo tanto, sin más demora nos pondremos á su lado en la noche misma del dia en que Gonzalo Figueras habia vuelto á instalarse en el escritorio de D. Álvaro Montoya.

Era D. German un hombre de unos cuarenta y cinco ó cincuenta años, más bien grueso que otra cosa, y cuyo aspecto, saludable y robusto, parecia anunciar la salud y robustez del corazon. Intérprete su fisonomía, abierta y franca, de los sentimientos benévolos y honrados que formaban la base de su carácter, esta perfecta uniformidad de su físico con su moral, revelaba de una vez el espíritu tan puro y libre de todo cieno terrestre que animaba su sér.

Plácido y risueño, se ocupaba esta noche de que hablo en revisar varias anotaciones que cu-

brian la mesa, delante de la cual se hallaba sentado.

Una bujía despedía sus claros reflejos sobre su espaciosa frente, y la mostraba tan tersa y pura que parecía la cabeza de un jóven.

Tenía en la manó una pluma, y tan pronto escribía como repasaba los innumerables apuntes que tenía delante.

«A la beneficencia el mes pasado, leyó para sí, 1.000 rs.—A la viuda del portero, su mesada de cajon.—A la familia del botero, 500 rs.—El patron Boleta me pide adelantados 1.000 reales; preciso será dárselos. Siempre reflexiono, continuó diciendo para sí, cuando me hacen estas peticiones, lo que hubiera sido de mí si el difunto Flores no me hubiera favorecido con aquel adelanto que me puso en camino de labrarme una posicion. Felizmente no lo he olvidado, y su memoria me sirve para hacer con los demás lo que conmigo han hecho. ¡Ay! añadió, si el hombre no tuviera memoria, sería un sér en extremo desgraciado. Sin recuerdos, sin asociaciones, no podia ménos de ser una fiera, y cada cual no viviria más que para sí.

—¡Hola! ¿qué es esto? dijo de repente interrumpiendo el curso de sus reflexiones, y asiendo

entre su manos un papel que aún no habia observado. ¡Letra de la viuda! ¿Qué querrá conmigo?

Y al punto, abriendo la carta, se impuso de su contenido, que era éste: «Quiero ser la primera en comunicar á V. la fausta noticia de haberse efectuado la reconciliacion de Gonzalo con su tio, acontecimiento que, profundamente penetrada del interés de V. por el que tan digno es de merecerlo, estoy segura de que le habrá de proporcionar el mayor contentamiento.»

Una sonrisa radiante separó los labios del comerciante, que se llevó el papel con efusion á la boca.

Si el ósculo fué ó no impreso en la carta, si en la esencia fué dirigido al papel, ó enviado á la que habia trazado caractéres tan bien recibidos, es difícil determinar; lo cierto es que D. German se sintió diez años más jóven y que, á no ser porque las canas se lo impedian, hubiera tal vez desahogado su alegría haciendo unas cuantas piruetas por entre las diferentes mesas, cajones y sillas que llenaban la habitacion; pero tuvo que contenerse al oir golpes que daban á la puerta de su cuarto.

Sin embargo, estaba de Dios, como se suele decir, que esta expansion tuviera lugar y de la manera más ámplia: estaba de Dios que los sentimientos excitados en el comerciante por el conte-

nido de la carta que aún tenía en la mano, se desahogaran con la mayor plenitud, y el ángel bueno que benigno se sonríe y favorece los sentimientos generosos del que tanta parte toma en la felicidad ajena como en la propia, permitió que la persona introducida por D. German á su presencia no fuese otra que el mismo Gonzalo Figueras.

En un abrazo estrecho, un abrazo que concentró los sentimientos todos de su alma, expresó el comerciante al jóven el conocimiento del cambio que en su suerte se habia producido; y el jóven, agradecido, correspondió hasta donde pudo á sentimientos tan afectuosos como apreciables.

— Ha sido mi primer deber, fueron las primeras palabras de Gonzalo, acudir á hacer á V. partícipe de mi buena suerte. Agradecido á los testimonios de amistad, que sin mérito alguno de mi parte, le he merecido tan invariablemente, ántes de nada he querido ser el primer portador de la noticia que sabía habia de ser tan bien recibida; y, aunque por lo que puedo juzgar, se han anticipado á mi intencion, espero, sin embargo, que no habrá esto de destruir el objeto de mi venida.

Don German, por toda respuesta, le volvió á abrazar, y le condujo á un asiento; y, una vez sen-

tados ámbos, recibió el comerciante de los labios del jóven la extensa relacion de su feliz reconciliacion con su tio, y todos los pormenores relativos á su nueva instalacion en el puesto de donde habia sido expulsado.

—Seguro estaba yo, exclamó D. German, despues que Gonzalo hubo acabado su historia, seguro estaba yo de que esto habia de suceder. Bien te lo habia predicho. No lo habrás echado en olvido. Esto te enseñará que el mundo no es tan malo como se le quiere hacer aparecer. Nadie mejor que yo, continuó el comerciante, como tú sabes, ha tenido ocasion de conocer á D. Álvaro, y la experiencia y el conocimiento del corazon humano, me han enseñado á perdonar las faltas de que tan culpable le he hecho por tantos años de mi vida. Ignorante de las propiedades, cuya existencia desconoce en sí, y que por lo tanto no acierta á descubrir en los demás, su falta de sentimientos debe ser juzgada con indulgencia, porque no la conoce. ¡Oh! exclamó con la más profunda conviccion; ¡si pudiéramos todos adquirir el íntimo convencimiento de que las faltas no deben atribuirse á perversidad de corazon, grande habia de ser el cambio que se verificase en la naturaleza humana! Comprada esta conviccion que en el dia poseo,

prosiguió diciendo el hombre benévolo, comprada al precio de muchos años de felicidad que he sacrificado á agrias meditaciones sobre los daños que me han hecho, doy gracias á Dios que me la ha concedido, estando aún en tiempo de resarcir el que he perdido en meditar.

Gonzalo escuchaba estas palabras con la más profunda admiracion, y sin separar los ojos un momento del rostro lleno de benevolencia que tenía delante.

Contemplando á D. German, Gonzalo con un brazo apoyado en la mesa, la mejilla en la mano y concentrada su atencion por completo en lo que oía, revelaba como nunca en su expresiva fisonomía toda la belleza de su carácter singular.

Don German le miraba con indecible placer, y, cuando hubo articulado las últimas palabras, no pudo contener sus sentimientos y añadió conmovido :

—¡Gonzalo, cómo te pareces á tu madre! Me la recordabas de tal manera en este momento, que creia tenerla delante. Mucho la amé, exclamó en seguida; pero éstas son vejeces, añadió en chanza, limpiándose con disimulo algo que le empañaba la vista. Hablemos de tí, de tus planes y esperanzas, que es lo que más nos interesa por ahora, y deje-

mos la historia de mis amores para mejor ocasion; y una forzada sonrisa acompañó á estas palabras, que expresó bien y terminantemente lo nada indiferente que le era aún el asunto que se esforzaba por tratar con fingida ligereza.

—Y, sin embargo, contestó Gonzalo desentendiéndose de este tono de indiferencia, y respondiendo á los recuerdos despertados en aquel corazon tan excelente; y, sin embargo, repitió, de nada le sirvió á V. su grande amor...

—Para hacer al objeto de él mia, delante de Dios y de los hombres, contestó el comerciante entrando insensiblemente en la conversacion á que tan indiferente queria manifestarse, de nada me sirvió; pero para conseguir su correspondencia, su amor, tan exquisito y puro como el de los ángeles, para eso sí; su amor llenaba todos los deseos de mi corazon apasionado, y me hizo la vida entónces un paraíso delicioso; pero era yo pobre, Gonzalo, continuó diciendo é interrumpiendo con tristeza el curso de su historia; y el hermano rico de la pobre Rosario, tuvo por un crimen entregarla á mis amantes brazos. Mi padre se unió con él, y por el delito de haberla amado fuí desterrado de casa y patria, y condenado á pasar en afliccion y tristeza los primeros años de mi des-

graciada juventud; afliccion y tristeza que no sirvieron para otra cosa sino para fomentar el sentimiento por el cual soportaba todos los sinsabores que me habia producido. Engañada vilmente la mujer que yo amaba, apartado su corazon del mio por las calumnias que la malevolencia y la intriga se complacieron en levantarme, cuando al fallecimiento de mi padre volví á mi patria y á mi amor... me encontré sin Rosario. ¡Se habia casado!... con un hombre, añadió el noble D. German, más digno mil veces que yo de merecerla; pero que, sin saberlo, clavó un puñal en este corazon ya tan delicado. Un hombre, prosiguió diciendo, que la hizo en extremo dichosa, que no tuvo otro objeto en el mundo más que la felicidad de ella, que la colocó en una posicion mucho más ventajosa de la que yo entónces pudiera haberle ofrecido, y cuyas cualidades excelentes no podian ménos de hacérmelo apreciable... contra quien jamás, exclamó con energía, abrigué el más mínimo rencor. Toda mi hiel cayó sobre don Álvaro; todo mi odio, todo mi rencor en él se cifraron únicamente, y por muchos años lo aborrecí. No sé cómo en la violencia de mis pasiones entónces no rematé con un crimen el colmo de mis desventuras; pero Dios misericordioso se pro-

puso salvarme, y á su poderosa intervencion debí el que mis pasiones se aplacaran. Quiso que la casualidad me llevara á conocer á la familia de Cadenas en una época en que pudiera conocer los pesares inmensos con que se dignaba abrumar á esta familia ejemplar, para que en el ejemplo de la sublime resignacion con que una débil mujer sobrellevaba sus pruebas, aprendiera yo á sobrellevar las mias, y á avergonzarme de la pequeñez y cobardía de mi espíritu miserable. ¡Grande leccion aquella! Una madre privada de una vez de todos sus hijos; arrancados los pedazos de su corazon, como arranca una ráfaga de viento las hojas todas de un árbol lozano... su sufrimiento obró portentosamente en mí. Me convirtió en otro sér... pero, exclamó en este momento conociendo el ensanche que estaba dando á su corazon y temeroso de haber abusado demasiado de la paciencia de su jóven amigo, dispensa, Gonzalo, que me haya entregado á estos recuerdos tan poco interesantes para tí. Me he distraido y olvidado por completo de lo que por ahora me interesa mucho más que todas estas majaderías, añadió en tono chancero. Está visto, me voy poniendo viejo, y á pasos agigantados. Estas reminiscencias son señales mortales, y no hay que resistirse á su evidencia.

—No me prive V. del placer de escucharle, exclamó Gonzalo, profundamente interesado en los sentimientos del antiguo amante de su madre; no tema V. abusar de mi paciencia ni crea V. asuntos de ninguna importancia para mí los que tanto le realzan á mis ojos y tan noble ejemplo me presentan. ¡Quién pudiera aprovecharse de él y aprender de una vez tan saludable leccion! añadió el jóven con entusiasmo; ¡cuánto más felices no seríamos en el mundo y cuánto más no contribuiríamos á la dicha de nuestros semejantes!

—En efecto, contestó D. German, en efecto, repitió, mi vida agobiada hasta entónces, estéril y completamente inútil, se trasformó por completo ante la gran leccion que de Magdalena recibí. Conocí que hasta entónces no habia sido otra cosa más que un egoista; que no habia caminado más allá de los límites de mis propias pasiones; que habia malgastado el tiempo de que tan estrechamente se nos ha de tomar cuenta en el mundo venidero; y conocí más que nada el objeto para el que la vida nos está concedida: para viajar y caminar entre nuestros semejantes y trabajar cada cual en su esfera, segun sus fuerzas y alcances, por el bien de la humanidad. La humanidad, que debe ser el pensamiento primordial de la vida, y

del que jamás hasta entónces me habia dignado ocuparme. Comprendí al hacer este conocimiento, todos los medios de felicidad que el mundo pudiera aún concederme, y me lancé á buscarlos conducido por la luz de la misericordia que me habia inspirado. Los encontré, Gonzalo, prosiguió diciendo el comerciante, los encontré en el negocio nuevo que emprendí: en el negocio del bienestar comun, en la caridad, en la clemencia, en la benevolencia...; en el propio negocio de la vida que hasta entónces habia desconocido, y que me enseñó al propio tiempo á deponer toda la mezquindad de sentimientos y rencor concentrado que abrasaba mi corazon. Perdoné á D. Álvaro, y lo perdoné sin esfuerzo; y, aunque jamás nos hemos vuelto á hablar, aunque jamás ha podido él hacerse superior á los daños que me causó, sin embargo, todo género de resentimiento ha desaparecido por mi parte, y no le deseo sino una completa felicidad. Contribuye á ella, Gonzalo, continuó diciendo el protector de la humanidad, por cuantos medios estén á tu alcance, y está seguro de que no tendrás sino nuevos motivos para contribuir á tu propia ventura. Grande hubiera sido mi dicha en haberte ofrecido los medios de labrarte la posicion independiente que todo jóven

ambiciona alcanzar; pero, detenido como tantas veces te he dicho, por el temor del perjuicio que mi proteccion pudiera acarrear, y los sentimientos de delicadeza respecto á D. Álvaro, de que no era posible prescindiese jamás sino de palabra, he podido manifestarte toda la fuerza de mi interés, todo el extremo de mi afecto; pero seguro puedes estar de que te amo á tí como pudiera amar á mi propio hijo. Recuerdo vivo de la única mujer que amé, áun cuando ningun otro título te recomendara á mi afecto, bastaria éste para conseguírtelo. Cuenta, pues, con él, hijo mio, con toda confianza, y hoy en tu prosperidad juzga de mi contentamiento por el que llena tu propio corazon y por el que pudiera llenar el de tu propia madre. Mira en mi afecto los restos de aquella mujer en cuyo regazo se cobijó tu infancia; mira en mi cariño las reliquias sagradas de un amor que no puede jamás extinguirse; y cuenta siempre conmigo como si me tocara ocupar el lugar de los padres que has perdido.

El jóven le estrechó ambas manos entre las suyas.

—Lo mismo que si en V. hubieran resucitado los autores de mi sér, lo mismo le contemplo, fué la respuesta de Gonzalo: jamás, desde el mo-

mento en que tuve el gusto de conocer á V., he recibido otra cosa sino pruebas indudables de los sentimientos que tanto me favorecen; y ante pruebas tales, ¿qué puedo sentir y manifestar sino la más justa gratitud y el recíproco afecto á que tan acreedor se ha hecho V.? Débil mi voz para expresar los sentimientos que me animan, la benevolencia que distingue á V. sabrá hacerme justicia.

Don German se levantó de su asiento, y por toda respuesta puso una mano sobre la cabeza de su jóven amigo.

— Eres un excelente muchacho, exclamó, y el espíritu de tu madre no puede ménos de velar sobre tí.

El reflejo de la luz en la cabeza de Gonzalo pareció en este momento aumentado, y cual si una claridad sobrenatural iluminara su pura y tersa frente; así á lo ménos se lo presentó la ilusion al hombre benévolo.

¡El espíritu de Rosario, á no dudarlo, difundia su hálito sobre su hijo, y desde el cielo bendecia á su primer amor con toda la fuerza de su alma purificada!

— ¿Vamos á ver á Magdalena? fué la pregunta que interrumpió el silencio que habia se-

guido á las últimas palabras de D. German; y, contestada afirmativamente por el jóven, los dos se dispusieron á hacer la visita.

Don German envolvió su robusta persona en una capa, buscó su sombrero y su baston, y seguido de Gonzalo salió del cuarto de la casa y dirigió los pasos á la morada humilde donde aprendiera aquella gran leccion de que tan bien habia sabido aprovecharse.

Era una noche oscura y en extremo fria, y un aire violento hacía correr á la gente por las calles como impelida por una fuerza irresistible.

Embozados en sus capas con los sombreros calados, apénas se distinguian las caras de los transeuntes, que no se tomaban la molestia de mirarse, ni se dignaban, áun cuando se conocieran, tomarse el trabajo de saludarse, sino que semejantes á fantasmas negros corrian sin cuidarse unos de otros, cada cual en direccion á su destino.

Incorporado D. German y Gonzalo á este cuerpo de negros espíritus, no ménos sensibles que los demás al aire crudo de la noche, no ménos presurosos eran por lo tanto sus pasos hácia la morada donde el hombre, ahora tan benévolo, habia adquirido toda la ciencia de su virtud, y

donde su maestra entónces contemplaba triste á la hija á quien tanto amaba, sin saber de qué medios valerse para servir la causa de su amor.

Largo rato hacía que no le habia dirigido la palabra.

—Elena; dijo al fin con suavidad. ¿Qué tienes, hija mia? ¿Qué cambio se ha verificado en tí hace algunas horas... desde esta mañana? añadió la madre con intencion. Ni una palabra has articulado en todo el dia. Ni una sonrisa ha separado tus labios. Ni una vez han buscado tus ojos los míos. Díme lo que tienes: dímelo, vida mia.

—Madre, madre, exclamó el lirio blanco levantando la cabeza que habia tenido inclinada sobre el pecho y fijando sus ojos llenos de lágrimas en el rostro de Magdalena, ¡soy muy desgraciada!

La madre se pasó una mano por los ojos ántes de contestarle.

—Pero piensa, exclamó, cuánto más no lo serías si no tuvieras quién te amara. Piensa cuán querida has sido y eres siempre, no sólo de mí, sino de todos los que te conocen.

—Lo he pensado: y porque lo conozco y lo siento, me llega eso tanto al corazon. ¡Todos tan amantes conmigo! ¡Todos tan cuidadosos!

Perpleja la madre, no podía ni comprenderla ni acertar de qué modo dirigirse á ella.

—El estar enferma, hija mia, contestó sin saber de qué medios valerse para adquirir la confianza de su hija y preservarla al mismo tiempo del gran mal que tanto la aterraba; el estar enferma, vida mia, repitió, es una gran desgracia...

—Nunca la he sentido, interrumpió la pobre niña, jamás la he sentido en su plenitud. Nunca, nunca. Algunas veces he deseado ser como las demás para atreverme á esperar... Madre, exclamó interrumpiéndose y ocultando la cabeza entre las manos, no puedo expresar lo que atesoro aquí, dijo apretándose el pecho, lo que me abrasa y consume y no puedo desechar de mí. Madre mia, tan cariñosa, míreme V. con indulgencia, porque no lo puedo remediar.

La madre la entendió de una vez y permitió á sus lágrimas correr á la par que las de su hija.

Se aproximó á ella, y la niña le asió ambas manos entre las suyas.

—¡Tan buena, tan desgraciada, y yo cruel aumentando sus desventuras!...

—No hay en mi alma, respondió la viuda, un sentimiento que no esté cifrado en tí; y no hay

nada en el mundo de que no fuera yo capaz por obtener tu dicha.

—No está en la mano de V., exclamó su hija con desconsuelo, el concedérmela. El corazón de V., tan tierno, en vano querría llenar el gran vacío: en vano querría aliviarme del peso que me ahoga. Yo no sé lo que es, pero hasta hoy no lo he sentido.

Fué un bien para ámbas que el risueño don German se apareciera á la puerta de la salita; fué un bien para todos que su plácida y bondadosa fisonomía llamase al propio tiempo la atención de la madre y de la hija, porque lo que hubiera seguido á aquella extraña confesión es difícil de determinar.

Suspendida por esta aparición, la viuda se dirigió al encuentro de su amigo, y Gonzalo Figueras que le seguía los pasos, penetró al propio tiempo en la habitación.

Fué un momento dichoso aquel en que volvieron á verle; fué un recibimiento de familia el que le concedieron; y el lirio, con su presencia, olvidó que el peso que le oprimía procedía de él.

Levantó la cabeza, le contempló risueña, y cual si el pesar que la abrumaba no proviniera del

conocimiento que tenía del sentimiento que sin estímulo de nadie, ni esperanza de correspondencia, existía solitario y aislado en su pecho, así la presencia de Gonzalo llenó de imágenes halagüeñas la mente que durante su ausencia no había podido ménos de atormentarse con los crudos pensamientos de la desnuda verdad.

Elocuente y comunicativo el jóven Figueras, refirió por extenso los acontecimientos todos de aquel día, cuyos más minuciosos pormenores tan interesantes eran para sus amigos; y se hizo, como es fácil suponer, muy larga la conversacion de aquella noche.

El aire recio azotaba los cristales de los balcones, y los silbidos del viento se hacían casi lúgubres en aquellas horas de oscuridad; además, como ya se ha dicho, hacía un frío extremado; pero indiferentes los cuatro, que en amistosa conversacion pasaban el tiempo en casa de la viuda de Cadenas, á todas las señales exteriores de desagrado que la naturaleza presentaba... aquellos cuatro corazones tan sanos y llenos de vida, desafiaban con su valor la temperatura que marcaba el termómetro.

Las horas pasaban volando.

Como en un pañorama fueron presentados por la imaginacion del jóven los acontecimientos del

dia, las personas con quienes habia hecho conocimientos, etc.; y, concedoras madre é hija de la situacion, cada cual á su modo, veia inaugurada la futura felicidad del que tanto interés les inspiraba, y, entretenidas con el asunto, era ya avanzada la hora cuando D. German dió la órden de marcha, y la visita se terminó.

El frio á su misma altura, de nuevo prestó alas á los piés de los caminantes, y, de nuevo emprendido el camino, á los pocos momentos entraba don German en su casa, y Gonzalo pisaba los umbrales de la que debia de allí en adelante considerar como suya.

## CAPÍTULO VII.

---

Mi historia pasa á una especie de estudio ó gabinete del cual voy á hacer una ligera descripcion.

Era una habitacion pequeña, cuyo alhajamiento consistia en un un sofá que adornaba un testero, una biblioteca, algunas sillas y un bufete que ocupaba el centro del aposento: un bufete de caoba lleno de gavetas, donde guardaba su dueño sus más importantes papeles, y junto al cual se hallaba sentado en este momento, entregado á una profunda meditacion.

Con los piés encima de un brasero, los ojos fijos en las brasas, las cejas más que nunca cerradas... la dura y siniestra expresion del semblante del cajero pronosticaba que nada bueno ocupaba su imaginacion.

Se mordía las uñas en su abstraccion, y parecia

que absorbía toda su atención el brasero que tenía delante, como absorbe el crisol la atención del alquimista.

« Aquella mujer hermosa, decía su imaginación que le recordaba tenaz las palabras que jamás había olvidado; aquella mujer hermosa que se había sacrificado en toda la fuerza de su juventud y belleza, era una vírgen para el amor, que no podía ménos de inspirar á todos cuantos la veían.»

— ¡A todos! repitió interiormente el cajero mordiendo más las uñas, y más fijamente aún contemplando las brasas que tan fuertemente le atraían. Pero ella no podrá amar más que á uno, dijo á sí mismo en respuesta, y por vía de consuelo: á uno sólo podrá amar una mujer como esa; y ese será yo, exclamó alzando en este momento los ojos con triunfante expresión en su semblante, cual si se dirigiera al mundo entero que tuviera frente de sí. Otra más hermosa, otra más encantadora, jamás inflamó mi deseo, prosiguió para sí. Mujer privilegiada, cuyo seductor encanto me embriaga y martiriza al mismo tiempo; ¡mía has de ser, exclamó en alta voz, cuéstemelo que me cueste. Desde que te ví, continuó su soliloquio; desde que te ví tan bella, tan refulgente como la luz del sol derramada sobre la lóbrega mansión de tu

marido, te amé con ese amor ardiente, voraz, abrasador, que consume y no tiene treguas ni remedio. Con ese amor que no se experimenta más que una vez en la vida, con ese amor inextinguible que no tiene otro término más que vencer ó destruir.

Inflamados sus ojos por la excitacion de su pensamiento y el efecto de la lumbre que tan fijamente contemplaba, se aumentaba por momentos el enrojecimiento de sus pupilas.

— Por merecerte, por conquistar tu corazon virginal, prosiguió, hartó he hecho, hartó he dominado mis naturales tendencias, y tiempo es de reclamar la recompensa. ¿Cuál no ha sido mi esmero con ese viejo ciego, tan terco y voluntarioso? ¿Cuál mi paciencia con esas criaturas tan detestables? (porque aborrezco á los niños), dijo como entre paréntesis: Dios sólo sabe el objeto único que á ese esmero y á esa paciencia me ha movido. Harto he fingido, harto he sufrido en los trabajos que me he impuesto, y tiempo es ya de respirar. ¡Ah! ¡ah! dijo de repente soltando la carcajada; ¡cómo la he engañado! Me cree la quinta esencia de la virtud; y el golpe maestro de la reconciliacion de Gonzalo con su tío ha acabado de recomendarme á ella. Desde que he hecho

esta buena obra me trata con mucha más deferencia, me manifiesta sus sentimientos con la más ingénuo franqueza, y se me presenta amiga; y el terreno está lo mejor dispuesto que se puede desear para que mi diestra mano ponga la mecha al combustible que mis virtudes han estado haciendo en el pecho de esa mujer.

El cajero se levantó, y, resuelto á poner mano á la obra, se disponia á hacer un tocador esmerado, tocador que debia de realzar todos sus atractivos naturales; cuando la puerta del estudio fué abierta, y la entrada de una mujer interrumpió por lo pronto las intenciones hostiles del ladron que acababa de formar la resolucion de robar la viña á su amo.

La mujer que así tan sin ceremonia se presentó en presencia de Cadenas, era una jóven de unos veinte y cuatro ó veinte y cinco años, cuya figura rehecha y facciones pronunciadas le daban un carácter señaladamente audaz y determinado, en perfecta armonía con sus maneras desenvueltas.

Era morena, pero de buen color; y esta propiedad daba tal realce á la expresion y brillo de sus ojos negros, que causaba miedo mirarlos.

Su nariz, aunque pequeña, era alta de nacimiento, y propendia un poco á la forma aguileña; y su boca, en medio de cierta expresion marcada que la caracterizaba, descubria al menor movimiento un mundo de seduccion y de gracia.

Negro y brillante su cabello y apartado de la cara, peinado caprichoso á la usanza del siglo pasado, que le sentaba á las mil maravillas, contribuia no poco al aumento de su belleza.

Vestida con descuido, pero con cierta originalidad que parecia distinguirla en todo, habia en el adorno de su persona una amalgama de colores, lo más caprichosa que imaginarse puede.

Enaguas de un negro azulado, justillo carmesí, mangas blancas, toquilla junquillo, y zapatos de color de rosa: tal era su traje, al que no hay más que agregar una mantilla mal prendida, que al momento mismo de su entrada en el estudio de Cadenas fué tirada con descuido sobre una silla, dejando á su dueña lucir por completo su bella persona y traje especial.

Interrumpido Francisco en el propósito de prender fuego á la mina que tan dispuesta creia ya, con invencible desagrado recibió esta inoportuna visita; pero, dominando su disgusto, le dirigió un saludo cordial.

—No esperaba tan alto honor, fueron sus primeras palabras, y seguramente debo sentirme muy satisfecho.

—Francisco, exclamó la muchacha avanzando hácia él y clavando sus ojos de azabache en el semblante del cajero: Francisco, hace tres días que no te veo....

—Y hubieran sido cuatro, interrumpió Cadenas, á no haberte dignado venir á hacerme una visita hoy. Pero, en fin, puesto que tan grande favor te merezco, recibe mis más expresivas gracias.

La muchacha se mordió los labios y sin decir una palabra ocupó una silla junto al brasero.

Cadenas habia vuelto á ocupar la suya, y ámbos, sentados de frente, se miraron en silencio por algunos segundos.

—Mira, Francisco, exclamó la jóven con una expresion en extremo resuelta; sin tí no puedo vivir, y para eso he venido: para decírtelo.

Sus ojos brillaban de tal modo, sus mejillas encendidas la embellecian hasta tal punto, su dentadura reluciente daba tal gracia á sus labios de coral, que imposible parecia que aquella mujer tan linda tuviera que pedir lo que á ella debiera habérsela ofrecido.

— Francisco, repitió notando el desvío con que el cajero la escuchaba: hace tres días que no te veo y que no vivo. Te he creído enfermo, te he creído hasta muerto... y cuando he sabido que vivías y que estabas bueno, los celos me han vuelto loca. ¿Amarás á otra, Francisco? preguntó clavando sus ojos que parecían despedir chispas en el rostro del cajero; ¿será posible que ya no me quieras? dijo casi gritando y levantando al mismo tiempo las manos hácia Francisco y revelando en sus alterados acentos la más violenta excitacion; ¿será posible? repitió; pero no, se contestó con aumentada fuerza; no puede ser tal cosa; ni lo será jamás. Si tal sucediera, si á otra amaras, la mataría y te mataría á tí, y luégo me mataría yo...

— Mercedes, Mercedes, exclamó el cajero con templanza, parando con su calma la violenta explosion de la jóven; cálmate.

— ¡ Calmarme! replicó Mercedes, ¿y es esa toda la satisfaccion que te merezco? ¿Es esa toda la explicacion que me das de tan extraño cambio?

Cadenas contemplaba las brasas y se mordía las uñas.

Mercedes aproximó más su silla á la de él, y continuó de esta suerte:

— Tres años hace que te amo: que eres mi vida,

mi mundo, mi cielo, mi todo: tres años que no he vivido más que en la atmósfera que tú respiras, que no he gozado más que de tus placeres y tus gustos; que no he sufrido más sinsabores que los tuyos, que no he tenido afecto, sentimiento ó pensamiento que no haya sido para tí; y, esclava tuya, no he tenido otro objeto en la vida más que tu amor, considerándome feliz si conseguia la más indiferente de tus caricias. Bien lo sabes, Francisco, continuó diciendo con la misma energía; bien sabes el trato que de tí he recibido; bien sabes cuán cruel te has manifestado; pero mi amor, tan fuerte é inextingible, todo te lo ha perdonado. Sabes bien que como un perro he besado la mano que me castigaba; sabes bien que como un reptil me he arastrado sobre el suelo que pisabas, feliz algunas veces con sólo besar tu huella; ¡pero era porque creia en tu amor!.., y él me bastaba para sobrellevarlo todo. Ahora dudo. Dos meses hace que te encuentro variado; que te veo meditabundo; que te veo, no como ántes, violento; sino hastiado, cansado, aburrido de mí, dijo con un penoso esfuerzo; y, mira, eso no lo puedo resistir. He batallado largo tiempo contra mis propias observaciones, contra mis propias cavilaciones; he querido convencerme de que padecia un engaño; he que-

rido contradecir toda la evidencia de mis sentidos; pero, exclamó con desesperacion, tu ausencia me ha quitado la venda. Vuelvan tus violencias, Francisco, vuelvan tus durezas, tus crueldades, castígame como quieras, prosiguió diciendo con acentos de agonía y dejándose caer de rodillas á los piés del cajero; pero ámame por María Santísima!..

Francisco la miró de lleno y la encontró tan hermosa en su desconsuelo, que no pudo ménos de estampar un beso en la ardiente boca; pero un beso sin pasion, un beso frio, cuya sensacion no pasó de los labios.

Beso, sin embargo, que devolvió la vida á la jóven: que la trasportó de nuevo á toda la ilusion de aquella existencia ficticia que hacía tres dias habia perdido, y que la hizo derramar un torrente de lágrimas.

Mercedes idolatraba al cajero y era capaz de hacer cuantos esfuerzos existieran en el poder humano para conservar el amor que tan necesario le era; pero seguro podia estar Cadenas de que, una vez privada de él, las consecuencias no habian de serle indiferentes.

De nacimiento humilde esta mujer, descuidada su niñez, y falta de todo género de educacion, ja-

más habian hallado sus violentas pasiones el menor freno.

Desconocida, pues, para ella la necesidad de dominarlas, y por entero entregada á los instintos é impulsos de su naturaleza, era esclava de su exagerado carácter.

Despertadas ó desarrolladas estas pasiones por un hombre, cuyo privilegiado entendimiento ejercia sobre ella el más extenso predominio, cuya superioridad de inteligencia le habia convertido á los ojos de Mercedes en un semi-dios, todos los sentimientos de su impetuoso corazon se cifraban en él y no habia nada de que no fuera capaz por la posesion de su amor.

Halagada en el principio de sus relaciones por la lisonjera preferencia del hombre que para obtener un fin, fuera de la clase que fuera, sabía tan eficazmente poner en juego los más seductores resortes, fácilmente se habia dejado cautivar en la suave red de su singular atraccion ; y, tarde ya para sacudirse del yugo que la oprimia, cuando aquella red se convirtió en una jaula de hierro, en balde hubiera querido resistirse á su prision: amaba ya con todas las potencias de su alma, con un amor tan fiero que difícilmente lo podria arrancar de sí. Bien se ha visto en sus acciones todas, y fácil es

comprender la naturaleza de ese amor ante pruebas tan evidentes.

El éxtasis causado por aquel beso; el éxtasis de la reaccion produjo tal diversidad de sensaciones en aquella mujer tan apasionada, que parecia una demente.

Tan pronto lloraba como reia; tan pronto era una mujer como una niña: tan pronto se mostraba tierna y amorosa, como juguetona é infantil; y, recobrada de una vez toda su perdida confianza, no era posible que dejasen de hacer alguna sensacion en Cadenas los síntomas inequívocos de la pasion de que era objeto.

Pero, sin embargo, fuertemente preocupado por otros pensamientos, y más que nada deseoso de hallarse en libertad, si bien se esforzó en corresponder á estas manifestaciones, no por eso disimuló su deseo de verlas terminadas; y, presto dueña Mercedes de su voluntad, sumisa y rendida, esclava (en tanto que en un amor ya extinguido creia), á la primera insinuacion de su querido se separó de él y le dejó para que con amplia libertad se olvidara por completo de ella y no se ocupara en otra cosa que en el nuevo amor despertado en su pecho.

---

No podía darse un día más hermoso.

El aire tiene toda la suavidad balsámica concedida á este hermoso clima; la mar movida algunas veces por el blando aliento de la brisa del Sur, brillaba con los rayos del sol, y otras, sosegada y y tranquila, reproducía los innumerables barcos de mil tamaños que surcaban por la bahía, ó que anclados elevaban con sublime majestad sus palos hácia el brillante sol: una lluvia ligera que había caído por la mañana había refrescado los árboles y las plantas, limpiándolos del polvo; fresco, verde y ataviado con sus mejores galas el poco campo que cuenta Cádiz extramuros de la ciudad, llamado Puerta de Tierra, convidaba á disfrutar de sus pobres galas; y algunos pedestres, aprovechándose gustosos de la hermosura del día, extendían su paseo, ya por el centro, ya por las sendas laterales de este pobre remedo de campo, que, por más que el hortelano lo trabaja, jamás pierde su aridez. Entre los concurrentes al paseo se hallaba un grupo de personas que tenemos el honor de conocer.

Dirigíase este grupo por la senda de la izquierda, y se componía del anciano Aguilera, de su hija Isabel, los dos satélites de ésta y el dependiente principal de Montoya, Francisco Cadenas,

que, apeados del carruaje á la entrada del paseo, ideaban extender su excursion á pié por la agradable playa.

Conducido el ciego tan pronto por uno como por otro de sus hijos pequeños, que querian disputarse el privilegio de servirle de lazarillos, andaba entre tanto el cajero junto á Isabel, esforzándose por alimentar la buena impresion de que tan seguro creia estar.

Aunque falto de corazon y falto de todo espiritualismo, su vasta comprension y su privilegiado entendimiento le habian hecho conocer los medios más eficaces para conquistar la opinion de aquella naturaleza tan diferente de la suya; de tal modo con este efecto se habia conducido, que, ignorante Isabel de su verdadero carácter, tenía de él un concepto equivocado, é inocente se prestaba con su sensible candor á halagar las imágenes todas de aquel alma corrompida. Lo creia poseedor de los más generosos sentimientos; lo creia su amigo; le agradecia su esmero y paciencia con su padre y con sus hermanos, y nada le parecia á ella bastante para recompensarlo de los méritos que á su vista tenía contraidos.

De ahí su deferencia y su ingénua confianza, que tan mal interpretadas eran por él que aspiraba

á otro género de recompensa, y de ahí la seguridad que Francisco tenía en el buen resultado de su empresa.

Habia hecho un tocador esmerado, y ciertamente engalanada su persona con la mayor elegancia y animado su semblante con la excitacion de sus sentimientos... Francisco Cadenas para cualquiera mujer hubiera sido en este dia acaso irresistible; pero Isabel le escuchaba con indiferencia.

Fuertemente preocupada de la impresion que le comunicaba la belleza del dia y los pensamientos despertados en su alma por el aspecto de la naturaleza, hubiera deseado oír imágenes más sencillas y poéticas que las que aquel hombre le presentaba; hubiera querido que la dejase gozar más á sus anchas de la escena grande y tranquila que tanto la impresionaba, ó que hubiera respondido á sus impresiones con pinturas más del temple de su espíritu que aquellos cuadros atrevidos y brillantes con que trataba de embriagarla, y que, léjos de hacer el efecto deseado, no servian sino para destruirlo.

Lentamente caminando, de vez en cuando detenía Isabel los pasos para contemplar más á placer la extension de la mar, para aspirar el aire

húmedo de la playa, para observar el jugueteo de los rayos del sol en la plácida bahía, para medir con la vista el despejado horizonte, para admirar la costa, y entregarse á toda la expansion de sus puras sensaciones.

Francisco se sentia á cada instante más excitado; sentia que los momentos tan preciosos se le escapaban, y que sus resortes indirectos ningun efecto habian hecho todavía.

Era preciso no perder tiempo; era necesario hablar con toda claridad para que aquella mujer tan inocente comprendiera; y el cajero se dispuso de una vez á descorrer el velo de tanta inocencia y de pureza tanta.

Sentado el anciano Aguilera sobre una piedra, dejaba á sus jóvenes conductores en libertad para correr aquí y allí y entretenerse en coger conchas de la playa, y, feliz con la alegría de los niños, saboreaba con descuido su pipa, en tanto que Isabel, igualmente dichosa que él con el contento de las criaturas, tan pronto contemplaba la escena ante su vista, como fijaba en ellos sus tiernas miradas, y cómplacida se sonreia de sus inocentes juegos.

En una de estas ocasiones, al separarse sus ojos

de los niños, se encontraron con los del cajero, y la aterró la mirada fija y llena de Francisco, áun sin adivinar la causa de tan extraña sensacion.

—Señora, dijo éste de repente, su amor hácia esas criaturas me hace daño.

—¿Por qué? preguntó Isabel con la más natural sorpresa.

—Porque la absorbe demasiado, fué la respuesta del cajero.

—¿Hay mal en amarlos como á mis propios hijos? ¿Hal mal en darles el lugar de la madre que no han conocido? No me lo diga V., añadió en seguida; por cierto que no me he juzgado jamás acreedora á reprension por abrigar estos sentimientos; y de V., amigo mio, añadió en tono chancero, ménos que de nadie lo podia esperar.

—¡De mí! exclamó Francisco.

—Sí, de V., replicó la inocente Isabel; porque en V. creí descubrir cierta simpatía hácia mi modo de sentir, revelada en sus mismas caricias para con esas criaturas, y en su paciencia con ellos; esto me habia hecho formar bien diferente opinion.

—¿Y quién le dice á V., señora, exclamó Cadenas, que mi modo de sentir no sea como el de V.? ¿Quién le dice que mi alma no sea compañera de la suya?

Los acentos con que fueron articuladas estas palabras estremecieron de tal modo á la jóven, que, todavía sin conocer las intenciones del cajero, la impelió sin embargo su instinto de mujer á dar algunos pasos en direccion de su padre.

—¿Quién le asegura á V., exclamó de nuevo Cadenas con los mismos acentos que habia empleado ántes, de que no hayamos tenido desde el momento de conocernos, cierta afinidad que, aparte de nuestro conocimiento, no haya formado la estrecha union de nuestras almas?

Isabel por toda respuesta siguió aproximándose á su padre.

Francisco estaba indeciso ; pero pronto formó su resolucion.

—Señora, dijo con decision, deténgase V. un momento.

Sorprendida Isabel se prestó maquinalmente á la voluntad del cajero, quien prosiguió hablando con aumentada violencia de esta suerte.

—No es que la condeno, exclamó como deseoso de aclarar las palabras con que habia abierto la conversacion ; no es que la condeno, repitió, por el exceso de amor que esas criaturas le inspiran; al contrario, admiro y venero esos nobles y desprendidos sentimientos que tanto la realzan ; pero

me hacen daño, dijo con exaltacion, porque me consume la envidia.

Miró á Isabel de lleno, y con tan inequívoca mirada, que al punto trajo á la memoria de la jóven la escena del teatro, la mirada de entónces y otros incidentes insignificantes hasta aquí, pero de suma importancia en el momento presente, que de una vez le revelaron el estado de las cosas.

Pero, por si acaso no se habia enterado por completo de la pasion inspirada á aquel hombre tan violento, las palabras que siguieron á las anteriores acabaron de una vez de desvanecer toda clase de sospechas, para dar lugar á la certidumbre.

—Isabel, exclamó el cajero en un estado terrible de excitacion, al parecer ya no dueño de sí mismo; ¡Isabel, yo la adoro á V! La amo, dijo, y no hay poder humano que la separe de mi amor. Tres meses hace que me devora esta pasion; tres meses hace que no vivo sino en la presencia de V., y... no puedo más. ¡Ámeme V., ámame, ó arráncame el corazon!....

El efecto que estas palabras produjeron en la jóven es indefinible. Se quedó como si un rayo hubiera caido á sus piés, y sintió que circulaba fuego por sus venas.

Cadenas la asió con violencia del vestido y trató de apoderarse de una de sus manos; pero este movimiento devolvió á Isabel toda la fuerza de accion que habia perdido y la llenó de la más profunda indignacion.

Como á un reptil asqueroso rechazó al hombre que tenía á su lado, y, sin dignarse concederle una sola palabra, con la dignidad de una reina ultrajada se dirigió en busca de su padre.

La marea estaba creciendo y el agua iba ganando terreno lentamente, y lentamente disminuia el espacio de la tierra; y sin que el cajero lo notase llegó el agua al sitio donde se hallaba.

La frialdad de sus piés le hizo volver en sí.

Se vió mojado y al punto se rehizo.

Isabel se hallaba ya reunida con su padre y hermanos; y observó Francisco que se disponian á emprender la marcha sin cuidarse de él.

Este marcado desaire faltaba para acabar de inflamarlo; y, ciego de ira y necesitando hacer sentir á algun objeto el ímpetu de su cólera, hizo trizas el pañuelo que tenía en la mano. Esparcidos sobre la playa quedaron los pedazos, y este desahogo aplacó por lo pronto sus irritadas pasiones.

Vió su juego perdido.

Conoció toda la fuerza de la indignacion despertada en aquel alma pura.

Conoció todo lo que él habia perdido para con la mujer que tanto trabajo se tomara en conquistar.

Conoció la falsa y violenta posicion en que por su propia imprudencia se habia colocado; su poca prevision en entregarse tan por completo á merced de una persona que podia perderlo si así lo queria, y al punto determinó la línea de conducta que le convenia adoptar en tan apuradas circunstancias.

Era un hombre dotado de una imaginacion fecunda en recursos, que, con sola una ojeada, medía la más complicada situacion, y que descubria instantáneamente los medios más eficaces y oportunos para zanjar toda especie de dificultades.

Audaz y determinado, formó de una vez su resolucion, y, dueño por completo de sí, cual si ningun efecto le hubiera hecho la escena que acababa de pasar, fué á reunirse con Isabel.

Apoyada la jóven en el brazo de su padre, habia ya emprendido la marcha de vuelta; pero, caminando ámbos lentamente, tuvo el cajero tiempo de reunírseles ántes de que hubieran adelantado mucho terreno.

Advertida Isabel de su proximidad por el ruido de sus pasos, un subido carmin coloreó sus mejillas, aun ántes de que Francisco se hiciera visible; pero, dominándose al verle cerca de sí, le miró con profundo desden y continuó en silencio su camino.

Cadenas en tanto aparentaba la más completa indiferencia, y, al parecer desentendiéndose de todo lo que acababa de pasar entre ellos, emprendió una animada conversacion con el anciano, y, esforzándose como nunca, lució hasta el extremo los recursos que sabía sacar de su fino trato.

Era tan notable su talento, sabía sacar tan buen partido de él, poseia tan perfectamente el arte de promover con los que hablaba las conversaciones que más pudieran interesarles, que rara vez dejaba de inspirar admiracion en aquellos á quienes deseaba agradar; y, hábil como nunca en este dia para congraciarse con el militar, lo consiguió por completo.

Parecia saber tanto de milicia como el mismo Aguilera: parecia entender tanto como él de batallas, ataques, defensas y sitios, y serle todo esto tan familiar como los detalles de la vida mercantil.

Gerona, Bailén, la Albuera.... de todos estos lances de guerra hablaba cual si en todos ellos se hubiera encontrado, y cual si las balas del enemigo

hubieran silbado sobre su cabeza como sobre la del veterano; parecia hallarse Francisco en su elemento al ocuparse de las glorias de las armas españolas.... y, en verdad, poseido tan íntimamente como él sabía hacerlo del objeto que le preocupaba, no era posible dejara en cualquier ocasion (tratara del objeto que fuera) de producir el objeto que se proponia.

Siempre predispuesto á su favor el anciano militar, ahora quedó encantado de él como nunca.

Y los niños juntamente como él, colmados de atenciones por el hombre que sabía con tanta facilidad acomodarse, segun su antojo, á todas las condiciones, edades y gustos, se manifestaron no ménos satisfechos.

Sólo Isabel, concentrada en la profunda indignacion que la poseia, era la que dejaba de participar de estos sentimientos; abstraída y silenciosa, como si no escuchara los discursos sostenidos á su lado, ni viera los cuidados prodigados á las personas á quienes tan tiernamente amaba, tenaz se resistió á desplegar los labios en lo que duró su excursion á pié, y hasta que se metieron todos en el carruaje; en el cual rápidamente volvieron á la casa de D. Álvaro, á la casa del marido, donde la jóven apénas hubo entrado corrió á encerrarse en

su tocador; y, una vez allí, oculta de todos los ojos, se arrojó sobre el sofá de badana y desahogó el peso de su indignacion en un torrente de lágrimas.

¡Lágrimas de vergüenza y despecho, lágrimas de hiel que arranca el pensamiento de la humillacion!...

Sumergida la cabeza en el humilde sofá en raudales corrian estas lágrimas, acompañadas de profundos sollozos, como si el corazón de Isabel se le fuera á salir del pecho.

—Lo merezco, dijo al fin levantando la cabeza y alzando los ojos al cielo; lo merezco, Dios mio, y por eso me humillas tanto...

Y, atormentada por este pensamiento, volvió de nuevo la pobre mujer á llorar amargamente.

Los dioses lares la miraban compadecidos de su extremo rigor consigo misma, y, tiernos siempre con ella, le mostraron tan grande benevolencia que lograron al fin templar la amargura de sus pensamientos.

Algun tanto tranquila, pudo formar ilacion de estas ideas atormentadoras, pudo meditar despacio en la situacion en que se veia colocada, sondear y medir los diversos sentimientos que agitaban su

alma, y calcular cuál debería ser su proceder en posición tan violenta.

Su corazón virtuoso le prohibía buscar una reparación del ultraje, é inexorable y severo le imponía la dura pena de sofocar en las profundidades de su alma el insulto recibido, y ahogar bajo el peso enorme de la alarmada conciencia, todo género de resentimientos y justa indignación.

Misterios del corazón aún puro; misterios incomprensibles para el corazón viciado. Lo que no es más que un hálito para el alma corrompida, se convierte en huracán espantoso para el alma virtuosa; lo que no es más que un arroyo para el uno, se transforma en Océano inmenso para el otro; lo que no es sino una débil y casi indistinguible sombra para el espíritu encenegado en el vicio, se trueca en fantasma aterrador para el espíritu, todavía vírgen del pecado....

Lo que por esa virtuosa mujer pasaba era bien pequeño; pero ella le daba gigantescas proporciones, siguiendo la inspiración de su alarmada conciencia que, déspota, se abrogaba el derecho de inculparla.

Y, obediente Isabel á su dictámen, ahogó de una vez la deseada expansión de su corazón, so-

focó toda señal exterior del sentimiento despertado en su alma por la declaracion del cajero, y, resuelta á no comunicar á nadie lo que entre ellos habia pasado, y más que nada decidida á hacer frente por sí sola y á conducirse segun el mismo Francisco se conducia... dueña, en fin, por completo de sí, se dirigió en breve á reunirse con su familia en el comedor.

Encendidas sus mejillas y más que nunca brillantes sus ojos, jamás habia aparecido tan radiante su privilegiada hermosura.

Los ojos de Cadenas se inflamaron súbitamente, y, aunque al soslayo, la miró con avidez y se mordió los labios con rabia.

Impaciente D. Álvaro porque le habia hecho esperar, y displicente la reprendió por su tardanza, y Gonzalo Figueras, que jugaba con los niños, á su entrada en el comedor suspendió su entretenimiento para hacerle el recibimiento más amistoso.

Ignoro por qué siempre ha de ser incluida la hipocresía en el número de las cualidades malas.

Ignoro por qué no ha de haber cierta distincion entre las diversas especies de hipocresía que encierra el corazon humano.

Ignoro por qué la hipocresía (no tiene otro nombre) desplegada por la mujer en tantas ocasiones de su vida, haya de ser mal apreciada, y no haya de ser admitida en el número de las virtudes, si la mejor entre las mujeres es en cierto sentido la más hipócrita.

No porque finja el bien, sin sentirlo; no porque quiera aparecer mejor de lo que es, sino por la faz tan diferente á la verdadera que se ve continuamente en un sentido ú otro obligada á presentar... Faz que presenta unas veces impulsada por los sentimientos del deber, otras por los de la consideracion, otras por los del amor, otras por los de la dignidad del sexo, sin que haya ojos bastante suspicaces para descubrir en la sonrisa de una boca, ó en la cadencia de la palabra, la sangre que esta sonrisa ó esta palabra hacen á veces brotar en el corazon.

¡Quién comprender podria entónces lo que pasaba por Isabel!

¡Quién adivinar podria el destrozo de su corazon, al mostrarse durante la comida, como nunca ántes en su vida, feliz y placentera!

¡Quién traducir podria en las alegres imágenes que de su boca salian, en las festivas sonrisas que á estas palabras acompañaban, la sangre, los sen-

timientos que brotaban de su corazon lastimado!

Colocada á la misma altura que el cajero, lanzada al mismo terreno en que él se habia refugiado, se desafiaron con las mismas armas y ninguno quedó vencido.



## CAPÍTULO VIII.

---

Algunos dias habian pasado desde lo ocurrido en el capítulo anterior; y, sosteniéndose firme Francisco Cadenas en la posicion que habia tomado, parecia cual si por completo se hubiera olvidado de aquella escena; y, hasta tal punto, que habia conseguido por su astúcia disminuir la intensidad de su recuerdo en la misma Isabel, y confundirla no poco respecto á si la declaracion escuchada con tanto desprecio, habia sido una realidad ó meramente una ilusion de sus sentidos.

Se mostraba tan respetuoso, tan deferente y comedido; tan natural siempre en su presencia, que la inocente se esforzaba en balde por analizar los sentimientos que lo animaban; y, aunque su delicadeza alarmada cuidaba continuamente de estar en guardia, no era posible, sin embargo, que tan bien

estudiado proceder dejase de hacer su debido efecto, y que, como consecuencia, algo extinguidos los celos, se sintiera otra vez en aquel puesto de donde, en los primeros momentos de la impresion causada por Francisco, parecia haberla derribado su propia severidad.

Una mañana temprano se hallaba sola en el gabinete sentada cerca del balcon, donde la presenté en otra ocasion; balcon elevado desde donde se veia la calle y se distinguia el mar.

Reflejaba el sol en las aguas y en varios botes que cruzaban por la bahía; su luz sobre las torres de las casas contíguas y la cúpula de una iglesia que hacía frente á la casa de Isabel, las hacía brillar como oro puro.

Penetraba un rayo hasta el interior de la habitacion y desaparecia en un retrato colocado en uno de los frentes del gabinete; Isabel lo contemplaba absorta.

Era el retrato de una jóven de figura la más interesante que imaginarse puede, con ojos azules, de belleza tan extraordinaria, que aún en el lienzo fascinaban á cuantos fijaban la vista en ellos. Isabel sentia esta fascinacion, cuando fué interrumpida por la entrada de Gonzalo Figueras.

Sobrecogida al parecer por esta inesperada visita se sonrojó, y en acentos algo agitados dirigió al jóven un saludo.

Gonzalo por su parte experimentó la misma sensacion que ella, porque no esperaba encontrarla, y le contestó tambien un poco alterado; pero, reponiéndose ámbos inmediatamente, trataron de mostrarse á cual más indiferente.

—No esperaba tan temprana visita, dijo Isabel en tono casi chancero.

—Ni era mi objeto hacerla, contestó el jóven Figueras.

—Bien á la vista ha estado, exclamó la mujer de Montoya con la misma expresion de confianza.

—Buscaba... dijo Gonzalo.

—¿A quién? preguntó Isabel.

—El retrato de mi madre, contestó el jóven.

Isabel volvió á sonreirse, y bajó confusa la vista sin atreverse á aventurar una respuesta.

—El retrato de mi madre, repitió Gonzalo, de esa madre, á quien dicen que tanto me parezco: esa pobre madre, cuya juventud fué tan desgraciada como lo ha sido la mia; añadió con un profundo suspiro.

—Ha sido, sí, interrumpió Isabel; pero media

una distancia inmensa entre lo que fué y lo que es; entre el pasado y el presente.

—No es eso tan exacto, señora, contestó el jóven con amargura: cuando los males presentes son acaso mayores que los pasados, la vida se hace insoportable.

Isabel le contempló con el mayor asombro.

Llena siempre de compasion por el que sufre, llena de simpatía hácia los sentimientos excitados en aquel corazon tan vehemente, iba á prestarle generosa el bálsamo de su consuelo; iba á derramar benéfica los tesoros todos de su compasion: de esa cualidad sublime de la mujer, la única á que espontáneamente y con toda libertad le es permitido entregarse, cuando la imponente voz de su alarmada conciencia la detuvo, é inflexible le hizo contener su efusion.

Inclinada la cabeza sobre el pecho, fijos los ojos en el suelo, indiferente en la apariencia á todo sentimiento, se mostró Isabel tan inmóvil en el alma, cual lo aparecia en el cuerpo, y en balde esperó Gonzalo una palabra de consuelo ó simpatía.

—Señora, dijo al fin, la importuno con mis sentimientos: soy bien imprudente.

—Más lo soy yo, contestó Isabel aún con la

cabeza baja, en permanecer aquí, puesto que V. desea encontrarse solo.

—¡Ah! no lo crea V. La soledad me aterra, porque deja que se apoderen de mí los pensamientos que me atormentan el alma: y lo que quiero es huir de ellos y de mí mismo.

—Pero, Gonzalo, exclamó Isabel tratando de conciliar su razon con su sentimiento y de decir algo correspondiente á las circunstancias de que parecia el jóven quererla hacer partícipe, y esforzándose al mismo tiempo por manifestarse lo más indiferente posible; ¿no me ha dicho V. repetidas veces que desde su instalacion en esta casa se hallaba tan completamente feliz que no aspiraba á otra cosa más que á la continuacion de su presente ventura? ¿No me ha repetido veinte veces que al volver á poner aquí los piés lo hizo con el corazon oprimido, la esperanza muerta en el pecho, y el pecho y el espíritu atormentados de mil penosos pensamientos, semejantes á los que preocupan al preso en su camino á la cárcel, y que despues, despierto á las ventajas de su posicion, á la luz de la razon, al conocimiento de todos los bienes reales y verdaderos que habia adquirido, habian desaparecido por completo todos los temores siniestros que ántes lo combatian y tan desgraciado porvenir le presentaban?

—Cierto, dijo Gonzalo; cierto que todo eso he dicho y mucho más. Todo eso he sentido y á la vista de todos ha estado la ventura en que rebo-saba mi alma, trabajada casi desde la infancia por el dolor; pero, señora, añadió con un penoso esfuerzo clavando sus ojos fascinadores en el rostro tan apacible en la apariencia de Isabel, y concen-trando todo el fuego de su alma ardiente en la más apasionada mirada; señora, repitió, he jugado con fuego y me siento arder.

El rayo del sol que jugueteaba en el retrato de la madre de Gonzalo, caia ahora sobre la cabeza de Isabel, y, aumentado por su efecto el dorado del ca-bello, la pureza de la frente, y el brillo de los ojos encantadores, cegó esta vision tan por completo la razon del jóven Figueras, que sabe Dios adónde le hubiera conducido aquella impresion, si en aquel momento la voz de los niños no hubiera á tiempo interrumpido sus arriesgadas consecuencias. Voces del cielo enviadas, voces de ángeles cuyos acentos inocentes interrumpieron aquella escena tan pe-ligrosa; y, cual si trasformados en querubines se hubieran presentado los niños que voceaban, así fué el efecto que su presencia produjo en Isabel.

Se refugió en sus brazos, los colmó de caricias,

los bendijo con todo su corazon, y luégo, cediendo en la apariencia á sus instancias, pero en la realidad obedeciendo á la alarma nuevamente despertada en su pecho, se alejó del gabinete, se refugió en el santuario de su tocador, dejando á Gonzalo avergonzado de lo que se habia atrevido á profesar, y presa de un tumulto de pensamientos que bullian en su mente.

La siguió con la vista hasta que desapareció, y, dejándose entónces caer sobre el asiento mismo que habia ella abandonado, concentró sus miradas en el retrato de su madre.

El corazon del jóven necesitaba un desahogo.  
Hacía dias que sufría atrozmente.

Hacía dias que ardia en su pecho una hoguera devoradora.

Hacía dias que en balde luchaban las potencias todas de su razon, por apagar la llama que voraz lo consumia; y en aquella mañana la imágen pura de su madre como espíritu amonestador se habia cruzado por delante.

El ángel bueno se habia presentado piadoso; y, solícito el jóven por aprovecharse de la tierna amonestacion, habia corrido presuroso para valerse de ella, cuando la intervencion maldita del espíritu

del mal puso por delante la tentacion en aquel encuentro desgraciado.

Sin embargo, salvado el jóven de su locura al punto mismo de cometerla; salvado en el momento de pasar el Rubicon, por la mediacion milagrosa de aquellas inocentes criaturas, una vez que se encontró salvo en la ribera, de nuevo se apoderó de él el ángel de la misericordia, y tierno le condujo á la contemplacion de aquella suave imágen, cuyo puro recuerdo deberia servirle de resguardo contra la tentacion.

Gonzalo, pues, concentró su mente, su corazon, su vida, en la contemplacion del retrato de su madre; y tal fué la ilusion de sus sentidos, que creyó ver brillar los ojos del retrato, moverse los labios, latir el pecho y extenderse los brazos hácia él, cual si la madre comprendiera lo que su hijo le pedia.

— Madre mia, dijo cayendo de rodillas y extendiendo las manos como fuera de sí en direccion de la pintura; madre mia, ten compasion de tu pobre hijo y sálvale de perder el juicio. Sálvale de sus propios pensamientos, y eleva á Dios una súplica de piedad por el que no tiene fuerzas suficientes por sí para consumir su grande sacrificio... ¡La amo, mi Dios!... dijo aún de rodillas.

¡La amo con toda la pureza de la juventud, con todo el ardor de la más exaltada pasión!... Espíritu celeste, espíritu soñado, allá en las ilusiones de mi fantasía, imagen que jamás llegué á creer realizable, ángel puro de amor que he encontrado ya tarde para mi dicha, ¡ay, te adoro!... ¡y debo morir, añadió con desesperacion, ántes que decírtelo!... Madre mia, repitió de nuevo evocando la memoria tierna de aquella madre tan virtuosa; madre mia, derrama tu piadosa intercesion sobre mí, y hazme tan fuerte en la virtud como lo fuiste tú; sálvame de hollar los sentimientos sagrados del parentesco, los de la hospitalidad, los de la gratitud, los lazos del deber, los de la religion. Respete yo la propiedad ajena, añadió; sea mudo mi labio á la voz de la pasión, y jamás el más ligero hálito de este corazón, ya tan culpable, empañe el alma vírgen de esa mujer tan pura... ¡Dios mio! exclamó recapacitando en las palabras que habia osado proferir; he estado á punto de descubrir esta pasión tan criminal, á punto he estado de derramar en su puro oído la voz sensual de un sentimiento tan culpable!... Sólo una intervencion milagrosa me ha salvado, y sólo el poder de Dios me puede libertar de la repeticion de semejante ofensa, y la sombra sagrada de

tu virtuosa memoria separarme del precipicio á donde mi alma obcecada quiere lanzarse. ¡Piedad, piedad, Dios mio! exclamó con aumentado delirio; si la razon me llega á faltar. Pero no, prorumpió de repente sobreponiéndose á su excitacion; no, repitió con entereza, no será así jamás. La voz del deber dispondrá de mí, la voz de la conciencia me prescribirá su ley, y sumiso á su dictámen las habré siempre de acatar. Lo juro una y mil veces por el recuerdo de mi amada madre, por la memoria sagrada de mi padre; y ese Dios que me escucha, y que mi juramento escribe en su sagrado libro, sabrá concederme la fuerza necesaria para cumplirlo.

Se levantó del suelo más tranquilo.

Su corazon sufría, pero no luchaba; y, dueño ya de sí mismo, dirigió los pasos á su propia habitacion; y, en la regeneracion que habia sufrido, en la fuerza de su entusiasmo por el martirio que heróico se imponia, se desahogó del peso que oprimia su pecho, entregándose á las imágenes de su fecunda imaginacion.

Imágenes atormentadoras, imágenes dolorosas que, esculpidas en la mente, trazadas en el corazon con caractéres de fuego, débilmente bos-

queja la pluma esforzándose en vano por interpretar en toda su extension y verdad la lucha de los sentimientos. Estas imágenes empañaban de tal manera la vista del jóven, que cual sobre un paño negro creía ver impresos los conceptos que escribía.

Eran lágrimas que de vez en cuando le enturbiaban los ojos.

Alma ardiente, llena de fuego y entusiasmo, amaba con todas las potencias del alma vírgen y nueva en la pasion.

Alma pura é ignorante del riesgo que corria, habia jugado incauta con fuego, y víctima era de sus voraces llamas.

Alma poética llena de ilusion y de idealismo, que se encontró ya tarde con un alma semejante á la suya; y alma encerrada en una mujer que sufría la misma sed que al jóven devoraba.

Sed ardiente que tiene, sin embargo, que huir del agua, porque para ella toda el agua es veneno; sed de amor que el deber, el honor, los sentimientos más sagrados prohiben por todos estilos satisfacer.

Pero Gonzalo, á pesar de su pasion, era hombre, y, pasados los primeros momentos de la expansion á que se habia entregado, adquirió de

nuevo la fuerza que era natural: la fuerza varonil y los elementos de que el hombre dispone para sufrir ménos que la mujer en todos los casos de la vida.

No así Isabel, débil mujer privada de las forzosas obligaciones que tantos medios de satisfaccion proporcionan: ella, concretada puramente á la vida interior del corazon, á sentir, á sufrir y á sacrificarse, vió un abismo á sus piés abierto y no pudo hacer otra cosa que llenarlo de suspiros y de lágrimas.

Despierta harto temprano al sentimiento que jamás debería haber conocido para que le fuera ménos pesada la cruz que con tan admirable denuedo se habia propuesto sobrellevar, desde el momento de encontrarse con Gonzalo, habia creído ver descender del cielo una vision etérea.

Resumidos en aquel tipo materializado todos sus ensueños de doncella, las ilusiones más lisonjeras de su mente, cual la primera sonrisa que ilumina la faz de la inocencia, así la presencia del jóven Figueras habia aparecido como una luz para iluminar su corazon. Luz derramada sobre el alma vírgen de Isabel desde el momento de divisarla, se sabe bien cuán grandes habian sido sus

esfuerzos por alejarla de sí, y no se la debe por consiguiente acriminar, si á pesar de sus afa-  
nes ardia aún inextinguible aquella hoguera tan  
súbitamente encendida, y si el conocimiento de la  
correspondencia de esa llama contribuia y no poco  
á aumentarla.

¿Quién podia desentenderse de aquellas pala-  
bras arrancadas del fondo del alma de Gonzalo?

¿Quién podia desentenderse del significado de  
aquella mirada tan apasionada, y quién podia ha-  
cerse insensible á ella?

¡Me ama! habia dicho el corazon enamorado  
de Isabel.

¡Me ama!... y su alma, extasiada un momen-  
to, se habia atrevido á llorar de alegría; pero  
presto, contemplando el abismo abierto á sus piés,  
y midiendo su inmensa profundidad, no vió frente  
á sí más que la agonía del dolor, y sus lágrimas  
de alegría fueron trocadas por lágrimas de amar-  
gura.

¡Y esta era la misma mujer, á quien tan pro-  
fundamente indignara el conocimiento de la pa-  
sion despertada en el pecho del cajero!

¡Esta era la misma mujer que tan humillada  
se sintiera ante la declaracion de aquel amor, y

que descubria ahora pensamientos tan distintos!

Pero habia esta diferencia entre las dos pasiones: que la una habia sido juzgada por la fria y desapasionada razon, en tanto que en la otra, por desgracia, el corazon estaba interesado: de ahí el que los resultados fueran tan distintos.

Los niños la habian notado tan demudada que habian huido de su presencia; y, sola Isabel al tiempo mismo que Gonzalo evocaba la intervencion de su madre para que le salvara de la pasion que lo dominaba, imploraba ella tambien una intercesion poderosa para que la salvara de lo mismo.

Unidos sus votos, y empleadas tal vez las mismas frases por ámbos, á un tiempo, sin duda, subió al cielo la invocacion de cada cual; y tal fué el efecto de la oracion en Isabel, tal la victoria que sobre sí misma ganó, que, tranquila y serena, pasó el resto del dia, y cuando llegó la noche, pudo caer de rodillas á los piés de las camas de sus hermanos, mirarlos risueña y placentera como en los dias en que se resolvió á sacrificarse por ellos, y besar sus inocentes frentes, sin pensamiento alguno bochornoso.

## CAPÍTULO IX.

---

— Madre mia, ¿no ve V. ese sol tan pálido, ese cielo tan brumoso, esa atmósfera tan cargada que presagia tanto mal? le decia un dia el lirio blanco á su madre en tanto que, sentadas ámbas en su humilde salita, se entregaban á la labor, que rara vez se hallaba fuera de sus manos; ¿y no la ahoga á V. un cielo tan encapotado? ¿No le oprime el corazon, no le disminuye la vida? añadió ahogándose la pobre niña con la opresion, que hacía levantar con violencia el vestido que cubria su delicado seno. A mí me mata, añadió en seguida.

— ¿Sufres mucho, vida mia? preguntó Magdalena fijando los ojos con ternura en la desgraciada criatura.

— No lo puedo expresar. Un ahogo, una opresion, una inquietud al mismo tiempo, cual si me

faltara el sol, el aire, el alimento y el sueño. Esto es lo que tengo, dijo cruzando los brazos sobre el pecho. ¡Esto es lo que tengo, y... ¡me voy á morir!

La madre la miró con el mayor desconsuelo; pero nada le dijo.

—¡Me ahogo! dijo la doliente niña. ¡Me ahogo! repitió, lanzándose, á pesar de su debilidad, con fuerzas sobrenaturales hácia la ventana y esforzándose por arbrirla. ¡Aire, aire, que me muero!

Magdalena la siguió en sus movimientos y abrió de par en par los cristales del balcon.

Elena extendió los brazos al cielo y abrió la boca para aspirar más de lleno el aire tan apetecido.

Estaba tan pálida, y era tan delicada y vaporosa su apariencia, que cualquiera hubiera temido verla desvanecerse.

Tal vez así lo pensara su madre, porque como una paloma extiende sobre sus hijuelos las alas maternales, así extendió ella sobre el frágil cuerpo de su hija la proteccion de sus brazos amorosos.

La enlazó entre ellos, é imprimió un beso en la luciente cabellera; y, aliviada la pobre niña con el ambiente que habia aspirado, volvió más tran-

quila á ocupar su puesto, y entregarse otra vez á su labor.

Entre tanto no separaba la viuda su vista de ella; y, adivinando todo lo que por su espíritu pasaba, leyendo como en un libro los sentimientos de su inocente corazón, no veía más que una imágen grabada que por completo absorbía el sér de Elena.

Tan débil en el cuerpo como en el alma, tan tierna en lo físico como en lo moral, tan incapaz del más mínimo esfuerzo para sacudirse de los males del alma, como su naturaleza lo era para sacudir los del cuerpo, la pobre niña, lirio blanco, doliente, gemía falta de fuerzas para luchar consigo misma.

Días hacía que inclinada la cabeza sobre el pecho, cual la inclina la flor sobre su tallo, en balde se buscaba el modo de hacerle erguir la dolorida frente, falta del sol cuyos rayos vivificaban su sér, del jugo que ayudaba á sostener su vida.

Con ella sufría su tierna madre; más aún; porque, como se sabe, se creía delincuente de la presente infelicidad de su hija, y en vano ponía en juego la fuente inagotable de su ternura para aliviarla del peso que la oprimía; pero ¿qué recurso le quedaba?

Falta de todos los medios para cortar el mal en su principio, falta de egoismo para sobreponer su afecto de madre á los sentimientos de la amistad y de la benevolencia, la dureza de su desnaturalizado hijo, y la tierna consideracion que siguió otorgando á Gonzalo, no habian servido más que para aumentar el cúmulo de sus pesares.

Triste, meditabunda, por efecto de la creciente melancolía de su hija, no separaba de ella la vista, y bebia con amargura los sufrimientos engendrados en el corazon de aquella criatura más amada por ella que ninguna otra cosa del mundo.

La veia inquieta, sin sosiego, y cual si esperase la llegada de alguno, agitada por el menor ruido y cobrecogida cada vez que sonaba la campanilla de la casa ó creia percibir el sonido de pasos en la escalera.

Sin fuerzas para dominar sus sensaciones re-tratadas en su fisonomía, en sus actitudes y en sus movimientos, no era difícil adivinar la causa de su invencible malestar.

Hacía ocho dias que Elena no habia visto á Gonzalo; y, siendo su felicidad verle, áun cuando no fuera más que media hora todos los dias, la inexplicable ausencia del jóven que desde su ins-

talacion en la casa de su tio no habia dejado pasar un solo sol sobre su cabeza sin visitar á la familia que consideraba como suya, la habia puesto en aquel estado de afficcion.

En balde se situaba la pobre en la ventana un dia träs otro para divisarle desde léjos; en balde rogaba á Dios se lo trajese; en balde humedecia de noche con sus lágrimas su almohada y de dia su labor. Gonzalo no parecia; y ocho dias se habian pasado de esta suerte; ocho dias que habian casi agotado el débil soplo de vida que sostenia el cuerpo de la niña enferma.

Se estaba muriendo.

Cadáver casi en la lividez de su rostro, y ángel del Señor ya en el lustre de sus ojos melancólicos y la expresion seráfica de su fisonomía, semejante á la idea que nos formamos de los elegidos para el cielo... era evidente que, como el lirio del valle, impotente para resistir el azote de rudo vendaval, el azote del sufrimiento iba á acabar con la vida del lirio blanco.

Su madre lo conocia, y con la muerte en el corazon aspiraba con avaro cariño las últimas dulzuras del amor maternal.

Su corazon en los ojos, en los labios, en las palabras todas que de su boca salian, todo su sér

concentrado en su hija, sus afectos y pensamientos reunidos, se vertian sobre un solo foco.

—Acuéstate un poco, ángel mio, dijo al fin la madre, notando por momentos mayor decaimiento en el semblante de Elena; acuéstate y el descanso te aliviará.

Dócil la niña, se recostó sobre el sofá; y en breve, cediendo á una invencible languidez, un sueño pesado le cerró misericordioso los cargados párpados.

Magdalena se sentó á su lado y la contempló con el mayor dolor.

—¡Qué niña es y ya con cuántas penas!

Aniquilada por la enfermedad que cruel minaba su seno, aniquilada más aún todavía por los dias de sufrimiento que tantos estragos habian hecho en su naturaleza, parecia más que nunca infantil y angelical su suave y melancólico rostro, tranquilo ahora por efecto del descanso.

Cruzadas las manos sobre el pecho, su misma postura contribuia á asemejarla á alguna imágen sagrada, ó á un ángel lanzado al mundo, que en su tranquilo sueño surcaba dichoso la region donde moran los espíritus de los perfectos.

Y tal vez aumentada por este mismo aspecto sobrenatural la alarma de la madre, llena de temor

contemplaba á su hija desgraciada, sin distraerse de su contemplacion, hasta que un golpe que sonó en la puerta la obligó al fin á abandonar su triste distraccion para dar entrada al que la solicitaba, que no era otro que nuestro amigo D. German del Castillo.

¡Don German del Castillo! la visita más oportuna que podia haberse presentado, y cuya aparicion fué saludada por Magdalena con el mayor placer, en medio del pesar que affigia su corazon y de la sorpresa que no podia ménos de causarle esta oportuna presentacion.

Verdad es que el magnetismo especial concedido á la benevolencia, para acudir adonde más falta hace, forma cierta ligazon misteriosa entre el desgraciado y el que se ocupa de él, que muy frecuentemente opera casos semejantes á éste. Nada debe, pues, extrañarse lo bien acogida que fué la visita del amigo de la viuda, en una ocasion en que deseaba ella desahogar el peso que oprimia su corazon, y conocia que con nadie mejor que con él lo podia hacer.

Informado D. German del sueño de Elena, en silencio y de puntillas siguió á su amiga á la salita donde dormia; y allí sentados ámbos, ántes de

decirse palabra, la contemplaron juntamente; la madre esperanzada, en medio de su temor, de que el reposo de que estaba disfrutando le comunicaria algun alivio, y D. German sorprendido de la notable variacion que descubria en la pobre niña.

Examinados con interés los estragos tan visibles del mal, no necesitó la madre hablar para que su visita conociera que el lirio blanco se estaba muriendo; y á su vez contemplando él á la viuda con el más sincero dolor, no necesitó ella tampoco de palabras para comprender lo que por él pasaba.

—Pero ¿cómo ha sido esto? exclamó al fin don German profundamente conmovido y midiendo en toda su extension los sentimientos maternales puestos á prueba. No hace ocho dias que la ví... tan diferente... que no parece la misma...

—Ocho dias que han pasado para matarla, fué la contestacion de la madre.

Temerosa de perturbar el descanso de la dormida niña, le pareció mejor continuar la conversacion donde pudiera hacerlo con toda libertad; y, acompañada de D. German, pasó á una habitacion inmediata, desde la cual podia ver á Elena, y al mismo tiempo no estorbar la placidez de su tranquilo sueño.

Era este cuarto el dormitorio de la viuda: un

cuarto pequeño, alhajado con grande humildad, ostentando únicamente (aparte de lo absolutamente necesario) el símbolo de nuestra sacrosanta religion colocado en un tosco altar de madera: se asemejaba á la celda de una religiosa.

Aproximado el corazon á Dios por la desgracia, y elevado el espíritu por el sufrimiento sobre todas las pasiones mundanas, el corazon y el espíritu de Magdalena se hallaban ligados al mundo por el frágil hilo que estaba próximo á romperse.

Vivia, pues, más con Dios que con los hombres, y no debe, por consiguiente, extrañarse el carácter impreso en todo cuanto le pertenecía.

Allí instalada con su amigo, ó mejor dicho, con su discípulo que tan grandemente habia sabido aprovecharse de sus lecciones, entró en materia.

Le contó á D. German toda la historia del corazon de su hija; la culpa que le correspondia por haberle dado á conocer el gusano roedor que habia de chuparle el jugo, el aislamiento del sentimiento despertado en el corazon de Elena, la ignorancia de él en que estaba el mismo Gonzalo, la pobre estimacion que habria de hacer de este afecto engendrado sin su anuencia y los efectos lamentables de la inexplicable ausen-

cia que tan funestos resultados prometia tener.

—Y era feliz mi pobre hija, fueron las últimas palabras de la madre, con verle sólo por media hora todos los dias. Se contentaba con eso, y no aspiraba á otra cosa. En el principio de la separacion pasaba el ángel mio los dias enteros sumergida en la más honda tristeza, echando de ménos la constante presencia de aquel á quien, sin conocerlo, amaba tan entrañablemente, sin saber qué hacerse sin él; gradualmente habituada despues á la privacion, llegó á consolarse con el rato que le veia. Pero, privada hasta de eso, German, exclamó la madre con desconsuelo, la voy á ver morir ante mis ojos, sin tener medios de salvarla: la voy á ver morir como he visto morir á los demás; y con doble dolor, porque no es la voluntad de Dios quien me la quita, sino mi propia irreflexion.

Don German no se atrevia á mirar á la viuda; contemplaba meditabundo el extremo de su baston, y trazaba con la contera signos cabalísticos en el suelo.

—Yo no culpo á Gonzalo, prosiguió diciendo la madre; ninguna culpa puedo atribuir al que ningun esfuerzo ha hecho por engendrar el sentimiento que ha despertado. ¿Qué culpa en verdad

tiene el amado como hermano, si se ha equivocado este amor por el de amante?

Meditabundo D. German, con la vista fija en el suelo y ocupado todavía en sus signos cabalísticos, preguntó:

—¿Y está V. segura de que no la ama?

—Como á una hermana, se apresuró á contestar la viuda. Tierno y considerado con ella por compasion á su desventurada situacion, desde el momento de conocerla, la ha colmado de cariño y de cuidados; y todavía cuando viene, con la franca confianza de un hermano la sigue siempre tratando; pero esto, á pesar de que en la apariencia la vivifique, á pesar de que parezca á primera vista constituir toda la felicidad de que es susceptible esa pobre criatura, no es en la esencia sino un veneno lento que pausadamente va circulando por sus venas, y que al fin habrá de acabar con esa pobre niña.

—¿Y está V. segura, persistió D. German, alzando ahora sus ojos honrados y fijándolos en la viuda, de que Gonzalo no la ama más que como á una hermana? ¿Lo puede V. afirmar con toda seguridad?

—Todo ménos jurarlo, respondió la viuda.

—¡Elena es tan linda! prorumpió D. German,

volviendo otra vez á los signos cabalísticos: ¡es tan linda! continuó diciendo como para sí y dando un golpe en el suelo con su baston, que no lo puedo... y no lo quiero creer, añadió con energía.

Magdalena le miró con asombro, y sintió naciente placer, halagada por la esperanza que le presentaban; pero por lo mismo, deseosa de hallar un verdadero estímulo para ella, recordó los ocho dias que acababan de pasar, circunstancia tan opuesta al pensamiento que con tanto afan quisiera acoger.

Conocia bien, á lo ménos lo habia conocido hasta entónces, el estado del corazon de Gonzalo: sabía que ni un soplo del sentimiento que hubiera querido ver allí engendrado lo empañaba, y sin embargo, se asió de la idea de D. German como se ase á una tabla el que se ahoga.

—¿V.... lo cree? dijo con afan. ¿V. cree que Gonzalo tal vez la ame? agregó con medrosa timidez y en acentos balbucientes.

— Me parece casi imposible que no sea así, respondió el comerciante y la ausencia que tan mal efecto hace en V., tal vez no sea más que una prueba del sentimiento de que tanta desconfianza tiene.

—¡Y mi hija será salvada!... exclamó la pobre

madre con ojos húmedos, y radiante de alegría su todavía tan bello semblante: ¡y mi hija será salvada repitió cruzando las manos y elevándolas á la cruz que tenía delante: ¡gracias, Dios mio, por tanta merced!

Don German la contemplaba con el mayor interés, y se pasó la mano por los ojos.

—¡Caramba! dijo, dando otra vez con el baston en el suelo; ¡pues no estoy llorando como un chiquillo!

El tiempo se le hacía escaso para el gran propósito que le habia preocupado en tanto que la viuda le hablaba: el tiempo se hacía escaso para llevar á cabo el pensamiento que se le habia ocurrido; y, deseoso su activo corazon de acometer cuanto ántes la más noble empresa, terminó la visita con la brevedad posible.

Sus palabras habian de tal suerte consolado á la viuda, que, cual si con ellas hubiera recibido la vida de su hija, rebosó su corazon en la más profunda gratitud.

Las frases debilitan á veces el sentimiento, y un abrazo dijo más al amigo de lo que pudieran haber hecho los discursos mejor estudiados; abrazo devuelto por otro que encerraba toda la benevolencia de un corazon excelente y que

comunicó á la viuda las mismas esperanzas de que se hallaba henchido D. German.

Juntos salieron del dormitorio, y en silencio atravesaron la salita.

Aún dormía Elena, y ámbos la volvieron á contemplar con la misma atencion que ántes.

Jamás le habia parecido tan linda á D. German.

Jamás se habia sentido tan enternecido á la vista de una criatura dormida.

Jamás habia experimentado sentimientos tan semejantes á los de padre.

De puntillas, como habia entrado, volvió á salir del cuarto, y, cual si llevara alas en los piés, así bajó la escalera de la casa, atravesó el patio, y en segundos se encontró en la calle.

Atento al objeto en que meditaba, hubiera querido volar de una vez á su propuesto fin; pero de continuo interrumpidos sus pasos por los mendigos que le salian al encuentro y la infinidad de personas que lo paraban para dirigirle alguna palabra amistosa, serian ya cerca de las tres de la tarde cuando penetró en su morada y dirigió los pasos al escritorio.

Trabajaba aún en su carpeta el único dependiente que D. German tenía, y á la entrada de

éste se puso de pié, lleno de respeto y deferencia.

—Quieto, quieto, exclamó el principal, acompañando estas palabras de una caricia en el hombro del subalterno, la cual hizo latir el corazón de éste con la más viva gratitud. No hay que incomodarse, agregó con su usual afabilidad.

Este dependiente hubiera dado su vida por su principal; y su historia, una de las páginas más brillantes en la vida de su jefe, merece bien ocupar un pequeño lugar en esta narracion.

Colocado Antonio Rosales en el escritorio de D. German desde jóven, habia cometido hacía años una de esas faltas que en la carrera mercantil no pueden contar con indulgencia.

En un momento de locura, en uno de esos momentos de maldicion que suele tener el hombre en el curso de su vida, robó á su principal una crecida cantidad de dinero.

Robo doméstico, accion la más desleal del mundo y acreedora al más severo castigo en el que no habia recibido más que mercedes del hombre que ya en aquella época habia emprendido el negocio que formaba el objeto primordial de su vida; halló este delito, sin embargo, la más ejemplar conmiseracion.

—No soy clemente porque mi objeto sea, se ha-

bia dicho el hombre benévolo, encubrir el vicio y fomentar su crecimiento; sino porque pienso que una falta sola, sea de la clase que fuere, no basta para calificar á un hombre; porque creo que es mejor justicia la que previene y corrige, que no la que castiga: axioma maduramente reflexionado y admitido en el código humanitario de este hombre virtuoso y puesto en práctica de la manera más generosa en el caso de su dependiente, y que le valió una hoja más de oro en la historia de su vida.

Bien entendida al propio tiempo, en toda su extension la justicia de este código, cuidó de amonestar al jóven con severidad imponente, pintándole con los más terribles coloridos la enormidad de su delito; y, consumando su obra con el noble castigo de no retirarle su confianza y de conservarle, cual si nada hubiera pasado, en el puesto de que tan vil abuso habia hecho, consiguió la más cumplida recompensa.

El corazon de Rosales, no viciado aún, salió regenerado de tan generosa venganza, y el hombre que tal vez hubiera llegado á convertir en vicio lo que no fué sino la tentacion de un momento de locura, el hombre que tal vez estaba destinado á acabar sus dias con oprobio en una cárcel ó en un

patíbulo, por efecto de esta milagrosa intervencion fué desde aquella época un ejemplo de honradez y fidelidad.

¡Bienaventurada clemencia, bien entendida justicia!... ¡cuán benéficos resultados habia de producir la frecuencia de ejemplos de esta clase!...

Pero por desgracia, hay pocos D. Germanes en el mundo. Identificado estaba Antonio Rosales desde entónces con su principal, pero identificado como lo pudiera estar un perro, siempre humilde y obediente, á los piés de su amo dispuesto á sacrificarlo todo por él... Esta adhesion (la más grata recompensa para D. German) no era uno de los más débiles eslabones de la cadena de recuerdos buenos, que tanto contribuian á solazar su provechosa existencia.

Celoso siempre Rosales de todo lo que á su jefe atañia, estudioso de sus gustos, de sus deseos, de sus sentimientos y hasta de las variaciones de expresion de su fisonomía, no era posible que se le pasase por alto en este día, en que se ha hecho conocimiento con él, que algo preocupaba fuertemente el ánimo de D. German; pero, lleno como siempre de respeto y miramiento, tuvo buen cuidado de no propararse en lo más leve.

—Pluma y papel, habia dicho el comerciante despues que hubo acariciado el hombro de su dependiente; y, ocupando en seguida un banco inmediato al de Antonio se puso á escribir. Oblea, Antonio, dijo á los pocos segundos. Y ahora, añadió levantándose, llevarás esta carta inmediatamente á su destino.

Iniciado el dependiente en todo lo relativo á su jefe, sorprendióse no poco de ver la carta dirigida á Gonzalo Figueras en la casa de D. Álvaro Montoya; pero, mudo siempre para la expansion de sus propios sentimientos, y con una fe ciega en todo lo dispuesto por su principal, sin palabra ó gesto indicativo de su sorpresa, *in continenti* se puso en movimiento para cumplir su comision.

## CAPÍTULO X.

---

Pensativo y agitado D. German cuando desapareció su dependiente, principió á dar paseos por el escritorio, cual si la actividad de los movimientos tuviera la facultad de tranquilizar la inquietud del espíritu.

Más que nunca animada su fisonomía por cierta expresion celestial, superior á toda regularidad de facciones—sello infalible impreso en el rostro de los que se aproximan más en sus obras á las intenciones de Dios—se manifestaba casi sublime el hombre benévolo en estos momentos de agitación.

Trató unas cuantas veces de sentarse delante de su carpeta; pero, imposibilitado de dedicarse á nada en tanto que Antonio Rosales no volviera, desistió de su empeño, y, sin permitirse otra distrac-

cion que la de asomarse á cada momento á la ventana, pasó la media hora más larga que habia pasado en su vida.

Por fin, en uno de esos momentos en que aplastada su cara contra los cristales no parecia ni siquiera que tenía facciones, una sonrisa que dejó ver hasta el último hueso de su blanquísima dentadura, dió á conocer el término de su inquietud; y, ligero entónces (como si le hubieran quitado veinte años de encima, ó lo ménos tres arrobas de carne) corriendo al encuentro del dependiente lo vió acompañado de Gonzalo Figueras.

Mudo siempre Antonio, sumiso y rendido, esclavo jamás importuno ni imprudente, no bien compareció en el escritorio, volvió listo á ocupar su puesto en la carpeta; y, libres enteramente el principal y su jóven amigo, condujo el primero al último á su escritorio particular.

A pesar de la entereza de su carácter, manifestaba el jóven Figueras grande alteracion en su aspecto, en medio de sus esfuerzos por mostrarse sereno, lo cual indicaba claramente que nada bueno presagiaba del llamamiento á que con tanta exactitud habia acudido; sin embargo, ocultando en sus palabras los sentimientos que le combatian,



con forzada indiferencia preguntó á D. German qué tenía que mandarle.

—Ante todas cosas, dijo éste por respuesta, toma asiento.

El jóven obedeció la órden, ocupando una silla frente á la butaca del comerciante, y sin más preámbulos entabló D. German la conversacion.

—Gonzalo, fueron sus primeras palabras; tal vez te parecerá una impertinencia la pregunta que voy á dirigirte; tal vez te parecerá una libertad, que por ningun estilo me corresponde, y tal vez, lo que es peor que todo eso, me creerás un pobre viejo lelo, que no sabe lo que está diciendo; pero desearia, jóven amigo mio, que me contestases con toda claridad, si tu corazon es libre.

Si un rayo le hubiere caido encima, no hubiera sido mayor su efecto que la impresion de estas palabras en el jóven, que, cual si con ellas hubiera recibido un golpe de parálisis, permaneció por algunos segundos como petrificado en su asiento.

Rojo un momento, pálido al siguiente, bastante niño aún para conservar todavía mucha de la virginidad del corazon, creyó por un momento ver realizados sus más siniestros temores y descubierto el secreto que tan sagrado consideraba.

Morados sus ojos ahora , toda su alma se concentró en su mirada; y penetrante, leyendo en el fondo del corazon de D. German, se sintió reanimado al descubrir la ninguna malicia encerrada en la pregunta que le habia dirigido.

Tranquilo, pues, por este lado, y solamente sorprendido por no atinar con el objeto que la pregunta pudiera envolver, se preparaba á dar una contestacion ambígua, cuando de nuevo volvió don German á dirigirle la palabra.

—Tu fisonomía te ha descubierto, dijo. Esos colores, esa mirada todo me lo revelan, y no necesito que los labios lo corroboren. ¡Quién no ama á los veinte años! añadió.

Gonzalo estaba sobre ascuas, y parecia haber perdido el uso de la palabra.

Profundamente convencido D. German de que los sentimientos del jóven habian de corresponder en un todo á los deseos que animaban su propio corazon, pareciéndole imposible que los encantos del lirio blanco fuesen mal apreciados, volvió á dirigirse á Gonzalo, y á confundirle no poco con el tenor de sus palabras.

—Bien lo esperaba, dijo; y por cierto que no era posible fueses indiferente á la constante presencia, al constante trato de una criatura tan inte-

resante. ¡Tan linda, tan inocente, tan pura y tan desgraciada!...

Gonzalo creía soñar.

—Seguro estaba yo, continuó el comerciante, de que sólo un sentimiento de delicadeza te habia retraido hasta aquí de descubrir el estado de tu corazón: la situación tan delicada de esa criatura...

El jóven creía que D. German habia perdido el juicio... ó que era un adivino.

—La situación tan delicada de esa criatura, repitió, te habrá hecho sepultar en las profundidades de tu pecho el sentimiento en él nacido; pero, continuó diciendo con energía, correspondido tu amor, como jamás te podias imaginar, el deber más sagrado te obliga hoy ya á confesarlo. Todo sentimiento delicado, todo género de temor ó de obstáculo desaparece de una vez ante la imperiosa necesidad de devolver la vida á esa pobre desgraciada que se está muriendo de amor por tí... ¡Elena te ama!

—¡Elena! exclamó Gonzalo.

Don German le contempló con el mayor asombro, y examinó con atención las alteradas facciones del jóven, quien, despues de haber articulado el nombre de Elena con los acentos más llenos de tristeza, se habia quedado como anonadado y pre-

sa de la más profunda melancolía : inclinado su demudado rostro sobre el pecho, fijos los ojos en el suelo y cruzadas las manos sobre las rodillas, cual si le agobiara el más grande de los pesares y no tuviera fuerzas para luchar contra él.

Por fin, algo repuesto levantó la cabeza, y mirando á D. German de lleno, dijo que no lo podia creer...

— ¡Que no lo puedes creer ! contestó el comerciante; ¿que no puedes creer lo que mis propios sentidos han visto? ¿Lo que mis propios oidos han escuchado? ¿Lo que una madre, una madre, que todo lo sabe, que todo lo adivina, me ha asegurado? ¡Ah, Gonzalo! exclamó por primera vez despierto á la realidad; ¿conque es cierto lo que tan imposible me parecia? ¡No la amas!

— ¡No! fué la respuesta de Gonzalo.

— Y ella te ama, sin embargo, se apresuró á decir D. German; y se está muriendo de amor por tí. Te ha amado siempre sin saberlo la inocente criatura: te ha amado con ese amor concedido sólo á los ángeles, nada semejante al sentimiento creado en el pecho de los mortales; y como el valle, falto de luz, se marchita, así fenece ella privada de tu presencia. Ocho dias hace que no te ve...

—Ocho dias, interrumpió Gonzalo, como hablando para sí, que he estado fuera de mí; y no he tenido sentido para nada.

—Ocho dias, prosiguió diciendo el comerciante, sin prestar atencion á las palabras del jóven, que han bastado para asesinarla. La acabo de ver, y la he visto casi en la agonía.

—¡Dios mio! exclamó Gonzalo abrumado con el peso que le habia caido encima. ¡Dios mio, esto más! y ocultando el rostro entre las manos, un sollozo se escapó del fondo de su corazon.

Don German no tenía misericordia, y, lanzado ya en la arena, le contó cruel todo lo que de los labios de Magdalena habia sabido aquella mañana, celoso en la defensa de su causa, y clavando al jóven hasta el puño la daga con que le atravesaba el corazon.

—Plazo cumplido, deuda pagada, Gonzalo; fueron sus últimas palabras; justo es que la deuda de que tan acreedor eres á Magdalena, se la pagues y de la manera más ámplia. Justo es, que una vez que el destino ha puesto en tus manos los medios más eficaces para resarcirle el bien que de ella has recibido, justo es que de ellos te valgas para servir, no sólo á la causa de la gratitud, sino la del mismo deber en que todos estamos de con-

servar por todos los recursos á nuestro alcance la vida de nuestros semejantes; debes pensar, Gonzalo, que en faltar á estos deberes tan sagrados, faltas igualmente á todos los afectos más naturales del corazon. Dí: ¿no te mueven á compasion los sufrimientos de esa pobre niña? Dí: ¿no te mueven á amarla el candor y la inocencia de su alma pura? Dí: ¿no te mueve á llorarla el pensamiento de que tu desamor le causa la muerte?

—Se ama á una hermana con la mayor ternura, fué la respuesta del jóven; y se la ama tanto, que daría uno la vida por salvar la suya, como yo la mia por salvar la de Elena; pero, agregó con un esfuerzo doloroso, lo que de mí se exige es mucho más que la vida, es el corazon... que no es mio; añadió con amargura. ¡Ah! continuó diciendo, ¿por qué no lo he sabido ántes, y entónces nada de esto hubiera sucedido? ¿Por qué no me hicieron conocer el sentimiento á que tan ciego he sido? ¡Ah!... ¿por qué cuando aún estaba en tiempo no salvaron á Elena... y á mí tambien? Hubiera sido una misericordia entónces, miétras que ahora no es más que una maldicion: una maldicion, repitió, que me hace aparecer á mis ojos cual monstruo de ingratitud, deslealtad é iniquidad. Hollar los sentimientos más sagrados del corazon,

y hollarlos con pleno conocimiento de lo que hago. ¡Don German! añadió con vehemencia, éste es mi sino, y en balde busco fuerzas para contraestarlo.

Don German le interrumpió.

—Detente, dijo. No prosigas clamando de esa suerte contra la voluntad del destino; ni te escudes con su influjo para perseverar en tu obstinado propósito de negar tu asentimiento á lo que con tanta instancia te pido. Fuerte la voluntad humana, cuando así lo quiere, para someter á su ley las pasiones más violentas, la voluntad, Gonzalo, impera sobre todos los instintos, y á ella únicamente debes culpar si cruel rehusa salvar la vida de que puede disponer.

El jóven sufría horriblemente, y en balde imploraba con la expresion angustiosa de su semblante la clemencia de su juez: D. German continuó impertérrito de esta suerte:

—¿Habrás de ser víbora, Gonzalo, para el seno maternal que te abrigó en tu desgracia? ¿Te habrás de manifestar ingrato á todos los beneficios que de esa familia has recibido? ¿Inhumano habrás de ser y hasta cruel dando la muerte cuando en tu mano está el conceder la vida? Sería un crimen espantoso, Gonzalo, agregó, y no, no

lo puedo creer, que seas tú capaz de cometerlo. Los ojos de Gonzalo estaban llenos de lágrimas.

El comerciante continuó hablando.

—Poca cosa se te pide...

—¡Poca cosa! dijo para sí Gonzalo. Poca cosa: ¡el corazón!...

—Un sacrificio tal vez, prosiguió diciendo don German, tal vez sólo de meses. De meses, ¿me has oído? preguntó. Destruída y por tu causa, más aún que por el mal que mina en su seno, la naturaleza frágil de Elena, lo que de tí se pide no es sino un débil respiro para esa vida tan acabada; no es sino una débil oscilacion para esa moribunda luz, una débil oscilacion para que se prolongue un poco la existencia que harto temprano deberá terminar.

Las lágrimas que ántes llenaban los ojos de Gonzalo, corrieron ahora por sus mejillas.

—Amo á otra, fueron sus únicas palabras: ¡amo á otra y no puedo disponer de mí!...

Fueron sus acentos tan desgarradores, aunque al mismo tiempo tan decisivos, al articular estas palabras tan hostiles á las esperanzas y deseos del comerciante, que D. German conoció la inutilidad de insistir más sobre el asunto.

Fijó sus honrados ojos en el jóven con tan profundo disgusto que ni aun semejanza á su madre le encontró en aquel momento, y, deseoso de huir de la contemplacion de aquella criatura tan culpable á sus ojos, empezó á dar paseos por el cuarto, meditabundo y contristado.

A los pocos momentos imitó Gonzalo su ejemplo, y lentamente aproximándosele le dirigió la palabra.

—¡He disgustado á V.! dijo. No necesito que los labios me confirmen lo que tan á la vista está; pero justo es, D. German, que el que como V. debe conocer lo que yo sufro, me conceda alguna indulgencia. V. ha amado, y ha amado con todas las facultades de su alma, con un amor constante, fuerte é inextinguible, que ni las amenazas, ni la pérdida de todas las ventajas de la posicion, ni el destierro, ni la infelicidad, ni aun más que todo eso, la pérdida del objeto amado, lograron jamás debilitar; y, por lo tanto, nadie mejor debería comprender la naturaleza del amor encerrado en mi pecho, que, como el de V. superó todas las contrariedades que se le interpusieron, así supera no sólo las contrariedades de la suerte, sino hasta el mismo reclamo de todos los demás afectos del corazón.

—Son otras las circunstancias, interpuso don German por toda respuesta.

—El amor desconoce circunstancias, replicó Gonzalo.

—La mia era una cuestion de orgullo, de capricho y de arbitrariedad, prosiguió diciendo el comerciante, y la tuya es cuestion de vida ó muerte...

—¡De vida ó muerte para quien me ama! interrumpió Gonzalo.

Don German le miró con fijeza.

—¿Tanto amas á la otra? preguntó.

—Concentrado mi sér en el de ella, la luz de su presencia y el aliento de sus labios forman toda la felicidad de mi vida. Por ella respiro; imposible me sería desechar de mí la imágen que tan necesaria me es. Tal es el amor que por ella siento, comparable sólo, D. German, con el que V. experimentó por mi madre: por lo que fué el de V., juzgue V. de lo que es el mio, y tenga misericordia de él.

Toda la lógica del hombre benévolo desapareció ante la evocacion de estos recuerdos; y, aunque fuerte todavía en sus deseos de obtener el bien propuesto, le faltaron las expresiones para continuar abogando por él.

Gonzalo se aprovechó de su ventaja, y siguió hablando de esta suerte:

—Siendo pueriles á mi entender todos los sentimientos engendrados en Elena, porque su naturaleza no es posible dé de sí otro género de sentimiento, á no dudarlo, la imaginacion de V. ha exagerado el valor de esa pasion de que quisiera hacerme partícipe, y, por lo tanto, el calor que ha desplegado en el servicio de su causa fácilmente se le puede disculpar. Solamente le suplico medite con despacio lo que acaba de pasar entre nosotros, y piense con detenimiento sobre la posicion en que me veo colocado, así como sobre los acerbos sufrimientos que la revelacion de hoy no puede ménos de proporcionarme, á fin de que el recuerdo de su amor por Rosario le ilumine para servirme de guía en estas circunstancias tan críticas, sin comprometer ni mi amor, ni los sentimientos sagrados de la amistad y la gratitud, á que sería yo un monstruo si me atreviera á faltar.

Dichas estas palabras, y ántes que D. German conociese su intencion, desapareció de su presencia el jóven, dejándole dominado por los más complicados pensamientos, y hecho un mar de confusiones, sin saber qué partido tomar.

Gonzalo amaba á otra: Gonzalo no podia amar á Elena, y Elena no podia vivir sin el amor de Gonzalo.

Duro é inflexible el jóven, habia quitado á don German todo género de esperanzas; y, abatido como nunca el buen hombre con este desengaño, se entregó á la más profunda melancolía.

Pero meditó, no obstante, como Gonzalo le habia suplicado, sobre todo lo que entre ellos habia pasado; y, entregado á esta meditacion, se olvidó por lo pronto de toda otra cosa en el mundo.

Presentes á su imaginacion aquella criatura doliente, tal como la habia visto algunas horas ántes, moribunda y casi en la agonía; aquella madre amorosa cuyo corazon atravesaba el agudo dardo del remordimiento y del dolor anticipado; y por otro lado, el amor ardiente de Gonzalo, tan fuerte, que en pos de sí arrastraba los sentimientos todos del corazon; amor en su poderío semejante al que gobernó la propia juventud de D. German, se sentia el comerciante como jamás se habia sentido en su vida, postrado en la impotencia.

Sumergido en estos pensamientos pasó un largo rato, y hubiera tal vez pasado el resto de la tarde, á no haber sido interrumpido al cabo de media

hora en sus tristes reflexiones por la entrada de Antonio Rosales en el escritorio particular.

Sorprendido el dependiente de los acaecimientos de aquel dia, sorprendido de la expresion de la fisonomía de su principal á su entrada en el escritorio, de la venida de Gonzalo, de la larga conferencia habida entre él y D. German, y, sobre todo, del aparente olvido de su principal respecto á todo lo perteneciente á su propia persona, venía á anunciarle que eran las cinco de la tarde, que el escritorio no se habia aún cerrado y que la comida hacía una hora le estaba esperando; anuncio que produjo en D. German la más grande sorpresa, no tanto por la velocidad con que el tiempo habia corrido y el olvido de todo en que habia estado, cuanto por el nunca visto ejemplar de haberse propasado Antonio á esta ligera amonestacion. Pero, mostrándose más que nunca afectuoso con su dependiente, deseoso de resarcirle las dos horas que habia abusado de su paciencia, le acompañó al comedor, é instalándose allí, trató de hacer los debidos honores á la comida que tanto tiempo hacía que le esperaba.

Indiferente á cuanto le ponian delante, sin apetito ni gusto para nada, preocupada por completo su imaginacion con la imágen de aquella doliente

criatura que tanto le interesaba salvar, y el temor de la ineficacia de sus humanitarios deseos, jamás fué comida hasta tal punto desairada, ni existia recuerdo alguno en los anales de la historia del hombre benévolo (es decir, desde la época en que habia sido el bien de la humanidad el objeto primordial de su vida) de una noche pasada en tanta tristeza é inquietud como ésta lo fué.

## CAPÍTULO XI.

---

Tiempo hacía ya que la lucha del corazón de Isabel había empezado. Tiempo hacía ya que la más encarnizada contienda destrozaba por completo la tranquilidad de su espíritu, que tan pronto se entregaba á los espantosos embates de la tormenta como brillante, claro y refulgente aparecía bajo la luz del relámpago, el relámpago de la esclarecida virtud, la luz cariñosa, que cual una madre ofrece siempre un seguro consuelo en su amoroso regazo.

Lanzado su alma en amoroso vuelo hacía aquella otra alma gemela suya, desde el momento de encontrarse con Gonzalo, y por completo dueña de las sensaciones creadas en su corazón, de antemano tan desarrolladas, con harta anticipación había empezado la formidable lucha, y harta

cuenta se daba la infeliz del sentimiento culpable engendrado en su pecho.

Variado desde entónces el carácter de su belleza, desde entónces impresa en su semblante la más profunda melancolía y marcados dos surcos en sus mejillas por las continuas lágrimas, aunque aumentada al mismo tiempo la dignidad del semblante cual si lo adornara una aureola, emblema de pureza, se hacía más notable el contraste ofrecido en su porte exterior, que, en completa contradicción con estas apariencias de tristeza y desaliento, jamás se había manifestado ni más lleno de complacencia y amor, ni más solícito en el cumplimiento de sus deberes.

¡Pobre Isabel!

Trocada la aridez de su vida por el agudo dardo del remordimiento que tenaz le corroía el corazón, tal cual pudiera una penitente, se conducía ella, estudiosa siempre de reparar su delito y resarcir por cuantos medios hallaba á su alcance la falta de que tan culpable se creía.

Afanosa, pues, como nunca por llenar las sagradas obligaciones á que tan expuesta se hallaba á faltar: afanosa como nunca por desplegar las virtudes que más la ennoblecían, hubiera bastado sólo el digno esfuerzo de su espíritu para hacerla

por siempre apreciable á los ojos de su marido; pero, incapaz D. Álvaro de valuar estas elevadas virtudes, ante su vista pasaban como la luz ante las pupilas de un ciego.

Y grande aumento de virtud requería Isabel cada día, no sólo para sofocar el sentimiento despertado en su pecho sino igualmente para sobre llevar con debida resignacion los tormentos que agujoneaban su espíritu: nuevos tormentos producidos por la constante irritabilidad de su marido con los hermanitos, que, una vez desbordada como se vió en otro lugar, continuaba inexorable vertiendo sus poderosas corrientes: resignacion que el Todopoderoso concedió en recompensa de los heróicos esfuerzos que la pobre hacía por vencer los instintos de su corazon, y que, en medio de todo, no podia ménos de convertirse en panacea eficaz para aliviar algun tanto los males que la torturaban.

¡Panacea eficaz, brújula de la vida, consuelo en todas las desventuras, cual la columna de fuego que á los israelitas condujo á la tierra de promision, así la tea de la virtud ilumina el camino para la tierra del cielo!... ¡y dichoso aquel que su luz siga, áun por el más estrecho sendero, porque habrá de recoger la más cumplida recompensa!...

Dioses Lares, ¡cuán bañados de lágrimas habeis sido en los dias que han seguido al encuentro de Isabel con Gonzalo en el gabinete!

Dioses Lares, ¡cuán tiernos y cariñosos debeis mostraros con la mujer que os ha cubierto con tan ardorosos besos, y tan copiosas lágrimas!

Dioses Lares, únicos confidentes de su amor, miradla con misericordia, porque bien lo merece. ¡Gonzalo la ama!

Gonzalo no vive más que en la luz de su presencia.

Gonzalo no disimula, por más que se esfuerza para ello, el sentimiento que lo domina: y este amor exquisito, este amor que embriaga á Isabel en deleite, este amor que realiza los pensamientos todos de su imaginacion de doncella, este amor, conjunto de los ensueños, de las aspiraciones, de los sentimientos todos de su alma vírgen, debe ser sofocado, debe ser repulsado, debe ser pisoteado, para que ni un lento murmullo de la voz, ni un hálito suave del aliento vayan á empañar el claro escudo de la esposa virtuosa.

Ocho dias han pasado, durante los cuales ha apurado hasta las heces el cáliz de la amargura, padeciendo no sólo sus propios males, sino presenciando la fiera contienda sostenida por el hombre

que la ama; quien dotado de ménos abnegacion que ella, en balde interpone los resortes de la razon, la intervencion del recuerdo de su madre y los sentimientos más sagrados del corazon para batallar contra su apasionado anhelo, que á cada instante se halla á punto de precipitarlo.

¡Triste amor tan combatido!... las dificultades no sirven sino para aumentarlo; y, reunidos á cada hora del dia, presentes siempre á los ojos el uno del otro, la imágen que absorbe los pensamientos de los dos va haciendo por dias irresistible la lucha.

Diferente es, sin embargo, el proceder de los dos por efecto de la diferencia de circunstancias y de sexo: en tanto que la batalla va debilitando la fuerza del hombre, y que el aumento del amor va disminuyendo el imperio de la virtud, la contienda en el pecho de la mujer hace crecer el heroismo de su abnegacion.

Bañadas siempre en llanto sus mejillas, en tanto que los Dioses Lares son testigos de su expansion; cubierto de luto y tristeza el campo de la vida que el amor ha convertido en un inmenso desierto, pero conservando Isabel el lugar que le corresponde, fria, indiferente, en la presencia de Gonzalo,

eleva con su proceder calculado barrera tan inexpugnable entre los dos, que por entero le niega á él hasta el consuelo de sentirse amado.

Dichosa ella, en medio de todo, dueña del secreto del corazon que la ama; dichosa ella, que puede regocijarse de aquel grande sacrificio y conoce su valor en toda su extension.

Pero él... ignorante de lo que por ella pasa, ciego á los sentimientos que con tanto ardor corresponden á los suyos, privado de felicitarse como ella de la realizacion del más grande de los sacrificios, no tiene en sus sufrimientos ni el más triste de los consuelos.

Lleno de desconfianza, sin alcanzar á ver más que las dificultades que le aterran, acobardado por la fuerza de su amor, amor lleno de adoracion, que dispone por entero de su vida... ¡era triste en verdad el espectáculo de su agonía!... agonía á la vista de todos, que áun sin adivinar ninguno la causa, era capaz de conmover un corazon de piedra, y que la conferencia habida con D. German del Castillo, no habia contribuido poco á aumentar.

Gonzalo habia vuelto á la morada de su tio, presa de la más profunda melancolía, con el corazon oprimido como si una losa pesara sobre él y

sobre su alma pendiese ya la culpa del prematuro fin del lirio blanco. En balde se esforzaba por admitir la fuerza de las razones con que habia rebatido á D. German; inexorable su conciencia (juez interior á quien ningun sofisma engaña) le reprendia severa la iniquidad de su proceder.

Pasada ya la hora de comer en aquella casa, cuyo sistema de puntualidad jamás sufría la menor alteracion, y que en ninguna ocasion otorgaba la más mínima consideracion ó espera á ninguno de los miembros de la familia, consideró inútil el jóven dirigir los pasos al comedor; y, celebrando alegre en este momento el sistema riguroso que le evitaba el martirio de sobreponerse con tanta presteza á las sensaciones que lo dominaban, tomó la direccion de su propia habitacion que se hallaba situada en el segundo piso.

Precisado á pasar por delante de las de Isabel ántes de llegar á su destino, al aproximarse á la puerta del tocador que daba al corredor, le llamó la atencion el sonido de una voz irritada, que semejante á la de Estentor, parecia la de cincuenta hombres reunidos, y que á no dudar lo procedia del departamento de la mujer de Montoya.

Detenido por este ruido inusitado, no tardó en

descubrir en aquellos acentos alterados la voz de su tío; y, lleno por este descubrimiento del más profundo terror, fué su primera intencion no seguir adelante hasta conocer lo que pasaba entre los dos consortes.

Pero, contenido por un sentimiento de delicadeza, con aumentada celeridad continuó su camino; y habia dado ya algunos pasos cuando de nuevo fué interrumpido su curso por la repentina aparicion de Francisco Cadenas que salia de la salita de las cábalas de D. Álvaro, y que, al parecer profundamente preocupado, ni siquiera reparó en la presencia del jóven.

Fruncidas como nunca sus cejas, una raya sola parecian; siniestro era en extremo el mirar avieso de sus ojos, y descubiertos iban sus afilados dientes por la más maligna sonrisa: contempló el jóven Figueras con extrañeza la expresion de la fisonomía del cajero, y no pudo ménos de conservarla por largo tiempo en su recuerdo. Pero, ocupado como estaba por sus propios asuntos, sin conceder á Francisco otro pensamiento que el de la impresion recibida por su aspecto, siguió andando en silencio, y sin otro incidente llegó por fin á su dormitorio, en tanto que Cadenas (dotado de ménos delicadeza que él) se arrimó á la puerta del

tocador, y prestó oído atento á lo que en su interior pasaba.

—Has abusado de mí demasiado, fueron las primeras palabras que escuchó, y no lo tolero más. ¿Qué mujer en el mundo goza de mayor felicidad que tú? ¿Ni qué mujer se resiste á la voluntad de su marido como tú te has atrevido á hacerlo á la mia? Dí: ¿no he hecho todavía bastante por tí y por los tuyos? ¡Responde! gritó casi con ferocidad el irritado marido; ¡responde!

Un sollozo llegó á los oídos de Francisco, un sollozo desgarrador, seguido por la voz apagada de Isabel, que en acentos balbucientes de esta suerte contestó:

—Más de lo que nos merecemos. Mucho, mucho más de lo que cualquiera de nosotros es acreedor á recibir hemos recibido de tí; pero no me digas, Álvaro, que hemos abusado de tus bondades, ni que he faltado á la consideracion que me correspondia concederte, porque eso jamás ha sucedido. Cuanto he hecho, ha sido, como te consta, autorizado por tí; y duro es que me hagas tan injustas reconvenciones. Sabes bien las condiciones todas á que mútuamente nos avinimos al tratarse nuestra boda, y no debes haber olvidado

que si mi familia entró conmigo en esta casa, fué porque tú así lo dispusiste, no porque yo lo hubiese solicitado. Duro me es, Álvaro, agregó con los mismos acentos balbucientes y casi ahogada por los sollozos; duro me es recordarte todo esto: apénas hallo palabras para expresártelo; pero es mi deber justificarme de tan inmerecida inculpacion...

—Basta, basta, interrumpió la voz irritada de su marido; basta de reconvenciones que á tí seguramente no te corresponde hacer, y no hablemos de lo pasado sino de lo presente.

—¡Álvaro! exclamó Isabel con acentos tan angustiosos que parecia haber concentrado su alma toda en la articulacion del nombre de su marido; ¡Álvaro, ten misericordia de mí! Jamás, prosiguió diciendo en medio de los sollozos que de vez en cuando la interrumpian, jamás se ha levantado mi voz en oposicion de la tuya; jamás ha contrastado la más leve de tus opiniones ni el más insignificante de tus mandatos; pero hoy que por primera vez lo hace, juzga cuán grande habrá de ser el impulso que la mueve: juzga cuán dolorosa habrá de serme su sentencia para que á este extremo me conduzca!...

—Lo he dicho y lo repito, fué la respuesta

de D. Álvaro, que no lo tolero más, que tu obligación es someterte á mi voluntad, y que la mia es que los abusos tengan fin. Soy dueño de mi casa y sólo yo mando en ella.

—Creí que me querias, interpuso la acongojada mujer por toda respuesta.

—Soy tu marido, contestó Montoya, insensible siempre á todos los llamamientos á la sensibilidad; y, si me acuerdo de que lo soy para lo que á mí corresponde, tu deber es recordar tambien que eres mi mujer para cumplir igualmente con lo que á tí te atañe. No te saqué de la nada, Isabel, continuó diciendo, para que te engrieras tanto; ni te coloqué en la posicion que ocupas para que te creyeras dueña absoluta de mi albedrío; y, si tan generoso he sido hasta aquí que no te lo he dado á conocer, tiempo es ya de que comprendas cuál es tu verdadero lugar.

—Perdóname, Álvaro, articuló lo jóven con la mayor humildad, si hasta aquí lo he desconocido: efecto ha sido sólo de mi ignorancia, pero no de mi voluntad.

Nada desarmado D. Álvaro por estas palabras, mas recibiendo en ellas aumento su brío para su cólera y tiranía, se volvió con el mismo acento á su mujer :

—Estoy cansado de las majaderías de tu padre, fastidiado del eterno bullicio de los niños, y aburrido de tus extremos con ellos: extremos que te roban la atención perpétuamente, cuando mis asuntos son los únicos que deberían reclamarla, y que no te dejan ni aun cumplir respecto á mí los deberes que me corresponden.

¡ Ah, si el ojo traidor situado á la cerradura de la puerta hubiera podido vislumbrar la expresión de la fisonomía de Isabel al escuchar estas palabras!

¡ Ah, si aquel ojo traidor hubiera podido penetrarse de toda la angustia despertada en el corazón de la jóven por el extraño lenguaje de su marido! ¡ En la contemplación de aquella angustia, hubiera recogido el cajero la recompensa de todas sus maquinaciones maquiavélicas!... pero, privado de ese placer, sin otro goce por ahora á su alcance que el recreo del oído, con aumentada curiosidad lo arrimó otra vez á la cerradura para escuchar las siguientes palabras de la jóven:

—Algun influjo secreto te inspira esas ideas, algun enemigo oculto conspira contra mí...

Un escalofrío circuló por el cuerpo de Francisco Cadenas, y un temblor nervioso hizo chocar

sus miembros y dar sus dientes unos contra otros.

—Algun enemigo oculto, repitió Isabel, conspira contra mí, é, impotente yo para resistir á sus maquinaciones, no puedo hacer otra cosa, Álvaro, sino pedir á Dios que te inspire el conocimiento de la injusticia que conmigo cometes. Constantes mis esfuerzos por cumplir como corresponde con mis deberes, ese Dios que me escucha sabe bien cuáles son los sentimientos que animan mi corazón, y cuál el esfuerzo que hago por implorar la misericordia á que tan poco acreedora me juzgo... misericordia que imploro, no por lo que valgo, sino por el amor de Dios, al cual no es posible sea sordo ningun oído bueno.

El crujido de un vestido y el sonido ligero de pasos llegó en este momento á los oídos del cajero, é interceptada al propio tiempo su vista por la sombra de un cuerpo ante el agujero de la llave vió en breve á este cuerpo caer de hinojos sobre el suelo y elevar las manos suplicantes en tanto que estas palabras acompañaban la expresiva acción:

—¡Álvaro! articuló la voz más temblorosa que había Francisco escuchado en su vida; por ese amor invoco tu misericordia; por ese amor te

pido no los echés de tu casa. ¡Un anciano ciego! ¡unos niños inocentes!... ¡Piensa lo que va á ser de ellos separados de mi lado!... y un llanto convulsivo siguió á esta invocacion que era capaz de conmover el alma más empedernida.

Espantoso el dominio del despotismo sobre la debilidad, espantoso su crecimiento ante la escasez de fuerzas, é ineficaces por consiguiente para conmover á D. Álvaro las armas empleadas por Isabel, sus lágrimas fueron como leña para fuego.

—Cesa, mujer, de incomodarme, gritó el marido con acentos tan feroces que daba horror el escucharlo; cesa ó teme las consecuencias. Hoy mismo, ahora mismo saldrán todos á la calle. Soy el amo de esta casa, y á mi voluntad nadie se opone. Tienes dinero disponible para llevar á cabo mi resolucion esta noche misma, dijo, deseoso de zanjar de una vez toda especie de dificultades; te prevengo que tal como lo ordeno así habrá de hacerse. Dispon lo que mejor te parezca, determina lo que más conveniente encuentres; pero guárdate bien de desobedecer, porque no lo has de hacer impunemente.

Esto dicho, el ojo situado en el agujero de la llave vió que la mujer aún de hinojos, de nuevo

elevó sus manos suplicantes y que el marido, cada vez más furioso, contestó á aquel último ruego con una maldicion y con un movimiento brusco contra el cuerpo delicado apoyado en sus rodillas, que lo hizo caer en el suelo.

El negro corazon de Francisco Cadenas se estremeció lleno de satisfaccion; pero, vigilante siempre de la situacion, y cuidadoso de que sus acciones no le comprometieran en nada, apartándose presto de la intermediacion del tocador, dejó que D. Álvaro pasase á sus habitaciones ántes de proceder á gozar del placer de la venganza.

¡La venganza maquiavélica, la vil represalia que el hombre despreciado habia jurado en sus adentros á la mujer que amaba, y que, maduramente reflexionada, lentamente urdida, y astutamente manejada, habia sido puesta en las manos más eficaces para su ejecucion, y presentaba tan brillantes resultados!

La vil venganza, que en un principio no habia preocupado al cajero, alarmado entónces por otros pensamientos, pero que encendió el proceder de Isabel, proceder digno, aunque altivo y desdenoso.

¡La vil venganza digna del mismo Belcebú, para cuyo logro ocurrióle á Francisco Cadenas el

pensamiento de convertirse en un segundo Mefistófeles, y como él apoderarse del alma de su víctima para disponer de ella cual pudiera de un maniquí!

¡Represalia inhumana! ¡acibarar la única dulzura de la vida de aquella mujer!

¡Represalia atroz! ¡estimular los sentimientos egoistas de D. Álvaro Montoya, y hasta despertar en sus limitados alcances la sombra de la desconfianza, é impelerlo con sus constantes razonamientos é insidiosas advertencias á clavar con sus propias manos el dardo en aquel seno tan amante de los suyos!... Sabía bien el cajero lo que hacía (conocedor del entendimiento de su principal y de la inflexibilidad de su corazón á todo sentimiento ó afecto humano) convirtiéndole en el agente visible de su venganza, que ahora empezaba á saborear.

Abierta la puerta, por la cual salió el marido, penetró el cajero sin obstáculo y se puso en presencia de la mujer á quien vió echada sobre el sofá, oculto el rostro entre las manos y cubierta como con un paño de oro con su desordenada cabellera.

Amor feroz el que en el pecho de Francisco

ardia : amor capaz de todo por poseer ó destruir el objeto que lo habia inspirado; pero, disimulado bajo la capa de la hipocresía que encubria de continuo al cajero, cual pudiera hacerlo la persona más indiferente, así se aproximó á Isabel y le dirigió la palabra.

Sobresaltada la jóven por el sonido de su voz, se descubrió el rostro de repente, y miró á Francisco con la misma repugnancia que hubiera podido hacerlo á una serpiente venenosa.

Verdad es que desde la escena de la playa, Cadenas habia sido para ella como el reptil más asqueroso; verdad es que lo que entónces sintió hácia él habia seguido siempre sintiéndolo en el fondo de su corazon, y natural era que al verlo junto á sí en unos momentos tan críticos, se despertara por completo toda la indignacion que aquel monstruo le inspiraba.

Confundidos, y algun tanto adormecidos sus celos por efecto, como ya se sabe, del estudiado proceder del hombre que tenía delante, pero nunca destruidos, la conducta de D. Álvaro aquel dia y los pensamientos extraños que se le habian escapado, despertaron de nuevo y en toda su fuerza la aletargada desconfianza de la jóven, que, sabedora del influjo del dependiente sobre su princi-

pal, no habia podido ménos de hacerlo reo de la más vil bajeza.

Inflamada por la más justa indignacion, no sólo le inspiró horror, no sólo repitió la mirada de ántes, sino que al propio tiempo se levantó del sofá como para huir del tocador.

Nada sorprendido de esto Francisco, previendo las sensaciones que habian de despertarse en la jóven, disimuló su mal efecto, y, cual si no acertara á descifrarlas así, le volvió á dirigir la palabra frio é indiferente y á suplicarle admitiese el consuelo de su simpatía.

Convencida Isabel de que bajo los acentos de la amistad iba envuelto el triunfo del vencedor, y que su enemigo venía á insultarla en su desgracia, inmóvil como una estatua, escuchó el estudiado discurso, é, íntimamente convencida de su falsedad, ni áun se dignó concederle una respuesta.

Nada intimidado Francisco por este proceder, nada acobardado ante la altivez y firmeza que atrevidos se habian armado contra sus viles propósitos, como si no viera el mirar altanero ni hiciera alto en el despreciativo silencio, volvió de nuevo al ataque, y esta vez de tal modo, que no podia ménos de conseguirle el apetecido resultado.

—Señora, dijo, veo que la importunan los sentimientos de conmiseracion que no puedo dejar de manifestar, y si en el alma siento la mala acogida de mi simpatía, más aún me pesa el que no haya conocido que, si me he atrevido á prestársela, es porque tal vez en mi mano esté el concederle algun consuelo.

Detenida Isabel de una vez en su intento de alejarse de la estancia, desarmada de repente en su indignacion y libre por completo de los celos que la atormentaban, acogió estas palabras en su corazon como un rayo de esperanza.

¿Serian injuriosos é infundados los pensamientos que hasta aquí habian cruzado por su mente?

¿Serian inmerecidas calumnias las inculpaciones que al cajero habia levantado?

¿Sería meramente una ilusion de sus sentidos el influjo perjudicial del dependiente sobre su principal?

¿Sería él tan generoso en su venganza como sostenida habia sido ella en su castigo?

¿Sería, en fin, posible que en manos de aquél estuviera el concederle ese consuelo que tanto necesitaba?

Las palabras del cajero se lo indicaban, y, así, se acogió la jóven á ellas con el mayor fervor.

Bullendo, pues, en su pecho una esperanza, y al mismo tiempo combatida de los diversos sentimientos despertados por el lenguaje de Francisco, quien, de repente, habia dispuesto de ella como por encanto, se sintió Isabel trasportada á los primeros tiempos de su conocimiento con Cadenas, culpándose generosa de la más imperdonable injusticia, y anhelante sólo de conceder la debida reparacion.

¡ Alma pura, alma libre de doblez, alma ignorante de los resortes de la maldad y del anzuelo, oculto tras del cebo, dejóse seducir!

El cajero lo conoció por instinto ántes aún que la fisonomía de la jóven y su movimiento retrógrado hácia el sofá se lo hicieran conocer; y, lleno de la más íntima satisfaccion por este descubrimiento, se sintió dueño de la situacion.

Junto á ella se sentó en el sofá de badana, el sofá tantas veces bañado con las lágrimas de Isabel; y, cuando aún no habia tenido la jóven ni tiempo para tomar aliento, emprendió él la conversacion.

—Dias hace, dijo, que lo que ha sucedido lo estaba yo previendo; y, aunque nada preparado para ver tan pronto la confirmacion de mis rece-

los, sin embargo, la perpétua irritacion de D. Álvaro me tenía en un continuo temor del golpe que amenazaba á V. Confirmados demasiado pronto esos temores segun lo que ha llegado á mis propios oidos...

—¡A sus propios oidos! interrumpió Isabel sonrojándose, llena de sorpresa y confusion.

—A mis propios oidos, repitió el cajero, que desde la sala de D. Álvaro, añadió con imperturbable serenidad, escucharon sin perder una sílaba todo lo que entre V. y su marido ha pasado, y que, sin quererlo, se han enterado de la sentencia firmada contra su desvalida familia; pero cuyo único delito es haberse hecho perspicaces en el servicio de la amistad.

Cubierta la jóven de la noble vergüenza que le inspiraba el pensamiento de que los cargos que á su marido habia dirigido hubieran llegado á oidos ajenos, cubierta de vergüenza de que aquel altercado hubiese salido de los límites sagrados del tocador, y que Francisco Cadenas fuera depositario de semejante escena, no acertaba á decir palabra, ni á decidirse sobre el partido que le correspondia tomar en circunstancias tan difíciles.

Dueño cada vez más por consiguiente el cajero de la situacion, y avaro de sacar todo el partido

posible de ella, prosiguiendo su apenas interrumpido discurso, volvió á dirigirse á la jóven de esta suerte:

— Conocedor, señora, de todo lo que entre V.V. ha pasado, conocedor de los justos cargos que á D. Álvaro V. ha dirigido, por eso he venido á ofrecer á V. mis consuelos y á mostrarme, exclamó con energía, tan amigo en su desgracia como no me hubiera atrevido á mostrarme en su prosperidad.

Aumentada la vergüenza de Isabel por este astuto lenguaje, más confundidas sus ideas por el tenor de estas palabras, y renaciendo á pesar suyo la depuesta indignacion, se sentia inclinada á entregarse al ensanche de los sentimientos que la combatian; pero, detenida por la esperanza que el cajero le habia ofrecido, detenida por el recuerdo de las primeras palabras que le habia dirigido, devoró las lágrimas que la ahogaban, y, como una mártir, escuchó lo que aún le quedaba por oír.

— Profundamente interesado, habia continuado diciendo Francisco, en los sufrimientos que le habria de haber producido á V. el rigor de su marido, y la desconfianza, dijo con marcado énfasis, clavando al mismo tiempo sus ojos traidores en el

demudado semblante de la jóven, y la desconfianza, repitió, que se ha despertado en su ánimo, nacida del excesivo amor hácia su familia; desconfianza inaudita en un hombre como D. Álvaro, extraña y peligrosa como V. misma en su falta de experiencia no puede imaginar, conozco, señora, mejor que nadie, que esa desconfianza es quizás en este momento uno de los mayores tormentos que la punzan en el corazón.

Fijos los ojos en su compañera, cual pudiera la serpiente fascinadora que por el poder de su mirada atrae al inocente pajarillo, saborear las torturas de su víctima, así saboreaba Francisco el martirio experimentado por el alma en quien derramaba el flúido de su maldad.

Era espantosa de ver la expresion de su semblante.

¡Era espantoso de ver el efecto de sus palabras insidiosas en el espíritu de la jóven que, anonadada de vergüenza, y humillada en su pureza y rigidez ante el aguijon del roedor remordimiento, atendía á ellas cual á una amonestacion del cielo, someténdose resignada á la sentencia de su juez en expiacion de su no cometido delito!

Hermosa en su estado de sufrimiento, osten-

tando como nunca los tesoros de su belleza espiritual, allí sentada en el sofá, suelto aún el cabello que ondulante le caía sobre el rostro, y el vestido blanco que ceñía su esbelto talle, cruzadas las manos sobre las rodillas y pintada la más profunda humildad en toda su persona, se requería toda la malignidad de Francisco Cadenas para negarle el consuelo de la clemencia.

—Sé bien, señora, había proseguido diciendo éste, la inutilidad de los ruegos de V. para desviar á D. Álvaro de la resolución que ha formado: sé bien los disgustos que le habrá de acarrear todo empeño por su parte; y, porque conozco esto, yo, señora, exclamó en un tono enfático y poniéndose una mano sobre el pecho, como para dar fuerza á su lenguaje, yo, señora, repitió, yo, Francisco Cadenas, á quien V. hasta aquí ha conocido mal, á quien ha calumniado en su corazón y en sus indirectas palabras... (Isabel se sonrojó conociendo la alusión) me alisto en el servicio de su causa; y, por desvanecer la injusticia de sus sospechas y probarle la extensión de mi amistad, le juro hacer cuantos esfuerzos estén en mi mano para destruir la rigurosa sentencia que contra V. se ha fulminado.

Recobrando de repente Isabel todo el brío de

su corazón, y, olvidada por completo de lo que ántes la ocupara, no pudo hacer otra cosa en su vigorizada esperanza sino asirse de una de las manos del cajero, y sobre ella derramar las copiosas lágrimas que tanto tiempo hacía se esforzaba en contener.

Fria esta mano como el hielo, contraído y nervioso su chispeante tacto, logró al fin calmar los excitados sentimientos de la jóven, que algo más dueña de sí misma, pudo entónces conceder expresion á lo que en su pecho pasaba, y, lanzada por entero en el terreno de la confianza y la buena fe, arreglar con Francisco el mejor medio para el logro de sus deseos.

— Francisco, le decia la inocente; le dirá V. á mi marido que jamás volverán los niños á molestarle: que jamás le perturbará el ruido de sus voces, y que todo lo que disponga, hecho será con tal de que los deje á mi lado. Que, imposibilitada de disponer de mi pobre padre como de ellos, algo habrá todavía de soportarle, pero que considere su gran desgracia, y que, merced á esta consideracion, lo trate con indulgencia. Puesta mi causa en tan buenas manos, fueron sus últimas palabras, nada necesito recordarle. Harto bien comprende V. la situacion; y la noble generosidad de su con-

ducta lo recomienda para siempre á mi aprecio.

Oculto el anzuelo cogió Isabel el cebo, y, presa ya en la red que le habia sido tendida, el resultado de las maquinaciones habia más que correspondido á las esperanzas del cajero; quien, lleno de satisfaccion se separó de la jóven y corrió presuroso á derrocar la fábrica que sus propias manos se habian ocupado en edificar.

## CAPÍTULO XII.

---

¡La esperanza! ¡sueño de la vida, antídoto de todos los males, bálsamo consolador!... ¿Qué sería de nosotros si la ambrosía de tus alas no viniese á suavizar el ardor de nuestras almas!... ¡si tu sombra bienhechora no nos cruzara por delante, y tierna no nos mostrara un puerto de seguridad en medio del mar borrascoso de la vida!..

Isabel hubiera sucumbido á los diversos sentimientos sobreexcitados en su alma, si esta sombra bienhechora no hubiera apaciguado algun tanto la lucha de su corazon y tendido tierna sobre ella sus alas de ambrosía: pero el pensamiento de que sus justos temores podian ser destruidos, el pensamiento de que la cruel sentencia de destierro fulminada contra los que tanto amaba podia ser retirada, y que la única dulzura de su vida no

habia de serle robada, habia neutralizado el efecto de sus sentimientos y misericordioso le concedia la fuerza necesaria para sobrellevarlos.

Sin embargo, presente siempre á su imaginacion la idea expresada por D. Álvaro, y tan conservada en la memoria del cajero, de la desconfianza suscitada en su marido, esa idea que, segun el mismo Francisco, tan perjudicial podia llegar á ser, causaba todavía el tormento de Isabel.

Combatida, pues, fuertemente su esperanza con este temor, era ya de noche cuando fué distraida de su abstraccion por la proximidad de pasos que penetraron en el tocador.

—Isabel, Isabel, dijeron al propio tiempo las voces unidas de sus hermanos; ¿dónde estás, Isabel?

Sumergida la habitacion en la más completa oscuridad, no era poco difícil para los pequeñuelos dar con ella en el sofá; pero, guiados por la dulce voz que presurosa habia respondido á su llamada, llegaron por fin con toda felicidad Inés y Carlos á la inmediacion de Isabel, y sin pérdida de tiempo acometieron con su usual denuedo la toma de la plaza.

Campeones invencibles, campeones valerosos,

que ni aún la densa oscuridad arredraba en sus empeños, boca, ojos, cabeza, cuello y manos cubiertos de amorosos besos á semejanza de descargas de metralla, recibieron el ataque de costumbre; y tierna correspondiendo la hermana madre á estas caricias, no parecia en su aumentado cariño, sino que habia perdido á sus amados hijos y los volvia ahora á encontrar de nuevo.

—¡Lloras, Isabel! dijo Inés que habia sentido la humedad de las lágrimas al inclinar su suave mejilla contra la de su hermana. ¿Por qué lloras, hermana mia? Díme por qué lloras, tú que eres tan feliz y á quien no quiero yo ver nunca triste. Dímelo, insistió.

Isabel permaneció callada, y la pequeña Inés volvió otra vez á tomar la palabra.

—Pero hoy lloran todos en tu casa, exclamó, y ninguno me quiere decir por qué. Ninguno, ninguno, repitió, y eso que yo los quiero tanto, y nunca les oculto nada!

—¡Todos!... prorumpió Isabel con sorpresa, y con una fuerte palpitation de corazon.

—Todos no, fué la respuesta de Inés, pero otro además que tú, añadió exhalando un profundo suspiro; otro, de quien por más que he hecho no he podido conseguir que me diga nada. El po-

bre Gonzalo, dijo en seguida, que hoy ni siquiera ha comido...

El lindo Carlitos, que hasta aquí habia permanecido indiferente en la apariencia al diálogo de sus hermanas, no pudo en este momento contener el inocente pensamiento que cruzaba por su mente, y con timidez insinuó que sería muy probable entónces que Gonzalo llorara de hambre.

—Tú no entiendes de eso, prorumpió la sabia Inés, algo enojada de la interpretacion vulgar concedida á las lágrimas de su predilecto Gonzalo; y lo que extraño es que no comprendas que no fué el hambre lo que causó su llanto, sino que fué el llanto lo que le quitó el hambre. ¿No es verdad, Isabel? preguntó la perspicaz criatura apelando al juicio superior de su hermana.

Abochornado Carlitos ante esta severa reprobacion, y acostumbrado á venerar como oráculos las opiniones de su compañera, ocultó en el seno maternal de Isabel el inocente rubor que cubrió su linda cara.

Inés prosiguió hablando.

—¡Ay, hermana mia! exclamó; si hubieras visto al pobre Gonzalo como yo le ví, llorando lo mismo que uno de nosotros, se te hubiera partido el corazon.

— Pero tú, balbuceó la hermana mayor; ¿cómo... cuándo... dónde le viste?

— En su cuarto, contestó Inés. Cuando D. Álvaro nos echó de aquí, continuó diciendo, porque dijo le incomodábamos, y tuve tanto miedo de que nos pegara, lloramos los dos como un par de tontos; pero pasado algun tiempo me acordé de Gonzalo y al instante fuí á buscarlo. Acababa de volver de la calle, y aún con el sombrero puesto, le ví desde el corredor tirarlo contra el suelo, y en seguida echarse sobre una silla, y, apoyados los brazos en el velador, romper á llorar, casi... casi como yo lo hago cuando tengo rabia.

Isabel no respiraba, y su jóven hermana, sin tomar aliento, continuó de esta suerte:

— Tuve tanto miedo al principio de verlo en este estado, que no me atreví ni á moverme de mi sitio; pero, notando pronto que su llanto habia perdido un poco de su violencia, cobré ánimo y lentamente me aproximé á su lado.—«Gonzalo, dije, haciendo ademan de echarle los brazos al cuello, esperanzada de consolarle con un beso; Gonzalo mio, ¿por qué lloras?...»—«Déjame» fué su respuesta, y en acentos tan alterados, que no parecia su misma voz, tan dulce siempre; «déjame, y no me preguntes por lo que lloro. Soy un

infame, y la maldicion de Dios me ha caido encima.»

Tuve tal miedo al escucharle, hermana mia, que no supe ni qué hacer, y confusa, me pareció lo mejor alejarme de su lado; pero permanecer á su vista para un caso preciso, añadió Inés con suma importancia, cual si allá en sus adentros comprendiera algo más del caso de lo que se atrevia á confesar; cual si alcanzara el temor de que Gonzalo hubiera procedido á la ejecucion de alguna medida extrema y se hubiera juzgado prepotente para evitarla... ¡y sabe Dios! si tal vez fué así...

¡Sabe Dios si el espíritu desarrollado precavió algo más de lo que aquel cuerpo pequeño podia declarar!

En fin, sea de esto lo que fuere, los labios no lo divulgaron, y la niña continuó su relacion sin interrumpirse.

—Me escondí detrás de su cama, y en breve oí que empezó á hablar para sí y á acriminarse de tal manera como si hubiera cometido todos los delitos del mundo. Se llamó parricida, fratricida, infame, ingrato, desleal... ¡hasta ladron doméstico! dijo la criatura con indecible espanto; y añadió que su vida era una maldicion, que adonde quiera que

acudia, no hacía más que sembrar la desolacion y la amargura; y que, si no fuera... qué sé yo por qué (estaba tan asustada que no lo oí), se levantaria la tapa de los sesos... y su cara era tan de muerte al decir estas palabras, y su cuerpo temblaba de tal modo, que creí que se iba á morir... ¡Huy! luz, luz, gritó la inocente, de repente estremecida por los recuerdos que habia evocado, que estoy viendo la cara de Gonzalo como entónces, y tengo miedo. Luz, luz, repitió, y con gritos tan recios que llegaron á los oidos de los criados, que ántes de que se oyera otro sonido en aquel cuarto habian acudido á su llamada.

La clara luz de un quinqué iluminó el tocador, y difundiendo sus reflejos sobre el grupo del sofá, mostró á la mujer de Montoya con sus dos hermanos anidados como dos tórtolas en su seno, tan inmóvil que parecia una muerta; y su rostro tan cadavéricamente pálido, tan fijo en su abstraccion, que semejante al de una sonámbula en un sueño de espanto, tenía que causar horror á cuantos la mirasen.

Los ojos abiertos y casi en blanco, el cabello en dos espesos mechones circundándole la cara, la expresion de esta cara indescriptible: vergüenza, orgullo, ternura... y sobre todas estas expresiones

prevaleciendo el más profundo horror..., causaba miedo su apariencia.

Pero presto, desvanecida esta expresion por una de dolor intenso, un mal comprimido grito salió de las profundidades del corazon de Isabel, el cual, estremeciendo los oidos de sus tiernos hermanos, fué seguido por la completa postracion de la jóven, que cayó sin sentido sobre el brazo del sofá.

Los niños la creyeron muerta.

—Isabel, Isabel, dijeron las voces unidas de los dos; Isabel, Isabel, repitieron en coro; y, llenos de terror al ver la inmovilidad de su hermana, la colmaron de caricias esforzándose con sus besos para hacerla volver en sí.

Pero inútiles las llamadas, ineficaces las caricias, impotentes los besos para conseguir su objeto, acabaron los inocentes por entregarse á todo el desconsuelo de su afliccion.

Arrodillados á los piés de su hermana, abrazados el uno al otro, cual si la hubieran perdido para siempre, derramaban el más abundante llanto, hasta que al fin, inspirada Inés de una idea repentina, se levantó del suelo para llevarla á cabo.

Salió del tocador, y atravesando veloz toda la

casa en direccion del segundo piso, tomó el camino de las habitaciones de Gonzalo.

Gonzalo, el predilecto de su corazon; Gonzalo, el que siempre tendia una mano protectora sobre ella; Gonzalo, en cuyo cariño hallaba invariablemente un seguro consuelo contra la dureza que de continuo experimentaba de parte de D. Álvaro, Gonzalo, que solícito en la causa del sufrimiento, jamás prestaba oido sordo á su llamada; ¿quién mejor que él podia consolarla en su presente afliccion?

Acudiendo á él, pues, compareció como una aparicion ante el jóven, el cual sumergia aquel momento toda su atencion en un libro que tenía en la mano, y acercándosele la niña y echándole los brazos alrededor del cuello, desahogó el peso de su afliccion en el más amargo llanto, acompañado de sollozos y entrecortadas palabras.

Confusa su expresion, y su articulacion ahogada por las lágrimas, difícil era comprender el sentido de sus palabras; pero, bastante explícito su dolor para despertar los más serios temores, comprendió su oyente por señales tan inequívocas, que algun mal amenazaba á Isabel, que la niña venía en su busca, y que ante todas cosas, debia obedecer á su llamada.

No necesitó oír más.

Todo lo que durante el curso de la tarde le habia ocupado, desapareció de su recuerdo como si nunca hubieran esos pensamientos tenido acogida en su mente; todas las amonestaciones del deber fueron desatendidas; todo el cúmulo de delitos que en formidable aparato, severos se presentaran delante de su imaginacion, fueron desechados, y el amor, ejerciendo un dominio absoluto, reinó preeminente.

¿Qué es aquello tendido sobre el sofá; aquella figura pálida, inmóvil, que envuelta como en un sudario en su vestido de muselina blanca, se presenta á los ojos de Gonzalo Figueras?

¿Qué es aquella aparicion para él, que, cual detenido por un poder invisible y sujeto por una fuerza sobrenatural parado se queda á la misma puerta del tocador?

¿Qué es aquella vision para él, que, tal cual pudiera hacerlo un cuchillo, le traspasa el corazon, y frio como el hielo hace correr el sudor por todos sus poros? ¡ Muerta Isabel!

¡ Muerta la mujer que ama!

¡ Muerta aquel ángel de pureza cuyo aliento ha sido idolatrado con tan íntima adoracion!... ¡y

muerta, sin saber lo que encierra el corazón que sólo late por ella!

¡Ah! ¿por qué ha sido tan virtuoso?

¿Por qué ha sido tan tierno consigo mismo y no se ha concedido un solo consuelo, ya que todo lo tiene ahora perdido?

¿Por qué ha ocultado en las profundidades de su corazón ese culto que jamás sino en secreto ha recibido el incienso de su homenaje?

¿Por qué se ha hecho víctima de su nobleza y no conserva un recuerdo que dulcifique su pesar?

¿Qué era para él el deber? ¿qué el honor? ¿qué la generosidad?... ¿qué aún la sombra amonestadora de su madre virtuosa?

¿Por qué no desdeñó todo género de consideraciones?

¿Por qué no siguió los impulsos de su pasión?  
Hubiera sido lo mismo tal vez.

¡Hubiera muerto Isabel; pero hubiera muerto sabiendo que él la amaba; y en comparación á su agonía actual, hubiera sido ésta... una felicidad!

No la había amado bastante, todo lo que ella se merecía, cuando había podido disimular su amor...

¡Era su amor un amor cobarde, mezquino, pobre, indigno de ella; y por eso la dura suerte lo castigaba!...

Dioses Lares, Dioses Lares; llámadlo á la razon.

Dadle á conocer su grande yerro: devolvedle el racion, porque Gonzalo delira.

Sí: delira en estas ideas que lo arrebatan y le producen la desesperacion: desesperacion que lo arranca al fin de su inmovilidad y lo lleva presuroso hácia el sofá.

Demudado su semblante, desencajados los ojos y como fuera de sí, separa á los niños que resguardan con sus brazos el inmóvil cuerpo, y cae de rodillas sobre el suelo.

No hay ya delito en su amor.

No hay ya medio de que este amor ofenda.

No hay ya recelo de que este amor sea rechazado.

No hay ya temor de que este amor perezca.

¡Purificado por la muerte, cual la flor que brota sobre un sepulcro, exhala su aroma sobre un cadáver!...

Los niños lo contemplan aterrados; su aspecto es imponente.

Lo creen loco, y, abrazados el uno al otro, huyen de aquella escena, y dejan á Gonzalo solo con la que ama.

Lirio blanco, pobre lirio blanco, ¡qué no da-

rias tú por una de esas palabras apasionadas que resuenan en el tocador!

Lirio blanco, cuál no sería el eco de tu corazón al escucharlas, y el éxtasis de tu alma al sentir sobre tu boca... ¿qué es aquello?

¡Un beso!

¡Sí: un beso de delirio sobre los pálidos labios, un beso que lleva concentrada toda la pasión del corazón!

Dioses Lares, Dioses misericordiosos, ¿cómo autorizais semejante liviandad?

Levantaos rigurosos, levantaos, y oponed vuestro escudo á toda ofensa, y amparad al ángel que ha descansado en vosotros.

Vigiladla, Dioses Lares, y no la abandoneis porque parezca muerta...

¡Palabras inconexas, palabras delirantes, entrecortadas á veces, en tumulto otras, llenas de ternura, de pasión, de dolor, de remordimiento y de desesperación salen de aquellos labios tan llenos de agonía, y, amorosos los brazos que jamás osaron, ni aun en sueños, extenderse hácia aquel cuerpo inánime, ahora lo estrechan contra el pecho, y con éxtasis que no tiene expresión, imprime la ardiente boca sobre los lívidos labios aquel beso apasionado!

El primero y el último.

Los Dioses Lares despertaron al fin, y tuvieron misericordia de los dos.

Un débil latido del corazon, un hálito suave por entre el fuego de aquel beso apasionado, un movimiento apénas perceptible del exánime cuerpo... y el encanto de la escena cesó.

Vivia Isabel; y con la vida cesaba lo que autorizaba la muerte.

No habia sido más que un desmayo; la postracion de la naturaleza producida por el exceso de la excitacion.

Y, rápida la reaccion, no bien sintió Gonzalo el latido de su corazon contra el suyo, y el hálito suave de la respiracion contra su boca, que, cual si hubiera recibido un choque galvánico, como el ladron cogido en flagrante delito, retrocedió con espanto, aterrado de lo que se habia atrevido á hacer.

¿Dónde estaba ahora su valor? ¿dónde su osadía? ¿dónde su decision? ¿dónde su desbordada pasion? ¿dónde, en fin, su remordimiento por haberse mostrado tan digno de ella?

En pié, con los brazos criminales cruzados sobre el pecho, y entreabierta la culpable boca, cual si aspirara aún el aliento que habia bebido, á

alguna distancia de Isabel, fijos en ella sus ojos, espera la confirmacion de sus temores.

El hálito es seguido por un suspiro, el latido del corazon es acompañado de una oscilacion visible en la muselina que cubre el seno, y ántes aún de que el jóven Figueras haya tenido tiempo de coordinar sus desarreglados pensamientos, se incorpora Isabel y lanza en derredor una mirada vaga.

Se desvia el cabello que la cubre como un velo de oro, se pasa la mano por los ojos y por la frente, cual si acosada por alguna pesadilla se afanara por distraerse de ella; y de nuevo recorriendo con su vista todo el ámbito del tocador, y esta vez como en busca de algun objeto determinado, se fija por fin en el que inmóvil la contempla con miedo y con infinito amor.

Su rostro tan lívido se enciende de repente, sus ojos tan vagos adquieren como por encanto todo el fuego de su naturaleza, y temblorosos sus labios, pero comprimidos por la agonía interna que destroza el corazon... descubren en su color cárdeno, en el purpúreo color de la vergüenza, que Isabel conoce que de ellos se han llevado la miel.

Ausentes las abejas que esta miel de contínuo

saborean; ausentes los inocentes autorizados para libarla, y en pleno conocimiento Isabel del fuego que por sus venas ha circulado, no necesita examinar el aspecto criminal del que está delante para confirmarse en sus sospechas.

Sabe que se decide en este momento una cuestion importante de su vida; sabe que la crisis ha llegado, que los instantes son preciosos, y que de la virtud al crimen no le falta más que un paso.

Ha sentido estremecidas sus fibras por el fuego abrasador de lo que en su estado exánime creyó una vision; ha sentido en medio de su languidez, en tanto que era estrechada sobre el pecho que la ama, todo el deleite embriagador de la pasion; lo ha saboreado cual si no fuera un delito, y sin remordimiento se ha entregado al éxtasis creyéndolo sólo un sueño.

Pero no son vision, no son ilusion de los sentidos, no son un sueño, las palabras que en un confuso eco á sus oidos han llegado, ni el amor y la desesperacion con que ha sido estrechada contra el corazon que la ama, ni aquel beso apasionado que sobre su boca ha sentido.

No es vision, no es ilusion, no es sueño, es la realidad; y la realidad doblemente de temer, porque la pasion desahogada sobre el cuerpo tenido

por muerto, ha hecho una sensacion profunda que cual un rio que va á derramarse en el Océano, así vierte sus poderosas corrientes en el que la ha inspirado.

Pero calladas estas corrientes, escondidas bajo el follaje espeso del pudor, en la tranquilidad de la figura que examina el rostro criminal, en la aparente indiferencia que revela su actitud, en su mismo silencio y ausencia de toda expresion ó gesto de sorpresa, estriba la esperanza de su salvacion.

Es cierto que sus mejillas se han encendido, es cierto que sus hermosos ojos brillan con un fuego sobrenatural y que sus labios cárdenos se mueven temblorosos; pero puede ser de indignacion ó de enojo; ó tal vez no sea otra cosa que el reflejo del quinqué, y no sensacion alguna que le sea á Gonzalo referente.

Así, al ménos, lo piensa el jóven, y viene este pensamiento á aumentar su desconfianza y renacido temor.

Desea romper la violencia de la situacion, desea decir algo explicatorio de su presencia; pero, trabada su lengua por la expresion indiferente que en Isabel descubre, en balde se esfuerza por hallar palabras propias de la ocasion, en tanto que ella,

igualmente turbada, pero, como mujer, más dueña de sus sensaciones, hace por manifestarse serena, y trata de dirigirle la palabra.

Débil, sin embargo, su voz para corresponder á los deseos que la animan, débil para interpretar los sentimientos que la mueven, los acentos espiran en sus labios, y á los oídos del que con avidez bebe las palabras que de su boca salen, no llega más que el sonido confuso de un lenguaje ininteligible.

La entrada de los niños rompe al fin las dificultades de la posición.

Aterrados por el aspecto de Gonzalo, habían huido á una habitación interior; pero, repuestos de su miedo, venían ahora, ángeles buenos enviados por la mano de Dios, á saber lo que en su ausencia pudiera haber ocurrido, y á salvar con su presencia el riesgo de aquella situación tan violenta: violenta, porque, delincuentes ella y él, ámbos... el uno con pleno conocimiento de su delito, la otra con el sentimiento de él en su corazón, ni uno ni otro se hallaban con fuerzas para resolverla.

¿Quién describir puede la alegría de aquellos dos corazones juveniles, al encontrarse con su

hermana, que corrió á su encuentro y los recibió en sus brazos?

¡Quién no quisiera ser ella para sentirse así enlazado entre aquellos brazos tan sinceros, y besado por aquellos labios tan puros!

Cariño desinteresado, cariño puro, libre de todo ceno terrestre...: en el cariño de los niños hay algo que nos trae á la memoria el cariño de los ángeles, y hay algo tan sagrado en su presencia, algo tan puro en su atmósfera, que es preciso ser completamente desalmados para no respetar la aureola celeste que los circunda.

Y tal fué la impresion comunicada á Gonzalo Figueras por la aparicion de Inés y Cárlos, que los contempló con veneracion, como si de sus hombros hubiera visto salir alas de serafines y fueran estas alas extendidas en torno de Isabel, y su ambrosía derramada sobre la cabeza de la jóven.

— Te creíamos muerta, decia la expresiva Inés. ¿No es verdad, Gonzalo? exclamó dirigiéndose al jóven. ¿No es verdad, repitió, que cuando te traje aquí pensaste lo mismo que yo? Y dí, continuó la impetuosa muchacha; ¿no fué tu miedo y tu pesar tan grande como el nuestro al acercarte á ella?... Porque yo, añadió con seguridad, te ví

los ojos llenos de lágrimas: y más que eso, la cara tan desencajada que parecias un loco. Y eso era prueba, añadió abrazando á su hermana y cubriéndola de besos, de que quieres á Isabel lo mismo que nosotros. A Isabel, la más hermosa, la más cariñosa, la mejor de todas las personas del mundo... ¿No es verdad, Gonzalito mio?

El rostro de Isabel ardia, y el de Gonzalo estaba lívido; pero lívido y todo, revelaba lo que á Isabel no podia ya estarle oculto.

Despedian los ojos todo el fuego que abrasaba el alma; decian con su mirar profundo todo lo que en el corazon pasaba; y, aunque muda la lengua, presentia Isabel lo que esa lengua queria decir y no podia articular.

—Para tí, Inés querida, fué la respuesta de su hermana mayor, para tí y para mi Carlos, soy la más hermosa, la más cariñosa, la mejor de las personas del mundo; para vosotros soy todo lo que tú quieras; pero para nadie más.

—¡Oh! sí, imterrompió la aturdida criatura con vivacidad, para Gonzalo tambien. Si hubieras visto lo afligidísimo que estaba, no te atreverias á decir esa tontería.

—Gonzalo tiene un excelente corazon, prorumpió Isabel, dirigiéndose por entero á la niña

y como si la persona á quien se referia no se hallara presente; pero, añadió con marcada intencion, no deben confundirse los sentimientos de la amistad con los demás. Le agradezco á Gonzalo el interés que ha manifestado, y de la parte que en nuestra afliccion ha tomado, exclamó acentuando fuertemente estas palabras, conservaré siempre el más grato recuerdo; pero, Inés mia, prosiguió siempre con la vista fija en la criatura y sin dirigirla nunca, ni por casualidad, á la persona que esperaba estas palabras con el alma toda pendiente de ellas, guárdate otra vez de abusar á tal extremo de su bondad.

Gonzalo no pudo por más tiempo hacerse el desentendido.

—Señora, exclamó interrumpiéndola dando articulacion á estas palabras con amargura difícil de reprimir, dirigiéndose al mismo tiempo al lugar donde se hallaba Isabel; si mi presencia la ha incomodado, si mi interés y compasion, añadió con acentos balbucientes la molestan...

La conmocion pintada en su semblante era tan visible, que hasta los mismos niños la notaron; é, interrumpida su articulacion por el exceso de su agitacion en los brazos de los pequeñuelos que abandonaron á su hermana para acudir donde su

instinto compasivo los llamaba, hizo Gonzalo lo que en tantas ocasiones de su vida hiciera la mujer que amaba: ocultar su turbacion, y en seguida, desprendiéndose de estos brazos cariñosos, se dirigió á la puerta de la estancia con el corazon latiéndole como si se le fuera á salir del pecho, pero con lentos pasos; cual si abrigara la esperanza, en medio de su grandísimo desaliento, de que alguna palabra amistosa habia de venir á deramar el bálsamo de su consuelo en su lacerado corazon.

¡Inútil esperanza, vana ilusion; no conocia á Isabel si semejante palabra esperaba!

No conocia bastante el elevado timbre de su virtud si creia que esa virtud era ménos perfecta.

No es virtud perfecta la que revela la lucha del corazon.

¡La virtud verdadera, más exigente, más absoluta, no pide otra compensacion que la de la conciencia propia!

Sin una palabra, sin un gesto ó movimiento que le hiciera volver atrás, á pesar del tiempo que Gonzalo concedió para ello, y de las innumerables veces que sus ojos buscaron los de Isabel, salió al fin del tocador, y sólo cuando tuvo ella seguridad de que se hallaba lójos, y de que la

llave en la puerta la aseguraba contra toda interrupcion, sólo entónces fué depuesta la fingida indiferencia del semblante, y reveló en su expresion de agonía lo que le costaba al corazon el sacrificio á que habia sido llamado.

Pero sólo en la expresion del semblante... ni suspiro, ni lágrima, ni desahogo ó abandono alguno, se concedió aquella conciencia tan rigurosa.

Era muy grande el delito para no merecer la más severa de las expiaciones; y no era sino justo sobrellevarla, y olvidarse de sí misma, cual si nada de ello hubiera sido, ó en su corazon de corazones no hubiera encontrado el más mínimo eco.

Era hermosa de ver la humildad de su abnegacion: era hermoso de ver el desprendimiento completo de sí, y la nobleza de su proceder al desechar todo recuerdo propio, para no ocuparse más que de los demás y de lo que le correspondia hacer respecto á ellos.

¡Su marido, su padre, sus hermanos!

Obligaciones sagradas, obligaciones que jamás deberian ser desatendidas, y que debian llenar todo el lugar de su corazon... ¿Sería posible que con su propia omision fuera ella á faltar á estos deberes tan sagrados?...

¿Sería posible que hubiese ya dado márgen á que recelase su esposo? ¿á que su padre y hermanos fueran víctimas de este recelo?

¿Sería posible que ella que todo lo habia sacrificado por ellos fuera ahora á sacrificarlos por su culpa?

¿Sería posible que el veneno del pecado circulase ya por sus venas, y que el hálito impuro del delito estuviera á la vista de los demás?

¿Sería posible, en fin, que lo que el cajero habia insinuado, no fuera sino una insidiosa advertencia lanzada para precaverla contra lo que hubiera adivinado?

¡Horrible pensamiento!... negro y medroso fantasma, que, cual el murciélago que perpetuamente gira alrededor de una ruina, venía de continuo á visitar su imaginacion: los efectos de este pensamiento casi enloquecian á la jóven; provechosos al mismo tiempo, contribuian á afianzarla en sus renovados propósitos.

Propósitos que habian de enmendar todas las faltas que pudiera haber cometido; que habian de encubrir todas las omisiones, todas las negligencias, y destruir por completo todo género de recelo ó desconfianza en D. Álvaro y de sospecha en el cajero. Y, si la intercesion de este último, como no

dudaba ya ni un momento, conoedora de su influencia con su principal, le otorgaba el levantamiento de la sentencia fulminada, si por la intercesion de Francisco Cadenas era salvada del golpe cruel que habia recibido... entónces, ¿cuál no habia de ser su estudio para no volverse á exponer á semejante castigo, y cuáles no habian de ser sus esmeros por manifestarse digna de la merced que recibiera?

Sería no sólo como nunca sumisa y deferente; sería no sólo como nunca complaciente y cuidadosa de los gustos, de los deseos, de la voluntad de su esposo; sería más que eso: cariñosa, afectuosa, amante... ¡aunque él en su rudeza no se lo permitiera!

Sí: todo eso sería.

Su virtud era grande; su corazon tambien y su voluntad era inmensa, ilimitada.

¡Ay! ¡D. Álvaro, D. Álvaro, si por un momento hubieras podido comprender algo de las profundidades del corazon de tu mujer, si hubieras podido sondear su nobleza y generosidad, traducir los tesoros ocultos en aquella alma tan rica de virtudes, habrias inclinado tu cabeza y aprendido mucho de lo que ignorabas en el negocio del corazon, tan superior al de los cupones!



## CAPÍTULO XIII.

---

Puntual el cajero á la promesa ofrecida á la mujer de Montoya, de interponer la fuerza de su influjo para favorecer su causa, no bien se alejó de ella, se dirigió solícito en busca de D. Álvaro, á quien estaba seguro de encontrar sumergido en las delicias de su escritorio solazándose dichoso con sus libros y papeles.

Y en efecto, en su escritorio particular, monopolizada su atencion por el libro de caja que tenía delante, le halló sentado ante su carpeta, con ojos, corazon y alma cifrados por entero en las entradas y salidas; sin que recuerdo, pensamiento ó sentimiento referente á la desavenencia con su mujer, para nada ocupara en su mente el más insignificante lugar.

Francisco se le acercó, y, ocupando en silencio

una silla á su lado, esperó el momento oportuno para dirigirle la palabra.

—Buena cabeza, decia para sí el comerciante, en tanto que volvia las hojas del libro; excelente cabeza: cabeza privilegiada, cabeza sin igual. Todo exacto: todo bien. Ni la más leve falta. Ni el más pequeño olvido. Ni la más mínima distraccion. Ni el menor retraso. Bien, Francisco, bien.

—¿Qué hay con Francisco? exclamó de repente el cajero, valiéndose de las palabras soltadas por su jefe para entablar la conversacion.

—Que he estado repasando tus libros, contestó el comerciante, notando por primera vez la presencia de su dependiente, y me place verlos en tan buen órden: en tan buen órden como deseo, y tengo la satisfaccion de tenerlo todo en mi escritorio. Orden, puntualidad, exactitud, desde lo más grande hasta lo más pequeño, órden en las especulaciones y órden en las consignaciones, órden en las negociaciones, órden en las disposiciones. Este es mi lema, añadió dando con el puño sobre la carpeta como para dar más fuerza á sus palabras; y este es mi sistema, que aún nunca me ha fallado.

—Lema, insinuó el cajero, cuidadoso siempre

en la apariencia de estimular el amor propio de su principal y de mostrársele en extremo indifere[n]te, pero en realidad, atento invariablemente al servicio de sus propios fines, lema provechosamente adoptado por los que siguen el buen ejemplo de V., y que contribuye y no poco á que, trabajando cada cual en su limitada esfera, haya unidad en el todo, como los resultados mismos le permiten á V. juzgar.

—Cierto, cierto, interrumpió D. Álvaro con viveza. Hablas por tí mismo, y la razon te sobra. Sé cuáles son tus servicios, cuál el interés que en mis negocios tomas, cuál la gran parte que en ellos te corresponde. No necesitas recordármelos para que te conceda la merecida justicia.

— Sí, necesito recordárselos á V. esta vez, porque los motivos que me impelen á ello, harto poderosos, requieren bien la evocacion de estos recuerdos.

Montoya fijó los ojos con sorpresa en su dependiente.

—¡Algun negocio ha fracasado! ¿y por tu culpa? preguntó.

—No, señor, se apresuró á contestar el cajero; no se trata ahora de negocios de escritorio.

—¡Bah, bah! exclamó D. Álvaro volviéndose

á sumergir en el libro que tenía delante; pues entonces déjame en paz, y no me incomodes con pequeñeces.

—Se trata de un negocio de otra especie, persistió Francisco, desentendiéndose de las palabras de su principal; y, aunque tal vez sea una libertad en mí intervenir en cuestiones tan delicadas, sin embargo, mi interés, y sobre todo, mi autorizacion á exigir alguna prueba de esa justicia de que V. ha hablado, me impulsan á entrar de una vez en materia. Sr. D. Álvaro, exclamó el cajero, para hablar con claridad é imponerle de una vez del objeto que me trae aquí, sepa V. que vengo enviado por su mujer.

—¡Por mi mujer! ¿y qué tienes tú que ver con mi mujer?

¡Como si Francisco nada tuviera que ver con ella!

—Que ¿qué tengo que ver con la mujer de V.? exclamó el cajero. Nada más sino que es la mujer de V. y que esto me basta para tomar la misma parte en todo lo que á ella concierne, como en lo que á V. atañe. Sé, no importa cómo, añadió en un tono que rara vez usaba con Montoya, pero que una vez usado jamás admitía réplicas, lo que entre VV. ha pasado. Sé, que incomodado

con los niños y con el viejo Aguilera, acaba V. de lanzarles la sentencia de destierro. Sé que, indiferente á los ruegos de su mujer de V., se ha sostenido V. firme en su rigor, y sé más todavía, que esto no debe ser. Que si bien la justicia favorece á V. hasta cierto punto...

—La justicia y mi voluntad, prorumpió don Alvaro dando con el puño en la carpeta; y el derecho de disponer en mi casa lo que mejor me parezca. Los niños me incomodan; el viejo me molesta, y estoy cansado de todos ellos. Mejor que nadie sabes, añadió deponiendo un poco la cólera con que se habia expresado, lo nada acostumbrado que estoy á las contrariedades y á la molestia; y, si ahora has tomado sobre tí el censurar mi conducta, mal cuadra semejante proceder con la conformidad perfecta que hasta aquí ha habido en nuestros pareceres respecto al asunto mismo que tratas ahora de defender.

El semblante del cajero se coloreó ligeramente, y sus ojos traidores esquivaron las miradas de D. Alvaro; pero, dueño siempre de sus emociones, con impávida serenidad contestó á Montoya:

—Aunque efectivamente ha sido completa la conformidad de nuestros pareceres, no debe V.,

sin embargo, extrañar, Sr. D. Álvaro, que, si bien he sentido con V. ciertas molestias, ahora que ha llegado el caso extremo, ahora que peso en todo su valor los resultados de esas molestias, me lleve el interés inspirado por el desamparo de Aguilera y su familia, y la compasion á interceder por ellos.

—¡Bah, bah! interrumpió D. Álvaro con la más profunda indignacion; no me vengas tú con esas, que en tí no caen bien por más que hagas. ¡Desamparo, interés, compasion!... ¿No tienen dinero? ¿No le he dicho á Isabel que les dé cuanto quieran? ¿Qué más les hace falta?... Caramba, Francisco, prorumpió de nuevo golpeando la carpeta, ¿no he de hacer en mi casa lo que me dé la gana? ¿No he de hacer con mi mujer lo que me parezca? ¿No he de incomodarme si veo que no piensa más que en esos malditos de chiquillos y en ese condenado viejo? Tú mismo, añadió contemplando de lleno al cajero, ¿no has sido el primero á abrirme los ojos á los extremos de Isabel? Tú mismo, ¿no has sido el primero á decirme que me faltaba en atenciones, que me faltaba en deferencias, que la absorbian por completo esos otros afectos, y que ellos me robaban lo que era puramente mio de derecho? Dí, ¿tú mismo

no me has dicho todo esto? ¿y no me has presentado en ello ideas que jamás me habian cruzado por la imaginacion? ¿y no han de haberme hecho efecto esas advertencias, que una vez despertadas no he podido ménos de ver tan claras como la luz del dia?... y ahora que sus efectos producen consecuencias tan naturales, ¿no es una falta de consecuencia inaudita el venirme con reconvenciones y abogar por una causa tan impropia de tu defensa?

Cadenas, nunca falto de recursos en sí mismo, no necesitó muchos momentos de reflexion para contestar á este inesperado ataque.

—Señor D. Álvaro, dijo, si mi conformidad con la opinion de V., que no ha sido otra cosa lo que me he atrevido á exponer con referencia á los asuntos domésticos, habian siempre de merecer tan injusta interpretacion, Francisco Cadenas, exclamó con suma importancia, no osaria jamás presentar una idea que le fuera á V. referente. Apegado al interés de V. desde mis primeros años, é iniciado en todo cuanto le pertenece, identificado por completo con todo lo que le atañe, así en las cosas grandes como en las pequeñas, así en su vida exterior como en la interior, no es la justicia que de V. merezco la calificacion

que ha aplicado á lo que, lo repito, no ha sido otra cosa más que conformidad con la opinion siempre respetada de V., y resultados naturales de la perfecta identidad de que tan constantes pruebas le he dado en el curso de mi vida. ¡Abrirle yo á V. los ojos! ¡Hacerle patente las negligencias de su mujer, despertar sus recelos, presentarle la causa de ellos!... y ¡fijarla en unos inocentes; cuya impotencia debia hacérmelos tan sagrados! ¡Ay! ¡D. Álvaro, D. Álvaro! exclamó con bien fingida amargura; me hace V. una atroz injusticia, y me llega al alma su ingratitud.

¿Quién sino Francisco Cadenas hubiera osado expresarse de este modo? ¿Quién sino Francisco Cadenas hubiera desmentido de tal suerte sus propias maquinaciones, y renegado con tanto descaro de sus insidiosas intrigas?

¿Y á quién sino á Francisco Cadenas se lo hubiera el comerciante permitido?

El cajero habia seguido hablando con los mismos acentos de resentimiento.

—Me ha ofendido V. en lo más íntimo de mis sentimientos, y me ha hecho conocer por primera vez en mi vida, la poca esperanza que debo abrigar de que mis servicios encuentren jamás su verdadera apreciacion. Veo que me falta la confianza

de que tan seguro he creído estar, y temo que, así como mis palabras lo son, habrán tal vez de ser igualmente mal interpretadas mis acciones. Si es así, D. Álvaro, si he acertado con la verdad, si mi posición respecto de V. es otra de la que hasta aquí he creído, dígamelo V. de una vez, que en nuestras relativas situaciones no puede haber confianza á medias, ni puedo yo ser otra cosa de lo que me he juzgado, ni, una vez desengañado, permanecer un momento más en esta casa.

El comerciante dió un salto en su asiento, sorprendido de esta inesperada salida, puesto que no podía presumir que una cosa para él tan insignificante produjera resultados tan grandes; pero se dispuso á calmar el resentimiento de su dependiente.

Necesario este dependiente para el manejo de su escritorio, necesaria la rueda grande para hacer girar las piezas todas del mecanismo mercantil de D. Álvaro, la pérdida de Francisco Cadenas (en la imaginación del comerciante) equivalía á la muerte para sus negocios; y, sabedor el dependiente del poderío que el temor de su falta ejercía en su principal, era la amenaza de separación el

arma eficaz de que invariablemente se valia para servir á sus propósitos.

Arma poco gastada, arma manejada siempre á tiempo, arma dispuesta y reservada para los casos de empeño, jamás habia dejado de conseguir su intento, ni jamás habia sido empleada más á tiempo que en esta ocasion en que el cajero se habia propuesto triunfar, y en que su propia astucia se habia vuelto contra él... Enseñada, pues, el arma cambió el aspecto de la cuestion.

—Dispensa, Francisco, exclamó Montoya, si mis insinuaciones te han ofendido; y no hablemos de falta de confianza, ni de malas interpretaciones, ni, sobre todo, de separacion. Penetrado de lo que dices, de la justicia que te asiste, sé bien todo lo que te he merecido, y, léjos de disminuirte mi confianza, no abrigo en la actualidad otro deseo que el de manifestártela de la manera más amplia, y destruir por entero los injustos recelos que jamás deberian tener en tí cabida, y recompensar como lo merecen los servicios que jamás he menospreciado.

—Yo no quiero nada para mí, fué la respuesta del cajero, desentendiéndose ya de la cuestion del resentimiento y volviendo presuroso al primer punto del debate: si al principiar esta conversacion

hice por recordar á V. mis servicios, fué movido por los motivos más justos y el objeto más desinteresado, por hacer un servicio á la desgracia sacrificando todo sentimiento propio.

—¡Bah, bah, bah! Francisco, interrumpió el comerciante, revelando su fisonomía la misma profunda indignacion de ántes; si sabes que te he dicho que á tí no te pegan esas cosas, ¿por qué me vienes con semejantes impertinencias? Nada te deben de interesar asuntos de esta especie, ni debes mezclarte en ellos ni ménos oponerte á las disposiciones que he juzgado conveniente dictar.

— Es que, interrumpió Francisco, firme siempre en su propósito y resuelto á salir victorioso, si por un interés de pura compasion me presté á servir de medianero en este asunto, y me expuse al encono de V. por favorecer la peticion de su mujer, impulsado ahora de un sentimiento más poderoso, cual es el de recibir una justa reparacion á las más ofensivas insinuaciones, le prevengo que ninguna reparacion me basta ni me satisface, más que el acceder á mi solicitud; prueba única de confianza que habré de admitir, y acto de justicia respecto á mi ofendido honor, que, de negármela, exclamó con entereza, habrá de producir una inmediata separacion entre nosotros.

— Pero, Francisco, Francisco Cadenas, prorrumpió su principal asiéndole por un brazo; ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

— Mucho, mucho, replicó el cajero. Alarmada mi delicadeza, y resentido, como ya he dicho á V., por la mala interpretacion dada al asentimiento con que escucho sus opiniones, es un acto de justicia y de conciencia concederme lo que pido: el levantamiento de la sentencia impuesta á la familia de Isabel que no pido ya como una prueba de confianza, sino como una reparacion merecida á mi ofendido honor; más aún, como una justa satisfaccion, que por mi parte me corresponde hacer, á los que sin la intervencion de mi voluntad han sido, no obstante, víctimas de mis culpas. Señor D. Álvaro, añadió; siendo mis frases, segun el juicio de V. impropias de mi persona, nada más le digo sobre el asunto. Determine V. lo que juzgue más conveniente. Es V. dueño de hacer lo que guste en su propia casa y de disponer de sus asuntos como mejor le parezca. Yo, por mi parte, me lavo las manos.

Pronunciadas estas palabras, se levantó el cajero de su silla y se dirigió á una ventana que daba á la calle.

Era ya casi de noche, pero situada la casa en una plaza, la vista de Francisco se extendió por un extenso ámbito en que aún podían distinguirse los objetos á la opaca luz del crepúsculo.

La torre de la iglesia fronteriza á la casa se destacaba por entre las casas contiguas, y los árboles nuevos, recientemente plantados en esta plaza, parecían como hormigas á sus piés.

Habia gente paseándose por un lado y otro; habia alguna ocupando los asientos que circundaban el recinto, y, perceptibles á la vista perspicaz de Francisco Cadenas lo mismo las personas que los objetos inanimados, en tanto que D. Álvaro meditaba sobre las palabras que le acababa de dirigir, se entretenía éste en revisar las diferentes cosas que tenía delante, y con especialidad los grupos diseminados por todas partes.

Aunque le era imposible distinguir las facciones de los paseantes, podia, sin embargo, reconocer su calidad; y, no bien habia estado Francisco entregado un par de minutos á este entretenimiento, cuando le llamó la atención una pareja, hombre y mujer, que se hallaban sentados á alguna distancia de la casa.

Reparando en el aire de la mujer y en su figura difícil de confundir con otra, pronto reconoció

Francisco á Mercedes, que, al parecer, profundamente interesada en la conversacion de su compañero, prestaba grande atencion á lo que éste le decia.

Francisco no pudo ver más.

La mano de D. Álvaro sobre su hombro le distrajo de su observacion, y con no mucha suavidad le separó de la ventana.

Oscuro ya por completo el escritorio, y oculta, por consiguiente, la expresion violenta del semblante del comerciante al dirigirse al cajero, pasó inadvertido por Francisco el sacrificio que de su dureza y orgullo brutal (no tiene otra calificacion) hacía á la necesidad.

—Francisco, dijo bruscamente y cuadrando mal la dureza de sus acentos con el temor de sus palabras; te concedo lo que he negado á mi propia mujer. Será levantada la sentencia impuesta á su familia, y esta misma noche quedará todo arreglado. ¿Estás satisfecho?

—Las palabras me faltan para expresar mi reconocimiento, contestó el cajero con júbilo inexplicable. No esperé ménos de D. Álvaro Montoya, ni es posible que tan grande concesion deje de encontrar su merecida recompensa en el amor de la esposa, que se aumentará con sus atenciones y deferencias.

Don Álvaro se encogió de hombros, y pareció dispuesto á dar la cuestion por terminada; pero, empeñado Francisco en arreglarla por entero á su satisfaccion, é indiferente á la voluntad de su principal, procedió en seguida á trasmitirle todas las protestas y promesas que de parte de Isabel recibiera, y sólo cuando ya nada le quedó por decir tuvo por conveniente callar.

La noche estaba ya encima y hacía un frio excepcional.

—¿Va V. á salir? preguntó el cajero.

—Busco mi sombrero y la capa, pero no doy con ellos.

Francisco Cadenas encendió diligente un fósforo, y prendió fuego á una bujía.

Y, hecho esto, lleno de amabilidad procedió á buscar la capa y el sombrero de su principal; y no sólo se los entregó, sino que llegando su condescendencia al punto más extremo, le sirvió de ayuda de cámara, y le acompañó despues con la luz en la mano hasta dejarle en la escalera del escritorio.

Don Álvaro estaba encantado.

Sensible como nadie á la adulacion, engreido como el que más con el prestigio de su posicion y riquezas, aunque acostumbrado á recibir el home-

naje servil del mundo que tan grande culto rinde al becerro de oro, le era más grato que ninguno otro el que le tributaba el cajero.

Francisco lo sabía, y porque comprendía bien su verdadera posición sabía siempre sacar tan buen partido de ella.

A los pocos momentos de la salida de Montoya, siguió el cajero su ejemplo, y, embozándose como él en su capa, que al propio tiempo que le resguardaba del aire de la noche ocultaba su semblante si no quería ser conocido, dirigió los pasos al sitio donde había visto á Mercedes.

La concurrencia en la plaza se había disminuído; pero fácilmente descubierta á sus ojos por este motivo la persona á quien Cadenas buscaba, la distinguió en breve sentada en el mismo asiento en que la había visto ántes con el hombre mismo á su lado.

Francisco se paró á alguna distancia; dió dos ó tres vueltas, ya por un lado, ya por otro; y por último pasó delante de la pareja, y sin que ellos lo notasen examinó al compañero de la jóven.

Era un hombre al parecer de mar, si había de juzgarse por su apariencia, y cuyo rostro, iluminado por un cigarro encendido que tenía en la

boca, revelaba cierta rigidez de facciones y color tostado que manifestaron su profesion.

Parecia bastante jóven, y este descubrimiento, aumentando el interés con que el cajero lo examinaba, le hizo dar varios paseos delante de él, á pesar del riesgo que corria de llamar su atencion.

Conversaba con la mayor animacion, y, aunque era difícil á la distancia que mediaba entre él y Francisco percibir el sentido de sus palabras, dejábase conocer en la vehemencia de su gesticulacion que algun asunto de grande importancia le ocupaba.

Pasaron algunos momentos, y empezaba ya Cadenas á perder un poco de la paciencia necesaria para satisfacer su curiosidad, cuando la pareja se levantó y salió de la plaza.

Tomaron el camino á la izquierda, y á los pocos segundos, pasando por la casa de D. Álvaro, siempre el cajero á la vista de ellos y siguiéndoles los pasos, se paró Mercedes y con la mano señaló las ventanas del escritorio.

Francisco conoció que trataban de él.

Cargado el cielo de espesas nubes, por entre las que de vez en cuando lanzaba la luna su amortiguada luz, ya sobre los cristales de los balcones de las casas, ya sobre los faroles de las calles, ya

sobre las calles mismas, ya sobre alguno de los transeuntes, ó ya sobre la pareja que tenaz perseguía el cajero, entreteníase éste en observar los rápidos eclipses y las rápidas apariciones de la luna y la velocidad con que las nubes surcaban su camino por el espacio.

Blanquecinas unas, negras y cargadas otras, pero veloces cruzando todas por delante de la luna, parecían unas grandes locas abrumando á una modesta doncella con sus vueltas y revueltas desordenadas.

La plaza quedó léjos, y, pasando por una y otra calle, la pareja delante y el cajero detrás, llegaron por fin á la casa de Mercedes, que se hallaba situada en la calle de la Alameda.

La jóven y su compañero se pararon á la puerta.

El hombre volvió á la misma vehemencia de gesticulacion que Cadenas habia observado en la plaza, y, ostentando ella entónces la más excesiva indiferencia, acompañada de palabras que en balde quisiera el espía distinguir, se separaron, la mujer con unas *buenas noches* sonoras (las primeras palabras que á los oídos de Francisco llegaron), y el varon con un *adios* tan expresivo en su acentuacion que pareció haber despertado el dormido eco de la Alameda.

Mercedes desapareció y á los pocos segundos pasó su compañero junto á Francisco, que, merced á las treguas que las grandes locas acababan en aquel momento de conceder á la abrumada doncella y á los rayos refulgentes que derramaba ésta sobre el jóven, le pudo ahora reconocer de lleno.

Su tostado rostro, en extremo expresivo, parecia agitado por algun sufrimiento difícil de reprimir, y la celeridad de sus pasos, y completa abstraccion de todo objeto exterior en perfecta armonía con esta expresion, hacía evidente que no habia tenido para él resultado agradable su paseo con Mercedes.

A lo ménos, así lo pensó el cajero, y, doblemente estimulada su curiosidad por este descubrimiento, no bien perdió al hombre de vista, dirigió sus pasos á la mansion de la jóven.

Muchos dias hacía que habia dejado de pensar en ella; muchos dias que no habia puesto los piés en aquella casa; muchos dias que indiferente á todas las instancias de ella, habia rehusado responder á las contínuas cartas que ella le dirigiera y á los repetidos ruegos de volverle su cariño.

Desde que la vimos en la morada de Cadenas; desde que un beso frio bastó para apaciguar la

borrasca de su corazon, desde entónces no habia vuelto el cajero á verla más que de léjos.

En los alrededores del escritorio, en las cercanías de su casa, en la inmediacion de todos los sitios adonde tenía él costumbre de acudir, se presentaba ella como una sombra vagarosa; pero el cajero habia procurado huir de la hermosa Mercedes por todos los medios que estaban á su alcance; y, gracias á su astucia, lo habia hasta entónces conseguido.

Cerrada por completo su puerta á la presencia que en otro tiempo con tanto delirio saludara, precavidas y tomadas todas las disposiciones para contravenir á los efectos de esta presencia, ni una sola vez habia logrado la mujer desdeñada darle alcance.

¿Y por qué, se dirá, por qué despues de tantas precauciones, ahora, á impulsos sólo de su propia voluntad, va el cajero á comparecer ante aquella de quien ha huido?

Porque le mueve una invencible curiosidad de saber lo que ha pasado entre ella y el hombre que la ha acompañado; porque siente algo que anuncia que tal vez habrá de hallar en la satisfaccion de esta curiosidad algun medio de libertarse del penoso perseguimiento de que tan hastiado está, y, en fin, porque obedecia á ese móvil oculto que

sin sentirlo, y á veces hasta sin quererlo, nos conduce caprichoso como conduce una ráfaga de viento las hojas secas de los árboles.

Llamó á la campanilla; y, abierta inmediatamente la puerta, penetró en la casa; y conocedor del terreno se dirigió de una vez adonde sabía que habia de encontrar á la jóven.

En una salita reducida, amueblada con decencia, pero sin pretension alguna de lujo, Mercedes se hallaba esntada junto á un brasero, y su fisonomía estaba iluminada por una luz que ardia á alguna distancia sobre una mesa; luz que revelaba cierto cambio que no pudo ménos de hacerse notable al cajero á la primera ojeada.

Más brillantes que nunca sus negros ojos, pero casi feroz su adquirida expresion, les faltaba muy poco para asemejarse á los ojos de una hiena.

Más bajo su color, eran más delicados que ántes los tintes de su rostro; pero en cambio aumentada la dureza de los comprimidos labios, y ligeramente fruncidas las arqueadas cejas, como nunca audaz y resuelto era el conjunto de aquél rostro siempre interesante.

Caprichoso, como siempre, su vestido, lucia la misma saya negra azulada, el justillo carmesí con

las mangas blancas, y la toquilla color de junquillo con que fué á la mansion de Francisco Cadenas; pero, desordenado su peinado en el que tanto esmero empleaba de continuo, le caian dos ó tres mechones sobre el seno.

Fijos los ojos en las brasas que tenía delante, en las manos la paleta, moviendo con violencia la lumbré, y hablando para sí palabras ininteligibles semejaba á alguna hechicera entregada á sus sortilegios.

Francisco la examinó con despacio; y ahora que ya no la amaba, y que podia hacer el contraste de su nuevo amor con el antiguo, ahora que, presente á su pensamiento la imágen de una y otra mujer, podia hacer la distincion entre ámbas, ni áun le parecia hermosa la que tenía delante, y se asombró de que alguna vez se lo hubiera parecido.

Los ojos en las brasas, la paleta en la mano, los movimientos en la lumbré cada vez más violentos... alzó por fin la vista y se levantó de repente, atravesó el vacío espacio, y cayó en seguida en los brazos de Francisco ántes que éste pudiera evitarlo.

Un grito siguió, un grito difícil de explicar: un grito de sorpresa, de alegría y de delirio combinados.

## CAPÍTULO XIV.

---

—¡Vuelves! ¿Estoy despierta, ó es este sólo un sueño? exclamaba la apasionada jóven, en tanto que sus brazos enlazaban á Francisco, y que extasiada le contemplaba depuesto todo el ceño de su semblante é iluminado ahora por la más viva alegría. Francisco mio, querido, dueño de mi vida, ídolo de mi corazon, mira que te adoro... que te idolatro y no puedo vivir sin tí. Por eso has venido, continuó diciendo con la más tierna afectuosidad, para volver la vida á tu Mercedes. Tuya, y de nadie más. Tu Mercedes ¿oyes? que te ama con todo su corazon, y que no dejará de amarte miéntras tenga el corazon en el pecho... este corazon de fuego, de vida y de amor: todo para tí; que no tiene un pensamiento, un sentimiento, un deseo, una esperanza, ni una ambi-

cion que no sea tuya; que no vive más que en tu presencia, que no respira sino por tu voluntad, que no goza más que en tus placeres, que no sufre sino tus pesares, y que quisiera tener cien vidas que ofrecerte, y derramar su sangre toda en prueba de su amor.

Preparado para todo Francisco, ménos para esta efusion; dispuesto á hacer frente á las quejas, á las reconvenciones, á los lamentos y las lágrimas, este exceso de pasion le cogió desprevenido.

Pero, sin embargo, dominando su sorpresa, trató de apaciguar algun tanto la excitacion de la jóven y lo consiguió con la aparente afectuosidad de sus palabras.

—Cálmate, Mercedes, dijo asiéndola por una mano y estrechándola con afecto entre las suyas. Cálmate, Mercedes mia, y no te dejes arrebatar de tan excesiva violencia, porque el que está delante de tí se ha hecho indigno de merecer los sentimientos de un corazon tan ardiente. Aplaca el ardor de tu alma y muéstrate como sabes que me gusta verte, no arrebatada y violenta como te acabo de ver.

—Perdóname, Francisco, interrumpió la jóven, si mi violencia te ofende. Perdóname si mi amor es más de lo que me pides; y enséñame á domi-

narlo; á ser todo lo que quieras. Habla, ordena, manda. Tu voz es mi ley, tu voluntad es mi guía, y por tu amor de todo seré capaz.

El cajero, por toda respuesta, la condujo al asiento que ocupaba ántes junto al brasero, y en seguida, sentándose en frente de ella, le preguntó de repente:

—¿Quién era ese hombre que te acompañaba esta noche?

—¿Lo viste? exclamó Mercedes con una sonrisa llena de malicia y triunfo: y ¿dónde? preguntó.

—Delante de la casa de D. Álvaro, fué la contestacion del cajero.

—¿Y lo seguiste? preguntó otra vez Mercedes con la misma sonrisa de triunfo que ántes; la verdad, añadió con coquetería; ¿nos seguiste?

—¿Para qué negarlo? prorumpió Francisco.

Mercedes soltó una carcajada.

—¿Si lo sabria yo! exclamó como hablando para sí; ¡y no haberseme ocurrido ántes que el mejor medio de reclamarlo era por los celos! ¡Pobre Gabriel; qué inocente! Ni siquiera cayó en ello cuando le concedí la cita en la plaza.

—¿Hablabas? preguntó Francisco.

—No decia nada, contestó la jóven con aumen-

tada felicidad en su animada fisonomía; soy tan feliz sólo con mirarte, que no encuentro ni qué decirte. Y estás pálido, añadió examinando el rostro de Francisco con la mayor atención. ¿Habrás estado enfermo? ¿Tienes algo? preguntó con indecible ternura.

— ¿Me quieres decir quién era ese hombre que te acompañaba esta noche? fué la contestación del cajero, desentendiéndose de toda la ternura encerrada en el lenguaje y en la expresión de la fisonomía de la jóven; ¿me quieres decir quién era, sí ó nó? repitió Francisco bruscamente.

— ¿Y quién te dice que no? ¿quién te dice que no te lo quiera yo decir?

— Pues acaba de una vez, replicó Cadenas.

— Ese hombre, exclamó la jóven, es como si fuera un hermano mio...

— ¡Hola! interrumpió el cajero; esas tenemos. Y no me habías dicho nunca ántes que tuvieras semejante hermano.

— Postizo, prorumpió á su vez Mercedes: hermano de nombre, nada más; del que no te había hablado ántes, porque no lo había vuelto á ver desde que te conocí á tí; y porque... mira, Francisco, dijo interrumpiéndose: ¿no te enfadarás conmigo si te cuento todo lo de ántes y lo de ahora

tambien? ¡Soy tan feliz esta noche! exclamó cruzando las manos con arrobamiento, que todo te lo voy á contar: todo, para que veas, Francisco mio, lo que por tí he dejado.

Cadenas frunció en extremo las cejas, pero, inadvertido el movimiento por Mercedes, habia ésta seguido hablando de esta suerte:

—Ese hombre que me acompañó esta noche se llama Gabriel Boleta, y se crió conmigo en la Casa de Misericordia, donde aprendimos á llamarnos hermanos, y donde nos prometimos en nuestros primeros años, que seríamos cuando creciéramos marido y mujer.

Francisco la escuchaba con creciente atencion. Mercedes continuó:

—Nos amábamos como dos tórtolas; como si no hubiera nadie en el mundo más que nosotros y no tuviéramos otra cosa en qué pensar más que en querernos con ánsia aguardando á crecer, aprendiendo con afan á trabajar, sobrellevando con paciencia todos los pesares de nuestra vida, esperanzados mútuamente en la recompensa que nos aguardaba!... Crecimos al fin, yo más pronto que él; y yo era ya una mujer, como lo soy ahora, cuando Gabriel pensó que para conseguirme más pronto no debia perder tiempo en echarse á tra-

bajar. La mar era su delirio; la mar era su ilusion, despues de su Mercedes; la mar era su esperanza, y se hizo marinero. Lo que lloré entónces, Francisco, sólo Dios lo sabe. Lo que sufrí en la separacion, la intensidad de mi dolor al desprenderme de mi hermano, de mi marido, como siempre le llamaba, no lo puedo pintar. ¡La mar! ¡la mar! ¡Siempre estaban mis pensamientos en la mar! ahí mis esperanzas, ahí mis deseos, ahí mis ensueños, ahí mis sentimientos todos. En la mar mis ojos, en la mar mis oidos; el embate furioso de las olas me llenaba de horror y espanto; las rociadas contra la muralla frente de mis ventanas me estremecian de terror por los riesgos del Océano, y de noche y de dia, sin sentido para otra cosa más que para mi amor, vida, alma y corazon surcaban con él de continuo el inmenso piélago. Años duró esto, durante los cuales visitó Gabriel los países todos del mundo, constante siempre á su amor y trabajando perseverante para alcanzar la recompensa que no habia de recibir.

Se detuvo Mercedes un momento como para arreglar sus ideas, y en seguida, como si deseara de una vez acabar de decir lo que se habia propuesto, y le faltara el ánimo para expresarlo

con calma, continuó con creciente animacion.

—Tres años hace, exclamó fijando los ojos en su oyente, que deberíamos estar casados...

—¡Tres años! interrumpió el cajero.

—Sí: tres años, repitió Mercedes. Gabriel, prosiguió diciendo, habia ya casi cumplido su matrícula, y, no esperando más que eso para casarnos, teníamos fijado el tiempo para la vuelta de su último viaje, cuando quiso Dios...

—Que me conocieras á mí; interrumpió el cajero.

Mercedes le miró con la mayor ternura.

—Me acuerdo, dijo pasándose la mano por la frente de que la primera vez que te ví fué un día de fiesta. Me acuerdo, repitió, de que me seguiste en la calle, de que me dijiste que era hermosa, y que... y que, añadió en balbucientes acentos y con cierta timidez que rara vez descubria, que habia nacido para ser señora. ¡Yo! ¡Una hija de la Cuna! ¡Una educanda del Hospicio! ¡La prometida esposa de un marinero!... ¡Delirio!...

Lo que pasó ya lo sabes. Lo que trabajaste, lo que te afanaste, lo que hiciste, durante tantos meses, durante casi dos años, ¿quién mejor que tú lo puede recordar?

Cadenas se movió con inquietud en su silla.

—¡Pero, lo que jamás supiste fué lo que yo sufrí en quererte: la lucha de mis sentimientos y la generosidad con que te los oculté!... ¡La mar! ¡La mar! exclamó con creciente volubilidad. Ya no era nada para mí la mar. Podían rugir las olas, rociar la muralla frente á mis ventanas, batirse como grandes gigantes en medio del Océano; todo me era igual... Francisco, exclamó interrumpiéndose, ¿me amas mucho? ¿tanto como entónces?

Cadenas movió la lumbre con la paleta que tenía en la mano, y por toda respuesta le preguntó:

—¿Y Gabriel qué hizo cuando se encontró sin tí?

—¿Gabriel? Se me habia olvidado. Volvió de su viaje al cabo de seis meses, y cuando supo lo que habia pasado, se volvió á matricular, y sin verme se echó otra vez á la mar... ¿Me amas mucho, Francisco? volvió á preguntar Mercedes mirando al cajero con la mayor pasion; ¿me amas tanto como entónces?

Cadenas meneó la lumbre.

—¿Y cómo es que ha vuelto aquí? dijo en contestacion sin alzar los ojos de las brasas.

—Porque ha cumplido su tiempo; y ya hoy en dia es patron.

—¡Patron! repitió el cajero, ya eso es algo. Mercedes, añadió.

La jóven le miró con desconfianza.

—¿Y le has visto muchas veces desde su vuelta?... preguntó Cadenas.

—Nunca hasta esta noche. Como te dije, al saber lo que pasaba se fué de aquí sin verme, pero á su vuelta, hace un mes, me escribió para decirme que me queria hablar, y que, aun cuando no fuera más que por la memoria de nuestra infancia, le concediera una entrevista. Hace un mes, Francisco, que estaba yo loca de desesperacion por lo que tú ya sabes, y sin sentido para nada; no lo tenía ni aun para hablar á Gabriel, hasta que, despues de mucho pensar, me vino la idea de atraerte por los celos. ¡Pobre Gabriel! exclamó interrumpiéndose y mirando las brasas con abstraccion, ¡quién te lo hubiera dicho jamás que tu Mercedes haria esto contigo!... ¿Sabrá, prosiguió de nuevo, volviendo á su volubilidad, que nos has visto? ¿Sabrá que ha servido de instrumento á mis celos?

—¿Y qué te dijo Gabriel?... preguntó el cajero con marcado interés.

—Me dijo que me amaba todavía; que, por más que habia hecho, no habia conseguido olvi-

darme; que, rico en comparacion de lo que habia sido, no se abochornaba de la suerte que me ofrecia; y que si yo le queria sería mi marido.

—Y ¿qué le contestaste? prorumpió el cajero.

—Que te amaba á tí. Que te amaba con delirio; más que al mundo entero; más que á mi vida; más que á mi honor... y que por tí lo sacrificaba á él.

—¿Eso le dijiste, Mercedes?

—Eso y mucho más.

—¿Y no has pensado un momento?... exclamó el cajero.

—En nada más que en tí, interrumpió la jóven.

—¿Y no has pensado un momento, repitió Francisco, que todo en este mundo tiene fin; que es preciso mirar para el dia de mañana, que por mucho que yo te quiera es preferible?...

—¿El qué? gritó la jóven clavando sus ojos con ferocidad en el cajero. ¿Qué es preferible? Dílo. ¿Qué es lo que es preferible?

—El amor de Gabriel, contestó Francisco. ¿Por qué despreciarlo, Mercedes? ¿Por qué desatender sentimientos tan nobles y generosos? ¿Por qué hacerte sorda á la voz de la naturaleza? ¿Por qué sostenerte en una posicion tan falsa, cuando

otra más segura te brinda con sus halagos? ¿Por qué ser la víctima cuando puedes ser la dueña? Yo tu amante, más que amante, tu amigo, te lo aconsejo. Yo, que tu bien deseo, yo que deseo tu felicidad como la mia propia, yo que por resarcirte el daño que te he hecho, no sé de lo que seré capaz, yo te aconsejo que te cases con Gabriel.

La mirada de una tigre, la de una hiena, la del animal más feroz, es fria en comparacion con la mirada de ferocidad que contestó á estas palabras... Era horrible la expresion del semblante de Mercedes.

Comprimidos los labios, como faltos de toda accion, en balde hubieran querido articular una palabra: cadavérico el rostro, como si toda la sangre del cuerpo hubiera refluído al corazon, y en perfecta inmovilidad toda la persona, á no ser por la expresion de los ojos, habria parecido la jóven una figura de hierro.

Cadenas estaba jugando con la paleta.

—Mucho te he amado, Mercedes, prosiguió diciendo sin mirarla y moviendo la lumbre al mismo tiempo; y, por lo mismo que esto ha sido, conozco lo que te mereces. Eres virtuosa: eres buena como la que más, y debias desde el principio ha-

ber sido la mujer de un hombre honrado. No supiste resistir; te faltó, al fin, el valor; te sobró la ignorancia, y te creíste para siempre segura. Mucho te amé, repitió, pero también amaste tú á Gabriel: á Gabriel que te quería para esposa; y, si yo he faltado, más faltaste tú.

Un rugido estremeció la estancia: un rugido como el de una leona enfurecida, y la figura de hierro se levantó de su asiento como una fiera.

Dió un paso; pero al parecer súbitamente arrepentida de su intencion, retrocedió, y al retroceder extendió los brazos hácia Francisco, con tal expresion en su fisonomía, tan oscurecida, tan desfigurada por la ira, que causaba horror mirarla.

El golpe sin direccion dió en el aire; y en pié la figura vacilante mirando al cajero con la mayor indignacion y temblando de piés á cabeza, con rabia y despecho:

—¡Tú me amaste, tú! exclamó, con una mano elevada hácia Francisco; ¡tú que me has dicho lo que acabas de decirme! ¡tú que me aconsejas que me case con otro!... Mentira; jamás me amaste. Mil veces mentira. Eres un infame, Francisco.

Cadenas la miró sonriéndose, y esta sonrisa

fué lentamente rompiendo en una risa sardónica.

Mejor hubiera sido su enojo que esta risa inhumana, y la mirada burlona y cruel que la acompañó.

—Cállate, Francisco, prorumpió la jóven; cállate por María Santísima, repitió Mercedes llevándose las manos á la cabeza como para contener los violentos latidos de sus sienas; ó me vas á volver loca. ¡Hacer esto conmigo! ¡Yo, que tanto te amo! ¡Yo, que todo lo he dejado por tí! ¡El amor de mi infancia, el hermano de mi niñez, la suerte segura con un hombre honrado!...

La risa continuó.

Los ojos de Mercedes chispeaban, la cabeza le ardia, las sienas le latian á cada momento con mayor fuerza, y, estrecho el seno para contener el henchido corazon, se alzaba con violencia contra el opresor justillo.

La risa continuó, y la mirada cada vez más cruel y desapiadada.

—Cállate, Francisco: cállate y no me mires así, volvió á decir la jóven; mira que no lo puedo aguantar.

Y en verdad no habia fuerza humana bastante para soportar tan inequívoco desprecio, tan inhumana retribucion.

Mercedes no podia más.

Toda la ira que hasta aquí se esforzara por contener, y los sentimientos de despecho allí aglomerados iban á estallar, y su estallido debía ser espantoso.

Dió un paso en direccion del cajero con las manos extendidas como habia hecho ántes: y, como si empuñara algun arma homicida y fuera á arrancarle el indigno corazon, así avanzó sobre él llena de furia y decisión.

Sus ojos lo decian, su palpitante seno, sus encendidos labios y cerrados dientes.

¿Llevaria algun puñal oculto entre sus dedos, ó, cual fiera enloquecida, era su intento valerse sólo de sus garras?

Su ademan lo decia, su hirviente pecho, su rugiente seno y erizada cabellera.

Pero... ¿qué es lo que ha hecho Francisco Cadenas?

La ha visto venir con los brazos extendidos, con chispeantes ojos y erizado pelo, y ha temido adivinar su intento.

La risa cesa de repente.

La ira lo subyuga: sus pasiones lo dominan; y, de soberbia lleno, sentado aún junto al brasero,

con la paleta en la mano, la dirige hácia ella...

Un grito horrible de dolor se oyó: un grito desgarrador: el dolor del alma y del cuerpo reunidos... y por el rostro de Mercedes corrió un sangriento surco que desapareció en el justillo carmesí.

Bien dirigido el golpe, la paleta la habia herido en la frente, de la que copiosa y rápida corria la sangre por el cadavérico rostro, sin que un movimiento de la jóven tratase de restañarla, ni apareciese en ella señal alguna de vida despues de la articulacion del grito desgarrador.

Sintiendo Cadenas su violencia, y aterrado de la inmovilidad de su víctima, se levantó de su asiento.

—Mercedes, dijo, Mercedes, repitió alzando la voz más cada vez y disminuyendo la distancia que los separaba hasta hallarse completamente al lado de ella; Mercedes, volvió á decir con acentos atronadores dejando caer al propio tiempo una mano sobre el hombro de la jóven, la mano desapiadada que acababa de estampar sobre su frente el sello de su maldad, la mano desapiadada que, no contenta con haber afeado el alma de aquella mujer, habia querido tambien desfigurarle el rostro.

Su tacto produjo el deseado efecto.

Ejerciendo un poder galvánico sobre Mercedes la hizo instantáneamente volver en sí.

Con un movimiento violento apartó esta mano y en seguida con igual violencia humedeciendo el dedo índice de su propia mano derecha en la sangre de su herida, con otro movimiento veloz á que hubiera sido imposible resistir, hizo con su sangre una cruz en la frente del cajero.

—Por esta cruz, dijo, hecha con mi propia sangre, que acabas con tu propia mano de hacer correr, te juro un odio eterno. Véte, maldito, y con esa cruz hecha con mi sangre, llévate el peso de mi maldicion. Te maldigo, y haga Dios que recojas en esta vida las amarguras todas que sobre mí has vertido, y que en la otra tus tormentos no tengan fin.

Sin otra palabra volvió la espalda al cajero y, entrando presurosa en una habitacion interior, se cerró por dentro con llave.

Cadenas creyó ver el cuarto todo nadando en sangre: creyó ver sangre en el suelo, en la capa, en las paredes, en la mesa, en las sillas; y sintió circular calofrio por sus venas, y temblar convulsivos sus miembros.

Se llevó el pañuelo á la frente é impresa en el



fino lienzo vió una cruz de sangre. Horrorizado y estremecido arrojó á las brasas el pañuelo y lo dejó quemarse. Más sereno cuando esto hubo hecho, sin detenerse un momento salió de aquella casa.

El viento habia cambiado; y, despejado ahora el cielo, libre por completo la luna de los nubarrones que ántes la acosaban, sola y aislada en el firmamento, difundia sus claros reflejos en derredor.

La mar parecia de plata, y las naves ancladas en la bahía, gigantes dormidos sobre ella.

Los árboles de la Alameda extendian sus fantásticas ramas hácia el cielo, y suavemente mecidos por la brisa, imperceptiblemente susurraban en el silencio de la noche, cual si hablaran en secreto al cajero, repitiéndole lo que entre él y Mercedes acababa de pasar.

Eran penosos sus pensamientos; eran atormentadores, y Francisco Cadenas no podia desecharlos de sí.

¡La mar! Ahí estaba la mar que Mercedes tanto habia amado...

¡La mar por donde tantos años surcaran sus inocentes pensamientos!

¡ La mar donde tantos años se halló cifrado su amor!... Y, en la mar fijos los ojos del cajero, en tanto que caminaba, de la mar creia ver salir el rostro vengador de la jóven con la herida en la frente, lanzándole su maldicion!

Llegó por fin á casa de D. Álvaro, entró con precaucion, se lavó y dirigiéndose á la salita partitular del comerciante, donde tenian lugar sus conferencias cuotidianas, lo esperó allí con paciencia, en tanto que Montoya otorgaba á su mujer la solicitud comunicada por la intervencion del cajero, y recibia de ella las más ardientes protestas de enmienda y sumision.

Los niños no le incomodarian jamás; vivirian separados de él en habitaciones distantes, donde sus inocentes voces no pudieran llegar á sus oidos.

Isabel dominaria su afecto hácia ellos, ó lo ocultaria en las profundidades de su corazon, de modo que jamás interviniera para robarle un átomo de las atenciones que de ahora en adelante prodigaria á su marido; y, si no era tan fácil disponer del anciano Aguilera como de los niños, bien debia Montoya tomar en consideracion esta dificultad, y soportarla por el amor de Dios.

—¿Has acabado, Isabel? preguntó su marido

despues que la jóven hubo dado articulacion á los sentimientos que la dominaban.

—Sí, fué la respuesta de ella; pero lo que no te he expresado aún, es el extremo de la gratitud en que rebosa mi corazon, y deber es, Álvaro, hacerte conocedor de estos sentimientos. Si supieras, añadió echándose á sus piés y apoyando ambos brazos sobre sus rodillas, cuál sería mi felicidad en abrirte mi corazon esta noche; si supieras, Álvaro mio, lo que encierra este corazon, y el consuelo que reportaria en descubrirte sus secretos, ¡cuán dichosa me podrias hacer!

Era hermosa la expresion de su fisonomía al articular estas palabras, dichas con la mayor ternura, el rostro cerca, junto, encima del de su marido, los ojos puros y humedecidos, fijos en los de él, los labios separados, cual si esperaran una sola palabra para verter los secretos del henchido corazon... hablaba más por ella la expresion de este rostro, de lo que pudiera haber hecho el lenguaje más elocuente...

—¡Bah, bah, bah! fué la respuesta; si seré yo algun muchacho baboso para entender de esas cosas. Corazon, corazon, repitió; ¿qué tiene que ver el corazon con todo esto? Cumple con tu obligacion y déjate de tonterías que no conducen á nada.

El rostro se desvió, los ojos fueron velados por las espesas pestañas, y, cerrados instantáneamente los abiertos labios, el corazón se encogió en los confines del seno, y la jóven se levantó.

Don Álvaro abandonó su asiento al mismo tiempo, y sin otra palabra se alejó del tocador.

Isabel cayó de rodillas.

—¡Dios mio! dijo alzando los ojos al cielo;  
¡dáme fuerzas, y yo sola me bastaré!

## CAPÍTULO XV.

---

El lirio blanco habia pasado una noche cruel.

No habia dormido un instante, y el médico daba pocas esperanzas de vida.

Con estas noticias que tuvo D. German, formó de una vez su resolucion.

Dió sus órdenes á Rosales para la marcha de los negocios durante su ausencia, que habia tal vez de ser más larga que lo de costumbre, y se disponia á salir cuando fué detenido á la puerta misma del escritorio por la entrada de un hombre que le cortó el paso.

Era un jóven de unos veinte y cuatro á veinte y cinco años, de una fisonomía marcada y tez sumamente tostada; esto último, unido á cierto aire familiar de los de su profesion, revelaba su clase de patron de barco.

—Señor D. German, dijo deteniendo al comerciante y extrayendo al propio tiempo de la faltriquera de su chaqueton unas cuantas monedas de oro: vengo á darle á V. las gracias por su bondad y á devolverle el dinero.

—¡A devolverme el dinero! repitió el comerciante rehusándolo. ¡Tan pronto, Boleta! Nada de eso. No me corre prisa.

—Es que, interrumpió el jóven, no me hace falta ya.

—¡Y hace poco me lo pedias con tanta instancia, Gabriell! No te entiendo.

—Hoy dia me sobra, contestó Boleta pasando una sombra por su abierta fisonomía; hasta ayer lo necesité: pero hoy no lo necesito. La verdad, dijo con un esfuerzo, ¿para qué mentir? Pensaba casarme...

—Para eso lo queria el gran bribon, interrumpió el comerciante, dándole con el baston en el hombro, y no me lo quiso decir. Ya se ve, añadió; á nosotros los solterones nos tienen miedo los muchachos cuando piensan en bodorrio, y tratan siempre de engañarnos. ¡Cómo si no supiéramos mejor que ellos lo que es querer á una muchacha y, añadió recordando su amor, quedarse sin ella!

— Lo propio, insinuó Boleta.

— ¿Tambien á tí te la han birlado? preguntó don German, no placentero como dice Laroche-foucauld por haber encontrado una desgracia igual á la suya, sino con verdadero sentimiento. ¡Pobre Gabriel!

— De seguro, contestó el patron con la más íntima conviccion; esa mujer ó ninguna.

— Bravo, bravísimo; y D. German expresó su aprobacion con otro golpe de baston. Ahora, Gabriel, añadió, á trabajar con más afan; ahora, Gabriel, á cumplir más que nunca con tu deber para olvidar en la satisfaccion de las buenas obras las amarguras que no podrás ménos de padecer. El mundo entero tienes delante. Un hombre honrado halla siempre en qué ocuparse, y encuentra dónde emplear los sentimientos buenos de su corazon. Soy un viejo experimentado en esas cosas, y por eso te aconsejo ánimo, fe, y adelante; que ya recogerás el fruto. Ese dinero,... prosiguió diciendo, me harás el favor de quedarte con él... por si acaso todavía se arrepiente...

— ¡Mercedes! interrumpió Boleta. ¡Ah! no abrigo la menor esperanza. Para siempre la he perdido.

— No te desanimes todavía, persistió el comerciante.

— Firme, como un mastelero de gavia, la conozco bastante para saber lo que de ella debo esperar; y seguro estoy de que, aunque me volviera á amar, jamás me lo dejaria conocer.

— Tú no conoces á las mujeres, insistió D. German. Paciencia, corra el tiempo y veremos. Guárdate, sin embargo, el dinero, continuó, resistiéndose á recibirlo, por más que el jóven se esforzaba por hacérselo admitir, y consévalo, que todavía va á gastarse en los dulces de la boda.

— No, señor, no lo necesito.

— Pues, no lo tomo: tíralo.

No habia modo de resistir la rotunda negativa, y, aceptada la generosa dádiva en forma de préstamo, salieron juntos del escritorio el comerciante y el patron hasta llegar á la calle, donde cada cual tomó diferente direccion. Boleta se fué adonde sus negocios le llamaban, y D. German á la casa de Magdalena.

Reinaba un silencio profundo en el humilde entresuelo, interrumpido solamente por el gorjeo de un canario, cuyos delicados trinos herian los oidos del comerciante; y, entornada la puerta de la salita, penetró D. German en ella ántes que nadie fuese sabedor de su llegada.

Estaba abierto el balcon y un rayo de sol penetraba por él y se perdía en el sofá sobre el que se hallaba acostada Elena envuelta en ropas tan blancas como su tez; su madre cerca, contemplándola con la mayor tristeza, en tanto que el canario desde su jaula, colocada en la ventana, indiferente á la escena que tenía delante, gorjeaba sus melodiosos trinos.

La madre movía los labios cual si se hallara entregada á la oracion; é, impresa en su semblante, en medio de la tristeza que la dominaba, la más profunda resignacion, no necesitó hablar para que D. German comprendiera á la primera mirada lo que pasaba en su interior.

—Dios lo quiere, decia, Dios lo ordena, y Él que así me prueba, sabrá por qué lo hace y me dará las fuerzas necesarias para sobrellevarlo.

Don German preguntó qué tal noche habia pasado Elena.

—Ha sido una noche cruel, contestó la madre; como le envié á V. á decir, insomnio y delirio, delirio tristísimo que no sé cómo he tenido fuerzas para escuchar.

Don German no sabía qué decir.

—¿Y duerme ahora? preguntó.

—Hace un rato que descansa. Más tranquila

al amanecer, se empeñó en levantarse, y, falta de ánimos para contrariarla, aquí la traje en los brazos como cuando era niña; y hace una hora que se quedó dormida.

Trinos y más trinos el canario, y por último, un gorjeo tan agudo que despertó al lirio blanco.

—Maldito pájaro. Imprudente pájaro, dijo el comerciante amagándole con su baston.

La niña doliente entre tanto, abiertos ya sus ojos, los fijaba con inexplicable ternura en el canario, é, indiferente al parecer á toda otra presencia, le dirigia la palabra, aunque en acentos ininteligibles.

—¿Quieres algo, vida mia? preguntó Magdalena inclinándose sobre ella y besando su alabastrina frente abrasada por el calor de la calentura.

Elena no contestó, y, fija la vista en el pájaro, como falta de sentido ó pensamiento para otro objeto, continuó hablándole:

—Canta, canta; pudieron al fin entenderle su madre y D. German; canta, canario mio; el canario que él me dió, que cuando él viene por la calle lo conoce de léjos. ¡Que no me lo quiten! ¡Que yo lo vea! Que lo oiga yo cantar, porque canta para anunciar á Gonzalo. ¡Gonzalo! repitió, que hace ocho dias que no viene. Madre, exclamó en acen-

tos más recios; que venga Gonzalo, que venga ó yo me muero.

El canario volvió á gorjear.

—Viene, viene. Ahí está ya, prorumpió desviando los ojos del pájaro, y alzándolos al cielo, iluminado su demacrado rostro por una sonrisa angelical. Mi canario me lo dice y voy á recibirle.

Hizo un movimiento como para incorporarse en el sofá, pero desfallecida dejó caer la cabeza sobre la almohada, y como una muerta la estrechó su madre entre los brazos.

Á no dudarlo, D. German era un mandria.

Estaba llorando como un niño; y, fuera de rabia porque se avergonzara de mostrarse tan débil, ó por despecho contra el imprudente canario, ó por la causa que fuera, lo cierto es que dió con el baston contra el suelo; dijo algo que se parecia á «caramba» ó cosa semejante, y, preso al parecer de la más decidida resolucion, sin despedirse de la viuda, desapareció de su presencia y se fué á la calle.



## CAPÍTULO XVI.

---

El escritorio de D. Álvaro Montoya era citado entre los comerciantes como uno de los escritorios mejor montados de Cádiz; y ciertamente el buen arreglo, la puntualidad, la exactitud y el espíritu de orden que en él se descubrian, hasta en los más minuciosos detalles, no podian ménos de justificar aquella calificación.

Marchaba todo en este escritorio como un reloj; é, iniciados los diversos dependientes en el sistema de su principal, marchaba no sólo con la exactitud del reloj, sino al propio tiempo con su mismo misterio.

No se oía una voz, no se veía más movimiento que el indispensable; no se escuchaba ni siquiera el ruido de las pisadas, cuidadosos todos siempre de andar de puntillas; no se veía una sonrisa en

la boca de los dependientes; ni parecían éstos en realidad otra cosa sino autómatas que sabían escribir y contar.

Si la necesidad obligaba á alguno de ellos á dirigir la palabra á D. Álvaro, lo hacía ordinariamente en acentos tímidos, con los ojos bajos y con el aire de un reo que espera la sentencia de muerte.

Si la persona de D. Álvaro era atisbada á diez varas de distancia, bastaba esto para hacerlos á todos sumergirse hasta las orejas en su ocupacion y no respirar hasta no haberle perdido de vista.

Si su voz era oida en el cuarto inmediato, cada cual temblaba por la reprimenda que le esperaba y el lenguaje soez que tenía que oír; y, á más de esto, esclavizados estos infelices al trabajo, sin apénas tregua de ninguna clase, se hacía su vida todo lo más miserable que puede hacerse la de un jóven privado de todo recreo, de todo ensanche, de todo desahogo y respiro en la edad en que la naturaleza más lo desea, y es más natural el concedérselo.

Ganaban su dinero, es cierto, que no trabajaban de balde; y los que no recibían estipendio resultaban remunerados en sus tareas por los conocimientos y la experiencia que adquirían; pero, ganado

por unos el dinero y por otros el conocimiento y la experiencia á costa de todo recreo, de todo placer, de toda distraccion y halago, algunas veces hasta á expensas de la salud, no bastaba dinero alguno, ni género de conocimiento ó experiencia para resarcir semejantes sacrificios.

Árido el trabajo, por lucrativo que sea, cuando no concede treguas al descanso; árida la vida puramente del interés, que niega la entrada á todo otro sentimiento humano, y realizado en el sistema del acaudalado Montoya, y en la marcha de su escritorio su propio modo de ser, el jardín sombrío en que tan mal jardinero habia sido Gonzalo Figueras en los primeros dias de su juventud, se asemejaba á una cárcel donde, aunque invisible, cada dependiente arrastraba una opresora cadena, excepto Francisco, que siempre libre, donde todos eran esclavos, siempre dominante, donde todos eran dominados, y siempre seguro de sí mismo, donde todos desconfiaban, audaz y resuelto osaba hacer frente á su principal; y, merced á su saber y su astucia, ejercia sobre él el más irresistible predominio; y, dotado de inagotables recursos ofensivos y defensivos, manejaba al hombre de hierro como á una máquina. En aquella mañana misma en que hemos seguido los pasos

de D. German del Castillo á la casa de Magdalena, estaba sentado como de costumbre ante su carpeta dedicado á trabajar en su dilatada esfera para contribuir á la unidad de aquel todo, que sin sus poderosos auxilios no podia marchar.

Separado el cajero de los demás dependientes por una barandilla de caoba que formaba cierta division en el escritorio, haciendo mayor el mostrador de los cobros, se podia decir que ocupaba Cadenas un departamento suyo, aislado, desde donde, alerta á todo lo que á su alrededor ocurría, llevaba vigilante el timon de los negocios de su jefe.

Recargado de trabajo, y autorizado por su principal, le auxiliaba en sus tareas el sobrino de Montoya, quien, sumiso á las disposiciones de su tio, á pesar de su repugnancia á establecerse á las inmediatas órdenes del cajero, sin réplicas habia admitido el puesto en el espacio de escritorio destinado á Francisco, y allí pasaba su noviciado esforzándose diligente por corresponder á cuanto de él era exigido.

Aunque no satisfecho de Francisco, habia depuesto sus antiguas antipatías, y en paz y concordia, aunque sin amistad, corria la vida de ámbos, soportándose mútuamente con la mejor

gracia posible en la estrecha union propia de los cargos que ejercian.

Vecinas sus carpetas, separadas solamente por el mostrador de los cobros que encerraba la doble propiedad de gaveta, triste cosa hubiera sido haberle faltado á uno ú otro la prudencia necesaria para sobrellevarse; y digno de elogio era, principalmente en Gonzalo, el predominio que su buen juicio ejercia sobre las tendencias de su imaginacion.

Frente uno de otro, como de costumbre, en esta mañana á que me refiero el cajero y el ayudante, ni una palabra habia salido de la boca de uno y otro desde el momento de ocupar sus respectivos puestos; ámbos revelaban en su fisonomía que no era lo que los preocupaba el trabajo del escritorio.

Distinta, sin embargo, la expresion de ambos semblantes, se traslucian en el de cada uno los acontecimientos de la noche anterior: el decaimiento del rostro de Gonzalo, el sello de profundo sufrimiento impreso en él, excitaba el interés más íntimo; en tanto que la marca de cinismo grabada en la fisonomía de Francisco Cadenas inspiraba la más profunda repugnancia.

Con la pluma en la mano cada cual, suspendian

ámbos frecuentemente y al mismo tiempo su escritura para seguir la corriente de sus pensamientos; y más de una vez sorprendidos mutuamente en sus distracciones, salían de ellas y volvían al trabajo al encontrarse sus miradas.

Era tan profundo el silencio en que se hallaban sumergidos desde el momento de ocupar sus respectivos puestos, que formaban en esta mañana asunto de asombro para el resto de los dependientes.

Las once de la mañana serían, cuando un acontecimiento siempre grave en el escritorio, á pesar de su frecuencia, interrumpió este extraordinario silencio, é hizo al propio tiempo retirar todas las miradas disimuladas: este acontecimiento no fué otro que la entrada de D. Álvaro Montoya en el departamento de Francisco Cadenas.

El cajero soltó la pluma, Gonzalo Figueras abandonó su asiento, y los autómatas, más que nunca diligentes y aplicados, sumergiendo las cabezas sobre las carpetas escribían con tal ferocidad, que parecían dementes.

Montoya se sonrió satisfecho.

Era un gusto inspirar sentimientos tan desagradables.

Era una satisfaccion suprema verse tan temido.

Era un motivo imponderable de triunfo y de orgullo producir semejante consternacion.

El hombre debe ser siempre rey despótico, sin otra ley que lo rija más que la del dinero.

¡El dinero! juez supremo, ley universal, único tridente para gobernar el Océano de la vida, brújula de los destinos del mundo... bárbara es tu lógica, maléfica, detestable tu influencia.

Cadenas inquirió la voluntad de su jefe.

Buscaba D. Álvaro unos billetes de Banco cuyo total ignoraba.

—Gonzalo sabrá de ellos, fué la contestacion de Francisco.

—Estarán en la gaveta, se apresuró á decir el sobrino.

—¡Estarán! repitió el tio con una voz de trueno que estremeció á los autómatas; como si eso bastara. ¿No lo sabes de cierto? ¿Es ese el modo de cumplir con tu obligacion? Bonito ejemplo para esa parva de zopencos, dijo, refiriéndose á los infelices dependientes.

¡Pobres autómatas! Se pusieron rojos, pálidos y trémulos de indignacion, de orgullo, de vergüenza y de rabia; y á tanto extremo se sumer-

gieron entre las carpetas, que parecian haberse quedado todos sin cabeza.

Entre tanto se habia dirigido Gonzalo al mostrador y tirado de la gaveta.

El comerciante contempló á los zopencos con la satisfaccion de un milano, y con pasos pausados y medidos, como saboreando la caza, abrió la puerrecilla que separaba el departamento de Cadenas y compareció ante ellos.

—¡Hola! dijo aproximándose á la víctima más inmediata, ¿qué está V. haciendo?

El autómeta número uno, muchacho nervioso, sintió circular un calofrio por su cuerpo, y chocarse sus rodillas.

—Una carta de crédito, iba á contestar el infeliz, pero, trabada la lengua, ni carta ni crédito salieron de sus labios.

—Ca-re-ta, fué lo que dijo, ó á lo ménos á careta le sonó al principal, ó quiso que le sonara; y de esta suerte fueron tranquilizados los pobres nervios alterados.

—Caretta ha dicho el muy sandio. ¿Y quiere decir careta? Hable V. recio, que yo lo oiga, que no tengo ganas de preguntar las cosas dos veces. Rudo, inepto; no hay que esperar nada de él, fueron sus últimas palabras, dirigidas á sí

mismo, pero sobradamente inteligibles para la persona á quien se referia; y en seguida pasó á la víctima número dos, que se hallaba extendiendo unos conocimientos.

¡Pobre autómeta! cayó sobre él, como un torrente.

—¡ Los conocimientos que debian haber estado listos ayer! El demonio se lo lleve á V. ¿En qué ha estado V. pensando?

—Es que, tartamudeó el dependiente, no hacian falta hasta hoy.

—No me venga V. con esas, prorumpió el comerciante. Sé mejor que V. lo que pasa. Sé que aquí nadie hace más que lo que le da la gana; y sé más que nada, que esto no durará mucho tiempo. Gente nueva; y ya me las compondré con ella. El que gana su dinero, prosiguió, debe saber cómo lo gana y no abusar de este modo.

—Es que, volvió á decir el dependiente con nunca vista audacia tratando de disculparse, el barco no se ha ido todavía.

—Esa no es cuenta de V. Aquí se cumplen mis órdenes, y nadie tiene derecho siquiera para pensar. Y sobre todo, haga V. el favor de callarse y no responderme.

El autómeta sabía que otra palabra que articu-

lara lo llevaria á la calle: sabía que una sola bastaria para hacerle perder su colocacion; y se acordó de la familia que mantenía: su madre y tres hermanas desvalidas.

Tragóse, pues, las expresiones que se le venian á los labios, y, lívido su rostro, reveló sólo en éstos los sentimientos que le agitaban.

Pasó el milano á la víctima número tres; muchacho de quince años que copiaba cartas.

¡Qué bocado tan delicado este tierno pajarito!

¡Qué gusto saborear sus tormentos y destrozarle entre sus garras!... pero el milano se contentó sólo con mirarlo y permanecer detrás de él un rato, observando su escritura á ver si le cogía en alguna falta.

Verdad es que con esto sobraba.

El pobre chico se sentía como si estuviera cerca de algun tigre sediento de su sangre, en muda agonía, esperando el temido momento.

Corría, sin embargo, su pluma, y con tal velocidad, que parecia la pluma de algun hechicero; y, clara y limpia como nunca su letra, evidente era que el ángel bueno de los niños, piadoso le guiaba la mano, y misericordioso le evitaba la realizacion de sus temores.

—Señor D. Álvaro, dijo la voz del cajero;

aquí están ya los billetes: á cuya voz, atendiendo inmediatamente el principal, la caza se terminó y el milano volvió á dirigirse al departamento de Francisco con extrema satisfaccion de sus tiranizadas víctimas.

—Aquí están ya, dijo Gonzalo, entregándole un rollo de papeles.

—Un poco de más cuidado de aquí en adelante, contestó su tío, y que no se repitan semejantes negligencias.

El sobrino soportó la injusticia con la más profunda humildad.

Montoya se apoderó de los billetes, y acto continuo extendiéndolos sobre el mostrador, los contó: una, dos, tres veces; esto hecho, despues de haber apartado unos cuantos, volvió á formar el rollo con los restantes.

—Me quedo con cincuenta, dijo; que no haya equivocacion. Cincuenta, ¿han entendido V.V.?' añadió dirigiéndose simultáneamente al cajero y á su sobrino. Quedan doscientos: cuatro mil reales cada uno. Suma total: ochocientos mil reales.

Gonzalo los volvió á meter en la gaveta; y, alejándose en seguida el tío, respiraron los autómatas, tornó el sobrino á su asiento, y Francisco Cadenas, nada descompuesto por la presencia que á

los demás tanto desarreglara, volvió á su antigua posicion.

Lleno el escritorio de gente compuesta de los diversos dependientes de D. Álvaro, ó de los que tenian con él relaciones mercantiles, penetró una persona en el recinto sin que Cadenas ni Gonzalo fuesen sabedores de su advenimiento, hasta que la tuvieron completamente encima; y esta llegada produjo en ámbos tan extraordinario efecto, que los hizo levantarse repentinamente de sus sitios, y dirigirse simultáneamente en direccion del recién llegado, el jóven presa del mayor sobresalto, y Francisco del más visible asombro.

Nada desconcertado, sin embargo, el que entraba por la impresion que hiciera, empujó la puertecilla, les dirigió la palabra, y al propio tiempo tendió una mano de amigo al jóven Figueras.

—Mucha sorpresa debe causar á V.V. mi presencia aquí, dijo. Bien lo comprendo; y, conocidas por todo el mundo las antiguas rencillas y la arraigada enemistad de tantos años, no es extraño lo que en V.V. se descubre. Pero no perdamos tiempo. Los momentos son preciosos y no deben desperdiciarse. Señor de Cadenas, dijo, dirigiéndose

al cajero; anúncieme V. al Sr. D. Álvaro, que yo le sigo á V. los pasos.

Francisco retrocedió con espanto.

Don German le miró por algunos segundos con atencion. ¿No se atreve V.? preguntó.

—La verdad, replicó Cadenas; iniciado por don Álvaro en la historia de su pasada vida y profundamente penetrado de la imposibilidad...

—Nada hay imposible, amigo mio, interrumpió el comerciante; pero, en fin, añadió con una sonrisa llena de benevolencia; si le molesta á V. hacerlo, nada he dicho. Tomaré la responsabilidad sobre mí, y es cuenta concluida.

Y sin otra palabra, el antiguo amante de Rosario, que conservaba grabados en su memoria hasta los últimos rincones de aquella casa, en un tiempo templo de su amor, se dirigió al escritorio particular de D. Álvaro, dejando al cajero y á Gonzalo llenos de sorpresa y curiosidad.

Era un acontecimiento tan imprevisto é inesperado como enigmático; y natural era que lo mismo uno que otro no pudieran por lo pronto ocuparse en otra cosa: el cajero á viva voz y haciendo vanas conjeturas acerca de las causas que lo produjeran, y Gonzalo en íntima conversacion consigo mismo, casi presintiendo el verdadero móvil.

Cuando D. German compareció ante su antiguo enemigo se hallaba éste leyendo una carta, y el que debería haber sido su hermano político tuvo tiempo de examinarlo algunos segundos ántes de haber el otro notado su presencia.

Algunas eran las veces, desde la época de su rompimiento, en que se habian vuelto á ver; pero siempre de paso en la calle; y, por consiguiente, no habia tenido ocasion D. German de examinar el efecto que hubieran hecho los años en su enemigo hasta este momento en que á placer le contemplaba y hacía el descubrimiento de la suavidad con que el tiempo habia tratado aquella naturaleza de hierro.

Lo mismo se hallaba en la apariencia que treinta años ántes; y á D. German le parecia estarlo viendo tal como lo veia en el tiempo de sus amores: duro, tenaz, inclemente, tiránico, amargando la vida de su hermana; no cual lo veia ahora á solas con sus pensamientos y por el prisma de la indulgencia.

Pero esto duró poco tiempo.

Presto, acordándose el hombre regenerado de lo que era y no de lo que habia sido, fué rechazado aquel recuerdo importuno, y, revistiéndose diligente de la armadura de su virtud y caridad...

cuando los ojos de D. Álvaro se apartaron de la carta y recayeron en la inesperada visita... era un misionero de paz, un ángel de clemencia, un enviado de la misericordia, el que tenía delante, no el enemigo de los antiguos tiempos, que á pedirle venía estrecha cuenta por sus pasadas perfidias.

Sin embargo, no pudo Montoya reprimir una exclamacion de sorpresa, ni posible le fué tampoco contener la expresion iracunda de su semblante, así como el movimiento espontáneo de su mano, indicando la puerta de salida.

Despertada su cólera, herido su orgullo con la intrusion, toda la dureza, toda la implacabilidad de su naturaleza, todo el exagerado espíritu de su importancia personal, y, más que nada, todo el rencor arraigado que, ineficaz el tiempo para extinguir, yacia aún en su prístina fuerza en el fondo de su corazon de piedra, todo esto se reunia para descargar sobre el recién llegado.

Pero, contenido este ímpetu por la impasibilidad de D. German, por la noble dignidad revelada en su continente, por la invencible fortaleza y serenidad de su porte, y, sobre todo, por la expresion resuelta de su semblante y la admirable calma con que, haciéndose superior al efecto que produjera,

se habia quitado el sombrero y ocupado el asiento que no se le habia ofrecido, enmudeció D. Álvaro y esperó que su contrario hablase.

—Muchos años hace, exclamó éste inmediatamente, despues de haber tomado asiento y apoyando al propio tiempo ambas manos en su baston, muchos años, repitió, que lo que entre nosotros hubo para siempre he olvidado. Muchos, señor don Álvaro, que hubiera querido manifestárselo á V. y cortar tan desagradable enemistad; pero, detenido en dar este paso por el justo temor de ser tachado de adulador de la posicion y de las riquezas, necesitaba de un móvil fuerte para anteponerlo á todo género de delicadeza. Lo que fué, continuó diciendo, contemplando de nuevo á su oyente, Dios lo dispuso porque así conven-dria; y justo es que evitemos ya entre nosotros las consecuencias inútiles de causas que ahora no existen.

Don Álvaro se agitó en su silla, pero, resuelto á no ceder una línea, rehusó aventurar una sola palabra de respuesta.

Don German continuó:

—Grande sería mi dicha si ántes de comunicar á V. el objeto de mi venida aquí, quedara reanudada nuestra amistad; grande sería mi felicidad

si todo género de recuerdo desagradable fuera de una vez depuesto entre nosotros, y la amistad enlazara nuestras manos. Sr. D. Álvaro, exclamó el hombre benévolo iluminada su noble fisonomía por la más radiante expresion, levantándose al mismo tiempo de su asiento y dando un paso en direccion de su enemigo. Olvidemos lo pasado. Perdonémonos ámbos y seamos amigos.

Los ojos puros se fijaron en el semblante de Montoya, y la mano honrada fué extendida hácia adelante.

Don Álvaro se dejó caer sobre el respaldo de su poltrona; y, respondiendo con ojos de piedra á la serena mirada de D. German, y rechazando con altivo continente la oferta de aquella noble mano, se expresó de esta suerte:

—Es inútil tanto preámbulo, D. German; y fuera mejor que declarase V. de una vez el objeto que le ha traído aquí, adonde nadie le ha invitado á que venga y donde jamás debería haber vuelto á poner los piés, y no perder el tiempo en vanas palabras que para nada sirven.

El hombre virtuoso se sonrojó, pero, firme en su resolucion, de nuevo volvió á su asiento; y, tomando sereno otra vez la palabra con la subli-

me confianza de la rectitud de la conciencia, contestó lo siguiente:

—Si fuera aún, D. Álvaro, lo que fuí allá en los tiempos de nuestra juventud, si fuera aún el hombre arrastrado por el ímpetu de las pasiones, sordo á la voz de la razon, á las prescripciones de la caridad, de la benevolencia y de la misericordia como en aquella época era, jamás hubiera vuelto á pisar el umbral de esta casa; pero, regenerado mi corazon cuando aún estoy en tiempo de reparar los yerros de mi pasada vida, Dios, que sabe el espíritu que me guia en este paso de hoy, sabrá concederme fuerzas para dispensar á V. las palabras que me dirige.

—El objeto, el objeto, interrumpió D. Álvaro dando con el puño cerrado sobre la mesa que tenía delante, y pronto, que mi tiempo no es de desperdiciar.

Don German aproximó su silla y apoyando de nuevo ambas manos en el baston.

Usted tiene un sobrino, dijo.

—Gran noticia, dijo Montoya.

—El hijo de Rosario, añadió D. German.

Don Álvaro frunció las cejas.

¡Rosario!... su única hermana á quien tan mal habia tratado, á quien sus viles engaños habian

separado de su primer amor, y cuyas lágrimas habia hecho correr tantas veces...

El recuerdo evocado por D. German al pronunciar su nombre era terrible.

Montoya volvió á moverse con inquietud, y su contrario continuó.

—El hijo de Rosario, repitió, que, albergado por V. cuando quedó huérfano, pasó los primeros años de su juventud bajo el techo mismo que le cubre ahora...

Don Álvaro se preguntó interiormente á lo que conducía todo esto.

—Pero que, expulsado de aquí, prosiguió don German, hará ahora cuatro años, encontró un asilo de familia en la de Francisco Cadenas, el cajero de V.

La admiración de D. Álvaro continuó.

Más enigmático para él á cada instante el objeto de la visita, más misteriosas le parecían por momentos las palabras que oía.

—En la madre de Cadenas, prosiguió el hombre benévolo, halló Gonzalo un afecto maternal y en el hogar aquel el calor del suyo propio.

Don German tomó aliento.

—Había en aquel hogar, continuó diciendo, á más de la madre una hermana tierna y candorosa

que niña aún cuando Gonzalo la conoció, le prodigó amante el afecto más acendrado.

—¿Y qué tengo yo que ver con nada de eso? no pudo ménos de decir Montoya con mal disimulado enojo.

—Ya lo verá V. despues. Afecto puro de hermana aquel creado por la inocencia, la adolescencia lo convirtió en un sentimiento más vivo; y, tarde ya para remediarlo, Elena sucumbe á su amor por Gonzalo. Elena, repitió D. German con la más melancólica expresion de su semblante; Elena, la última planta del verjel de Magdalena; la única delicia de su corazon de madre, ¡y quedarse sin ella! No; eso no: es preciso evitarlo, añadió con energía; es preciso salvar á esa frágil flor, Sr. D. Álvaro, y, si V. se propone ayudarme con su influjo, devolveremos una hija á su madre. Gonzalo, prosiguió diciendo D. German poseido por completo de sus sentimientos, y ciego á la inmóvil indiferencia pintada en la fisonomía de su oyente, Gonzalo rehusa; y, resuelto á dejar á Elena morir ántes que sacrificarle unos cuantos dias de su vida, firme se resiste á la fuerza de mis ruegos y á esos sentimientos naturales de gratitud que deberian impelerle á recompensar el bien que de Magdalena ha recibido. D. Álvaro, Elena

se morirá sin remedio ; su mal no ofrece esperanza ; pero, dulce su muerte con el amor de Gonzalo, será horrible sin él. Treguas, treguas á tanto padecer. Yo no pido otra cosa. Interponga V. su influencia con su sobrino. Haga V. valer los derechos que le corresponden. Abogue V. por la causa de la humanidad, y haga V. á Gonzalo marido de Elena.

Don Álvaro dió un salto sobre su asiento.

—¡Marido de Elena! exclamó. ¡Casarse mi sobrino tan jóven! ¡Cortarse la cabeza á los veinte años! Ni por pienso. No espere V. semejante cosa. ¡La única prueba de juicio que hasta aquí ha dado Gonzalo! ¡y creer que yo habia de prestarme á destruirla!... Tengo el pesar de ver, Sr. D. German, que los años, en vez de aplacar ciertas tendencias desarregladas, en V. no han servido más que para aumentarlas. ¡La juventud, la edad del trabajo, la edad de emplear las facultades, y fundar los cimientos para el porvenir del hombre, sacrificarla á los cargos de familia; embotar el entendimiento por las obligaciones y los embolismos anexos al estado de casado! ¡Barbaridad! Si fuera capaz mi sobrino de cometer semejante locura, lo volveria á echar á la calle. Lo haria, sí; repitió y con tal fuerza que no dejaba género de duda; y

le veria cubierto de miseria y de infelicidad con placer: y, cuando á mi puerta llegara, mendigo, á pedirme un bocado de pan, implacable se lo negaria.

Don German sin alterarse contestó á esta violenta ebullicion con su tranquilidad usual.

—Un casamiento de un par de meses: esto es lo que á Gonzalo propongo, y harto debe V. conocer la justicia de mi peticion. Cuestion de vida: cuestion excepcional, y que destruir debe todo género de opiniones ó preocupaciones: por la vida de un semejante, debe el hombre sacrificar sus más arraigadas ideas. Piense V. un momento en lo que llevo dicho. Piense V. un momento en la situacion de Elena y en la muerte que la espera sin dulzura de ninguna clase. Morirá, porque su mal no tiene remedio; y, porque esto sé, mayor es la fuerza con que por el casamiento abogo.

—He dicho ya mi parecer, contestó Montoya con altivez, y no necesito repetirlo; es inútil tratar de hacerme cambiar de opinion con el anuncio de la muerte de esa niña; y le prevengo á V., don German, que en los asuntos de mi familia no necesito intervenciones.

Articuladas estas palabras, se levantó Montoya de su asiento, en tanto que D. German ocultó el

rostro sobre el baston, ahogado con el peso de sus sentimientos.

Pasaron algunos instantes en silencio, y don German fué el primero á romperle.

—¿No me ofrece V. ninguna esperanza? persistió. ¿No me promete V. pensar con detencion en el asunto y hablar de él con Gonzalo?... ¿No se acuerda V., dijo al fin clavando los ojos en su oyente á quien miraba de pié con una expresion que hizo al otro bajar la vista; no recuerda V., repitió, que hay un Dios en el cielo, y que sus propios labios nos recomendaron que hiciéramos con los demás lo que con nosotros quisiéramos que hiciesen? Esto no más le digo á V., añadió. Mañana tal vez sea V. padre: mañana tal vez le conceda el cielo una hija tierna, frágil, doliente, que ame como Elena, y en cuyo amor estribe su vida. Mañana tal vez exista otro Gonzalo que á esa hija haga sufrir. Piense V. en mañana, D. Álvaro, y el pensamiento de ese mañana le hará tal vez clemente hoy.

Don German se puso en pié; tomó su sombrero, y sin otra palabra salió del escritorio particular y penetró en el general, donde su vuelta era esperada con la mayor ansiedad por Gonzalo y Francisco Cadenas.

Sin reparar, sin embargo, en esto, ó lo que era más probable, opuesto á satisfacer la excitada curiosidad, se despidió de ellos en silencio, y, saludando cortesmente á los autómatas, dejó aquella parte de la casa; y, con el propio conocimiento del terreno que habia manifestado algunos momentos ántes, dirigió los pasos al piso superior, á la sala de recibo, desde donde hizo pasar recado á la señora de la casa de que tenía que hablarle con precision.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

